

SI OS MORDÉIS
Y OS COMÉIS
UNOS A OTROS

Gálatas 5:15

Otros libros por Alexander Strauch incluyen:

Liderazgo bíblico de ancianos

Un urgente llamado a restaurar el liderazgo bíblico en las iglesias

—**Guía de estudio** para Liderazgo bíblico de ancianos

—**Guía del mentor** para Liderazgo bíblico de ancianos

—**Edición condensada** de Liderazgo bíblico de ancianos

—**Guía interactiva** de Liderazgo bíblico de ancianos

El diácono del Nuevo Testamento: ministro de misericordia

Guía de estudio para el libro El diácono del Nuevo Testamento

Cómo ser un líder con impacto

Lecciones en liderazgo espiritual tomadas de la vida de R.C. Chapman (con Robert Peterson, co-autor)

Hombres y mujeres: iguales pero diferentes

Liderando con amor, una guía para el líder cristiano

Guía de estudio para el libro Liderando con amor

La hospitalidad, un mandato ineludible

Cómo tener reuniones exitosas, una guía para mejorar las juntas de líderes

Ama o muere

Cristo llama a la iglesia a despertar del sueño espiritual

SI OS MORDÉIS
Y OS COMÉIS
UNOS A OTROS

Gálatas 5:15

Principios bíblicos para tratar el conflicto

Alexander Strauch

Si os mordéis y os coméis unos a otros

Originalmente publicado en inglés bajo el título:

“If You Bite & Devour One Another”

ISBN-10: 093608331X

ISBN-13: 9780936083315

Copyright © 2011 by Alexander Strauch. All rights reserved

Colaboraron en la traducción y edición en español Pedro Bu, Miguel Dubberley, Manuel Alemán, Gilberto Vargas y Nelson Vanegas.

La edición en español es publicada y distribuida por Editorial DIME (Distribuidora Internacional de Materiales Evangélicos), P. O. Box 490, Cupertino, California 95015, Estados Unidos.

Para materiales en inglés de Alexander Strauch, por favor diríjase a: Lewis and Roth Publishers, P. O. Box 469, Littleton, Colorado 80160, Estados Unidos, teléfono 800.477.3239 o visite la página www.lewisandroth.org

Copyright © 2014 de la edición en español por Alexander Strauch.

Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera 1960 (RVR1960)
Copyright © 1960 por American Bible Society

Para mayor información sobre los libros en español de Alexander Strauch, llame al 408.253.9096, envíe un e-mail a libros@dime.org o visite nuestra página www.DIME.org

ÍNDICE

Introducción	1
1. Actúa en el Espíritu.....	7
2. Actúa en amor	23
3. Actúa en humildad	39
4. Controla tu ira	51
5. Controla tu lengua	63
6. Controla tu tendencia a criticar.....	79
7. Busca la reconciliación	93
8. Busca ser un pacificador	109
9. Enfrenta a los falsos maestros	123
10. Enfrenta la controversia.....	139
Apéndice: Entendiendo la palabra ‘carne’	157

Abreviaturas: La siguiente tabla contiene los nombres de los libros de la Biblia y las abreviaturas correspondientes.

Antiguo Testamento		Nuevo Testamento	
Génesis	Gn	Mateo	Mt
Éxodo	Éx	Marcos	Mc
Levítico	Lv	Lucas	Lc
Números	Nm	Juan	Jn
Deuteronomio	Dt	Hechos	Hch
Josué	Jos	Romanos	Ro
Jueces	Jue	1 Corintios	1 Co
Rut	Rt	2 Corintios	2 Co
1 Samuel	1 S	Gálatas	Gá
2 Samuel	2 S	Efesios	Ef
1 Reyes	1 R	Filipenses	Flp
2 Reyes	2 R	Colosenses	Col
1 Crónicas	1 Cr	1 Tesalonicenses	1 Ts
2 Crónicas	2 Cr	2 Tesalonicenses	2 Ts
Esdras	Esd	1 Timoteo	1 Ti
Nehemías	Neh	2 Timoteo	2 Ti
Ester	Est	Tito	Tit
Job	Job	Filemón	Flm
Salmos	Sal	Hebreos	Heb
Proverbios	Pr	Santiago	Stg
Eclesiastés	Ec	1 Pedro	1 Pd
Cantares	Cnt	2 Pedro	2 Pd
Isaías	Is	1 Juan	1 Jn
Jeremías	Jer	2 Juan	2 Jn
Lamentaciones	Lm	3 Juan	3 Jn
Ezequiel	Ez	Judas	Jud
Daniel	Dn	Apocalipsis	Apc
Oseas	Os		
Joel	Jl		
Amós	Am		
Abdías	Abd		
Jonás	Jon		
Miqueas	Miq		
Nahúm	Nah		
Habacuc	Hab		
Sofonías	Sof		
Hageo	Hag		
Zacarías	Zac		
Malaquías	Mal		

Libros

BDAG	W. Bauer, W.F. Arndt, F.W. Gingrich, and F.W. Danker, Greek-English Lexicon of the New Testament (3rd ed.)
BECNT	Baker Exegetical Commentary on the New Testament
BST	The Bible Speaks Today
ESV	English Standard Version
IVP	InterVarsity Press
NAC	New American Commentary
NCB	New Century Bible
NIBC	New International Bible Commentary on the New Testament
NICNT	New International Commentary on the New Testament
NICOT	New International Commentary on the Old Testament
NIGTC	New International Greek Testament Commentary
NIV	New International Version
NPNF	Nicene and Post-Nicene Fathers
NTC	New Testament Commentary
PNTC	The Pillar New Testament Commentary
TDNT	G. Kittel and G. Friedrich (eds.), Theological Dictionary of the New Testament
TNTC	Tyndale New Testament Commentary
TOTC	Tyndale Old Testament Commentary
UBS	United Bible Society (4th ed.)
WBC	Word Biblical Commentary
WEC	Wycliffe Exegetical Commentary
ZECNT	Zondervan Exegetical Commentary on the New Testament

Introducción

Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.

Efesios 4:2-3

En el momento que Adán y Eva pecaron se perdió la paz y la unidad del paraíso. El pecado les trajo conflicto de inmediato, Adán acusando a Eva y ella acusando a la serpiente por sus comportamientos pecaminosos. El pecado de ellos comenzó la guerra entre los sexos. La desunión en vez de la unión vino a caracterizar la raza humana. La vida en este mundo pasó a ser “un campo de batalla”.

El conflicto entre los seres humanos es una de las mayores consecuencias de la entrada del pecado en el mundo. Por el pecado, todas las relaciones humanas son difíciles y conflictivas. Podemos constatar la implacable plaga del conflicto humano a través de las interminables guerras y contiendas de toda la historia humana y, desgraciadamente, a través de la historia de la Iglesia también. Por todas las Escrituras vemos la fealdad de la naturaleza del pecado demostrada en las crueles peleas entre aquellos que se llaman hijos de Dios.

- El primer pecado registrado después de que Adán y Eva fueran expulsados del huerto es el de Caín matando a su hermano Abel. Los celos, las rivalidades, la ira descontrolada y el orgullo llevaron a Caín a odiar y matar a su hermano (Gn. 4:8).
- Mientras estaban aún en el vientre, los hermanos mellizos Jacob y Esaú luchaban por el dominio (Gn. 25:22).
- Los celos hacia su hermano menor, por ser él “el hijo favorito” de su padre, llevó a diez de los doce hijos de Jacob a vender a José como esclavo y engañar a su padre, haciéndole pensar que estaba muerto (Gn. 37:18-33).
- Durante años en el solado desierto, los hijos de Israel obstinadamente y sin descanso criticaron y resistieron el liderazgo de Moisés. En un momento dado, Moisés quería morir a causa de sus quejas continuas (Nm. 11:14-15).

- Saúl, el primer rey de Israel, era un hombre orgulloso. Sus celos por el éxito de David, un joven líder del ejército, lo llevó a cometer casi todos los pecados sociales condenados en la Ley de Dios. En lugar de alegrarse de que tenía un competente líder tan joven, Saúl hizo todo lo posible por matar a su competencia (1 S. 15:12; 18:6-16).
- A finales del reinado del rey David, su hijo Absalón cautivó a la nación para que abandonara a su rey. Absalón tenía la intención de matar a su piadoso padre y usurpar el trono que Dios le había dado a David. La lujuria por el poder de Absalón y su ambición egoísta lo llevaron a la mentira y al asesinato (2 S. 15).
- El pecado de idolatría del rey Salomón hizo añicos la unidad de Israel y dividió la nación en dos reinos enemigos, cada uno con su propio rey, lugar de culto y sacerdocio (1 R. 12).
- El Nuevo Testamento da testimonio de la terrible lucha entre los líderes religiosos de Israel y Jesús el Mesías. Por odio y celos al desenmascarar Cristo el comportamiento hipócrita y santurrón de los líderes de Israel, mataron “al Autor de la vida” (Hch. 3:15).
- Durante su vida terrenal, el Señor tuvo que luchar contra el egoísmo ambicioso entre sus discípulos mientras discutían entre sí para ver quién era el mayor y quién estaría sentado a su derecha (Mc. 9:34; 10:37). ¿Cómo podrían trabajar juntos en unidad después de la muerte de su Maestro?

En la actualidad, ¿cómo pueden los cristianos trabajar en unidad hasta que Jesús regrese de nuevo? La respuesta a esta pregunta es fundamental para comprender cómo tratar con los conflictos de acuerdo a los principios bíblicos. Jesús enseñó los principios únicos de humildad, servicio, perdón y amor, y prometió enviar al Consolador para ayudar a sus discípulos a vivir según sus enseñanzas. Así que en Pentecostés, después de la muerte, resurrección y ascensión de Jesús, Dios envió al Espíritu Santo desde el Cielo para morar en los creyentes. Por el poder del Espíritu Santo y por la obediencia a las enseñanzas de Jesús, sus discípulos fueron capaces de trabajar juntos en armonía como el primer cuerpo cristiano de liderazgo. Aun así, la venida del Espíritu Santo no eliminó todas las peleas y controversias entre los creyentes portadores

del Espíritu Santo. Las iglesias del Nuevo Testamento experimentaron muchos conflictos. *A medida que los inspirados escritores del Nuevo Testamento abordaban estos temas, proveyeron instrucciones de incalculable valor sobre cómo los creyentes deben pensar, actuar y tratarse entre sí, cuando surge el conflicto.* Al estudiar las Escrituras, podemos aprender cómo Dios desea que vivamos en armonía aun cuando no estamos de acuerdo entre nosotros.

Es importante tener en mente que no hay nada malo con creyentes en desacuerdo entre sí o defendiendo apasionadamente sus creencias. De esta manera aprendemos, corregimos y orientamos nuestros pensamientos y ayudamos a otros a mejorar. El Espíritu Santo a menudo utiliza el aspecto emocional de un desacuerdo o conflicto para llamar nuestra atención para hacer los cambios necesarios en nuestras familias, iglesias y vidas personales. El conflicto puede ayudarnos a descubrir nuestras deficiencias de carácter y corregir nuestras ideas doctrinales, definir nuestras creencias, refinar nuestros planes, crecer en sabiduría y experiencia de vida, aprender a confiar en Dios durante tiempos difíciles y profundizar nuestra vida de oración.

Lo malo es que los creyentes se comporten mal y traten los conflictos de una manera indigna y anti-bíblica. Tristemente tal comportamiento es muy común. He hablado con mucha gente que ha experimentado agonizantes divisiones en iglesias. Mayormente lo que molesta no es el desacuerdo en sí, sino lo que lo acompaña: las palabras severas, las actitudes amargas, el comportamiento infantil, el orgullo y el egoísmo, los ataques netamente personales, el minimizar el pecado y abiertamente desobedecer la Palabra de Dios, así como la falta de perdón o interés por la reconciliación.

Así que cuando escuché de una iglesia con cincuenta años de amor y paz, quería saber su secreto. La iglesia había hecho un sinnúmero de cambios y decisiones de índole doctrinal y de estilo durante su historia. La mayoría de sus líderes tenían personalidades fuertes y habían tomado decisiones firmes. Y aun así la iglesia había sobrevivido sin dividirse en pedazos.

¿Cómo logró esta iglesia esta unidad e hizo tantos cambios significativos sin dividirse? La respuesta a esta pregunta de parte de uno de sus líderes es clave: *“Siempre hemos intentado, con la ayuda del Espíritu Santo, actuar y pensar según los principios bíblicos, especialmente durante los difíciles períodos de conflicto”.*

Esta iglesia tenía problemas y desacuerdos como cualquier otra iglesia. Las personas se lastimaban entre sí y se irritaban contra los demás de vez en cuando. Conocían las faltas y debilidades de sus hermanos. Pero también sabían que Cristo los había llamado a amarse mutuamente en ferviente amor, a ser siervos humildes, a someterse mutuamente con paciencia y a sobrellevarse unos a otros, a hablar la verdad, a perdonarse y reconciliarse, a tener la actitud correcta hacia los demás y a demostrar el fruto del Espíritu Santo en todo momento; especialmente durante los tiempos de conflicto.

Los miembros de esta iglesia sabían que “las obras de la carne” – orgullo, ira, envidia y ambiciones egoístas– podían destruir la iglesia y su liderazgo. Sabían que hay una manera correcta y una manera incorrecta de tratarse unos a otros en medio de un desacuerdo. Sabían que Dios había provisto una guía para resolver situaciones conflictivas de una manera correcta. Así que decidieron seguir los principios específicos que la Biblia nos da para lidiar con los conflictos. Este compromiso con las actitudes y los comportamientos bíblicos gobernaba sus respuestas mutuas durante épocas de conflicto.

Mi intención en este libro es explorar la manera que Dios desea que se trate el conflicto, para que nuestras congregaciones también puedan experimentar paz y unidad. Este estudio sacará de las Escrituras los principios claves para tratar los conflictos *con un énfasis especial en las actitudes y los comportamientos bíblicos*. Algunos de estos principios son afirmaciones directas con relación al conflicto (Mt. 18:15-17). Otros principios son derivados de instrucciones generales concernientes al apropiado comportamiento cristiano, especialmente cuando hay conflicto entre creyentes.

Todos los creyentes necesitan creer y practicar estos principios bíblicos ya que todos enfrentamos controversias y desacuerdos en nuestras relaciones. Los líderes de las iglesias especialmente necesitan entender los principios bíblicos para tratar con los conflictos, porque los líderes tienen una enorme influencia sobre la forma en la cual el conflicto es manejado en la iglesia local. Los líderes en cualquier nivel pueden hacer peor la situación si no saben tratar un conflicto. Pero los líderes también pueden lograr resoluciones pacíficas y una justa reconciliación cuando tratan el conflicto constructivamente. Las iglesias se ayudarían muchísimo si enseñaran a sus miembros cómo conducirse bíblicamente cuando el conflicto llega y cómo aceptar nuestra mutua responsabilidad en cuanto a actitudes y comportamientos pecaminosos. Una adherencia fiel a los

principios bíblicos es la mejor política para evitar daños en nuestras relaciones y descrédito al proclamar el Evangelio.

Mi objetivo en este libro es proveer un mejor entendimiento de lo que la Biblia enseña sobre el conflicto y ayudar a los creyentes a aprender cómo responder al conflicto según los principios bíblicos. Para poder evitar una abrumadora presentación de información, el libro se enfoca estrictamente en la exposición y presentación de los pasajes bíblicos sobre el conflicto en las iglesias del Nuevo Testamento. El libro no trata de principios prácticos sobre la mediación o el arbitraje ya que hay muchas buenas fuentes en esas áreas. La forma compacta del libro, y su bosquejo fácil de recordar, hace que sea una ayuda valiosa cuando se está tratando un conflicto y para los líderes que están enseñando las verdades divinas sobre cómo tratar el conflicto. Los primeros tres capítulos ponen el fundamento de los principios bíblicos:

1. Actúa en el Espíritu
2. Actúa en amor
3. Actúa en humildad

Los siguientes siete capítulos tratan con principios específicos para el manejo del conflicto.

4. Controla tu ira
5. Controla tu lengua
6. Controla tu tendencia a criticar
7. Busca la reconciliación
8. Busca ser un pacificador
9. Enfrenta a los falsos maestros
10. Enfrenta la controversia

Es imperativo que los líderes de la iglesia enseñen estos principios y que todos los creyentes los practiquen. Si cuando un conflicto florece nos detenemos por un momento y consideramos las instrucciones de la Palabra de Dios y buscamos la guía del Espíritu Santo, evitaremos muchos de los comportamientos destructivos que caracterizan nuestros conflictos; prevendremos, además, roturas innecesarias en nuestras relaciones.

Un evangelista que comenzó un gran número de iglesias durante cuarenta años, me dijo que cada una de ellas eventualmente se cerró

por causa de las actitudes pecaminosas entre los creyentes. No se había hecho nada de forma deliberada para enseñar a los nuevos líderes cómo tratar con los conflictos de acuerdo a los principios bíblicos. En cambio, un misionero que trabajó en otro lugar me dijo que él y otros misioneros trabajaron juntos para crear unidad entre ellos y sus organizaciones. Como resultado pudieron ver más fruto al compartir el Evangelio. El país donde este grupo de misioneros trabajó había visto previamente grandes divisiones entre los misioneros y sus organizaciones. Ellos querían evitar estas situaciones desagradables, así que decidieron tratar de entender por qué los misioneros anteriores habían fracasado. Descubrieron que muchos años de peleas y desconfianza entre los misioneros y sus organizaciones habían retenido las bendiciones del Señor y, por ende, el avance del mensaje del Evangelio.

Para empezar de nuevo este grupo de misioneros elaboró un documento donde delineaban los principios bíblicos para tratar con el conflicto que podría surgir entre ellos. El documento incluía una promesa de que se dirían la verdad entre ellos y nunca difamarían o hablarían en contra de los demás. Prometieron no levantar chismes contra los demás y de representar sus creencias personales en forma acertada. Decidieron seguir las instrucciones bíblicas y confrontarse sobre cualquier problema. Se comprometieron a orar los unos por los otros y a amarse aun a pesar de sus diferencias. Este enfoque fue tremendamente exitoso.

Mi oración y deseo ardiente es que este libro pueda estimular a los creyentes y las iglesias en cuanto a la importancia de enseñar, aprender y aplicar principios que honran a Cristo en medio del conflicto.

¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!

Salmos 133:1

Si deseas usar este libro en forma individual o en estudio de grupo, una guía gratuita (en inglés) está disponible en www.lewisandroth.com
También puedes encontrar otros materiales suplementarios en la sección de recursos de la página web.

1

Actúa en el Espíritu

*Pero si os mordéis y os coméis unos a otros,
mirad que también no os consumáis unos a otros.*

Gálatas 5:15

La iglesia de Villalta, una iglesia bíblica muy numerosa, invitó a un evangelista para una semana de mensajes especiales. Al final de la semana el evangelista desafió a la congregación a desarrollar una mayor devoción por Cristo y a ser más comprometida con la propagación del Evangelio. Luego, sin mucho espectáculo, coerción o manipulación, invitó a la gente a pasar al frente del auditorio y arrodillarse con él para orar. Su mensaje había afectado a muchas personas y ellos respondieron a su invitación.

Pero esta iglesia no estaba acostumbrada a las llamadas al altar y al terminar la reunión un miembro prominente expresó, de modo que lo escucharan los que estaban a su alrededor, que él estaba en desacuerdo con la llamada al altar del evangelista. El enojo que comunicaban tanto sus palabras en alta voz como sus expresiones faciales sorprendió a los que estaban alrededor de él. Acusó al evangelista de usar prácticas anti-bíblicas y manipulación emocional. Aun amenazó con irse de esa iglesia si los líderes no trataban de inmediato con esa situación.

Al escuchar las acusaciones airadas de esta persona, varios salieron en defensa del evangelista. Podían ver que Dios había usado al evangelista para reavivar la iglesia que estaba fría en lo espiritual, y apoyaban su petición de mayor evangelización. Acusaron a los que se oponían a las llamadas al altar de ser tradicionalistas de mente cerrada, que siempre resisten el cambio. También los acusaron de ser insensibles a la guía del Espíritu Santo y a no preocuparse por los perdidos.

Otras personas se pusieron del lado del que criticaba, diciendo que el evangelista predicaba un Evangelio que promovía una “fe fácil”. Levantaron falso testimonio en contra del evangelista en relación a sus motivaciones y su carácter, y tildaron de “liberal” a todo aquel que lo apoyaba. También, acusaron a los líderes de la iglesia de no tener discernimiento espiritual y llegaron al punto de pedir la renuncia del equipo de liderazgo, acusándolos de haber pecado por invitar a un lobo vestido de oveja a predicar en la iglesia.

Rápidamente los chismes y rumores coparon las líneas telefónicas. Ofensas del pasado entre creyentes fueron reavivadas y acusaciones dañinas se lanzaban en toda dirección. Palabras retadoras y cargadas de enojo pasaron a ser la forma normal de expresión, así como verdades a medias, temor, sospecha y falta de confianza. Familias y amigos eran obligados a elegir bandos. El liderazgo de la iglesia mantuvo una comunicación deficiente con la congregación y la ira y el odio escalaron.

En menos de un año la iglesia de Villalta se había dividido en dos grupos. Cada grupo aseguraba estar defendiendo la verdad bíblica y no había deseo de parte de ninguno de los lados de buscar la reconciliación. Estaban contentos con haberse liberado el uno del otro.

Aunque el nombre Villalta y este relato son ficción, el comportamiento atribuido a esta iglesia es muy real. La descripción del conflicto en Villalta no es una exageración. Refleja las actitudes y los comportamientos observados en innumerables peleas y divisiones de iglesias.

Sin importar nuestras opiniones teológicas sobre las llamadas al altar, todos debemos darnos cuenta que el comportamiento de estos creyentes fue sin ninguna consideración por lo que enseña la Biblia acerca de la conducta y la forma de hablar que deben caracterizar a un cristiano. Se comportaron como personas que no saben nada del Evangelio y del Espíritu Santo. Actuaron más como niños mal criados que como cristianos maduros llenos del Espíritu Santo.

Ver las consecuencias desastrosas de tales conflictos debe hacer que nos preguntemos: “¿Cómo deben los creyentes bíblicos, que son llenos del Espíritu Santo y poseedores de la guía de la Palabra de Dios, tratar sus diferencias?” Ningún otro grupo debe estar más preparado para enfrentar los conflictos que los creyentes quienes están convencidos que la Biblia es la Palabra de Dios. La Biblia provee instrucción detallada acerca de cómo tratar la controversia en forma constructiva. Cristo provee el poder por medio del Espíritu Santo para ayudarnos a obedecer la Palabra de Dios y controlar nuestras pasiones pecaminosas.

El tema de este capítulo es fundamental para el resto del libro: *Cuando surge el conflicto, nuestras actitudes y comportamientos deben reflejar nuestra nueva vida en Cristo dada por el Espíritu Santo que vive en nosotros. Hemos de reflejar el fruto del Espíritu y no las obras de la carne. Debemos andar por el Espíritu y ser controlados por el Espíritu, no controlados por la carne o fuera de control.* Examinemos estos principios fundamentales como se expresan en Gálatas 5:13-26, 1 Corintios 3:1-4 y Santiago 3:13-18. Estos tres pasajes de la Escritura forman el fundamento

sobre el cual este libro descansa. Los siguientes dos capítulos tratan el amor y la humildad, dos aspectos preeminentes del fruto del Espíritu.

1. CUANDO ENFRENTES CONFLICTO, NO MUESTRES “LAS OBRAS DE LA CARNE”

La mayor parte de las contiendas y divisiones innecesarias, que afligen muchas iglesias hoy en día, resulta de creyentes manifestando las obras de la carne y no andando en el Espíritu. Esto también caracterizaba a muchas iglesias del Nuevo Testamento. Reconociendo el potencial dañino de dicho comportamiento, el Apóstol Pablo se refirió al problema en sus cartas a las iglesias de Galacia y Corinto.

Cuando surge el conflicto,
nuestras actitudes y
comportamientos deben
reflejar la nueva vida en Cristo
dada por el Espíritu Santo que
mora en nosotros



a. Conflicto pecaminoso en las iglesias de Galacia

Serios desacuerdos sobre la función de la Ley de Moisés en relación con la salvación y la vida cristiana amenazaban la vida y unidad de las recién plantadas iglesias de Galacia¹. Por eso Pablo, uno de los fundadores de estas iglesias, advirtió a estos nuevos creyentes:

Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros (Gá. 5:15).

Esa conducta, escribe un comentarista, era “más apropiada para fieras salvajes que para hermanos en Cristo”². Si estos nuevos creyentes no paraban de pelear, nadie sobreviviría a la carnicería creada.

Después que Pablo les advirtiera del potencial de destrucción mutua entre los creyentes, identificó la causa como “las obras de la carne”³:

1 Hch. 13:13-14:27.

2 R. A. Cole, *La Epístola de Pablo a los Gálatas*, TNTC (Grand Rapids: Eerdmans, 1965), 157.

3 El término *carne* aquí describe la condición humana débil y caída, aparte de la vida de Dios y sometida al poder del pecado. Véase nota especial sobre la palabra *carne* en el Apéndice.

Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, *enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias*, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas (Gá.5:19-21; énfasis agregado).

Los ocho pecados sociales en cursivas describen las actitudes y los comportamientos pecaminosos que se manifestaron entre los creyentes de Galacia. Es probable que hayas observado muchas de esas características en alguna iglesia. Mientras consideras estas ocho “obras de la carne” entiendo esto: El Espíritu Santo está totalmente en contra de cada una de ellas.⁴ El versículo 17 dice: “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí”. El Espíritu Santo no guía a los creyentes a cometer estos pecados sociales: morderse y comerse unos a otros o provocarse mutuamente a arrebatos de ira o a celos amargos.

Pablo también les advirtió que el orgullo es la raíz de muchos de estos comportamientos pecaminosos:

No nos vanagloriemos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros (Gá. 5:26).

La vanidad llevó a algunos de los Gálatas a provocar a otros de manera arrogante a participar en airados debates teológicos con el fin de demostrar su conocimiento superior. En otros casos, la arrogancia llevó a los creyentes a envidiar a aquellos que amenazaban su supuesta posición. Así que, en vez de servirse “por amor los unos a los otros” como hermanos y hermanas en Cristo (Gá. 5:13), los Gálatas estaban provocándose mutuamente a la envidia.

La lista de pecados sociales que ofrece Pablo nos provee una forma objetiva de evaluar nuestro propio comportamiento. Así que, la próxima vez que te veas envuelto en un conflicto, detente y considera.

Sabes que estás cediendo a “los deseos de la carne” si cualquiera de los vicios pecaminosos mencionados anteriormente se dejan ver en tu comportamiento o actitud.

Cuando el hermano de la iglesia de Villalta (de nuestra historia inicial) arrojó sus airadas acusaciones contra el evangelista, por ejemplo,

⁴ Puedes encontrar una explicación detallada de cada una de las obras de la carne en los “recursos en línea” (en inglés) de www.lewisandroth.org.

es obvio que estaba cediendo a “los deseos de la carne” en lugar de andar en el Espíritu. Cuando los otros creyentes empezaron a dividirse en bandos opuestos y a manifestar sentimientos hostiles los unos hacia los otros, estaban involucrándose en contiendas y enemistades. Esas obras pecaminosas de la carne demostraban claramente que no estaban rindiéndose a los deseos del Espíritu.

b. Conflicto pecaminoso en la iglesia de Corinto

Los cristianos en la iglesia de Corinto también manifestaron las pecaminosas “obras de la carne” y experimentaron conflictos destructivos. De hecho, “no había otra iglesia fundada por Pablo, por lo que sabemos, que estuvo tan plagada por el pecado y la división”.⁵ Los creyentes de Corinto tenían el Espíritu Santo, sin embargo, en el comportamiento y las actitudes eran como las personas que carecen del Espíritu. David Garland comenta que habían actuado “de ninguna manera diferente al del resto de la sociedad de Corinto”.⁶ En otras palabras, eran un grupo de cristianos con una mentalidad mundana.

En su carta a esta iglesia destrozada por los conflictos, Pablo identificó el problema:

. . . porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales? (1 Co. 3:3-4).

Aunque los corintios se enorgullecían de su espiritualidad y conocimiento, sus peleas, celos y sectarismo demostraban que no andaban en el Espíritu. Poseían abundantes dones espirituales, pero carecían de la gracia del Espíritu. Su modo de vida era incoherente con el de las personas que profesan caminar por el Espíritu y representan las verdades del Evangelio.

5 Ralph P. Martin, *2 Corintios*, WBC (Waco, TX: Word, 1986), 464.

6 David E. Garland, *1 Corintios*, BECNT (Grand Rapids: Baker, 2003), 110.



Las obras de la carne

Enemistades

Contiendas

Pleitos

Envidias

Celos

Iras

Iras

Divisiones

Contiendas

Maledicencias

Disensiones

Murmuraciones

Herejías

Soberbias

Envidias

Desórdenes

(Gálatas 5:19-21)

(2 Corintios 12:20)



Así, en 2 Corintios 12:20, Pablo enumeró ocho pecados de discordia entre los Corintios que, de continuar, necesitarían una grave disciplina apostólica: “contiendas, envidias, iras, divisiones, maledicencias, murmuraciones, soberbias y desórdenes”. Esta lista de ocho pecados sociales es similar a la lista en Gálatas 5:19-21. Estos pecados sociales son una evidencia de “las obras de la carne” que resultan en muchos conflictos. No podía haber esperanza de unidad en la iglesia de Corinto hasta que los creyentes reconocieran y se arrepintieran de su conducta carnal y anticristiana.

2. CUANDO ENFRENTES UN CONFLICTO, MUESTRA “EL FRUTO DEL ESPÍRITU”

Dios siempre ha deseado que su pueblo viva de una manera que demuestre su santo carácter ante el mundo incrédulo. Como alguien que ha nacido del Espíritu de Dios, cada creyente es una “nueva creación” en Cristo (Gá. 6:15) capaz de manejar los conflictos de una manera radicalmente diferente a la del mundo que es impulsado por la carne.⁷ *Lo que el creyente no debe hacer cuando se ve involucrado en un conflicto es volver a actuar como en sus viejos tiempos, antes de la conversión, cuando la carne impulsaba su comportamiento.*⁸

a. Anda en el Espíritu

La vida cristiana comienza en el momento en que una persona recibe al Espíritu Santo de Dios y experimenta una transformación profunda y radical en su vida. La diferencia entre la antigua vida antes de la conversión y la nueva vida después de la conversión es semejante a la diferencia entre la muerte y la vida o entre vivir en luz y vivir en total oscuridad.⁹ Esta nueva vida continúa por medio de la fe en la Palabra de Dios y la dependencia del poder dado por la presencia del Espíritu Santo.

Pablo asume que sus lectores gálatas han creído en el Evangelio y han nacido de nuevo por el Espíritu. Sin embargo, les reprende por no vivir consecuentemente mediante el poder y la dirección del Espíritu. Muchos de ellos estaban tratando de vivir la vida cristiana con sus propias fuerzas, siguiendo las leyes del Antiguo Testamento (entregadas por Moisés), en vez de vivir por el poder del Espíritu. Por eso, su respuesta a los conflictos interpersonales y puntos de vista erróneos de la vida cristiana entre los creyentes de Galacia fue indicarles que anduvieran “en el Espíritu”, o sea, que “fueran guiados por” o “vivieran por” el Espíritu:

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne... Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley... Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu (Gá. 5:16, 18, 25).

⁷ Lv. 18:1-5; 2 Co. 6:14-7:1; Stg. 1:27; 4:4.

⁸ Ef. 2:1-2; 4:17-29; 5:3-17; Col. 3:7; 1 Pd. 1:14; 4:3-4.

⁹ *Muerte y Vida*: Ro. 6:13; 1 Jn. 3:14; 5:12. Luz y Oscuridad: Ef. 5:8; 1 Pd. 2:9.

Este es uno de los pasajes más significativos del Nuevo Testamento para obtener instrucciones sobre cómo vivir la vida cristiana. Es, como dice un teólogo, “dinamita teológica”.¹⁰ Andar por el Espíritu requiere de un esfuerzo activo, paso a paso y cotidiano para vivir la vida cristiana por medio de la presencia y el poder capacitador del Espíritu Santo. *Nada aparte de la llenura y presencia del Espíritu Santo es suficiente para ayudar a los creyentes a resistir los deseos de la carne y vivir una vida que refleje a Cristo.*

b. Muestra un carácter semejante al carácter de Cristo mediante el fruto del Espíritu

El Espíritu Santo procura formar cualidades Cristo-céntricas en la vida de cada cristiano y cada iglesia local. Estas cualidades Cristo-céntricas promueven actitudes correctas, una conducta piadosa y relaciones interpersonales saludables; las mismas cualidades que las congregaciones conflictivas de Galacia necesitaban desesperadamente. Las nueve descripciones del “fruto del Espíritu” dadas por Pablo forman una imagen compuesta de carácter y conducta semejante a la de Cristo: “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gá. 5:22-23). Podemos saber que estamos caminando por el Espíritu, cuando vemos “el fruto del Espíritu” reflejado en nuestra conducta diaria y en nuestras actitudes interiores.¹¹

Un comentarista escribe que este fruto es “nada menos que la reproducción práctica del carácter (y, por lo tanto, la conducta) de Cristo en la vida de su pueblo”.¹² “El fruto del Espíritu”, entonces, ofrece una guía objetiva a nuestras actitudes y nuestro comportamiento cuando enfrentamos un conflicto. Así que siempre debemos preguntarnos: “¿Estoy mostrando el carácter de Cristo y la vida del Espíritu, cuando tengo un desacuerdo con alguien o cuando trato con alguien que se opone a mí?”. Espero que podamos responder: “¡Sí!”, a esa pregunta. “Es una tragedia”, afirma Donald Guthrie, “que las relaciones entre creyentes a menudo

10 George T. Montague, *El Espíritu Santo: El Crecimiento de la Tradición Bíblica* (New York, Paulist Press, 1976), 200.

11 Puedes encontrar una explicación detallada de cada aspecto del fruto del Espíritu en los “recursos en línea” (en inglés) de www.lewisandroth.org.

12 F. F. Bruce, *La Epístola a los Gálatas: Un comentario sobre el texto griego*, NIGTC (Grand Rapids: Eerdmans, 1982), 257.

hayán sido destrozadas por el incumplimiento de las responsabilidades que conllevan el caminar en el Espíritu”.¹³

Cuando estemos atrapados en una tormenta de conflictos, un aspecto del fruto del Espíritu que es especialmente necesario para navegar con seguridad a través de la tormenta es la “templanza” o dominio propio (Gá. 5:23). *La falta de auto-control, o dominio propio, es un gran problema durante el conflicto, pero el Espíritu Santo proporciona el poder sobre los excesos carnales generados por las pasiones de ira, celos, odio y el*

Nada aparte de la llenura y presencia del Espíritu Santo es suficiente para ayudar a los creyentes a resistir los deseos de la carne y vivir una vida que refleje a Cristo.

espíritu de venganza. Los creyentes que controlan sus emociones y pensamientos por el poder del Espíritu Santo son los más capaces de manejar los conflictos de manera constructiva y lograr una resolución justa. Estos son los cristianos que no muerden ni se comen a sus hermanos y hermanas en Cristo.



Por el contrario, cuando las personas actúan de acuerdo a la carne, se descontrolan emocionalmente. No muestran el fruto del Espíritu y tienen el potencial para hacer un daño terrible a los demás y también al nombre de Cristo. Tal fue el caso en la iglesia de Villalta. Las personas de afuera nunca se habrían dado cuenta de que el Espíritu de Cristo habitaba en los corazones de la gente de allí. Las personas en la iglesia de Villalta no andaban como es digno del Evangelio, y tampoco parecían ser nuevas criaturas en Cristo. En cambio, la ira, el orgullo, la venganza y la calumnia eran las características de los creyentes en la iglesia de Villalta; era solamente cuestión de tiempo antes de que todos se consumieran unos a otros.

3. CUANDO ENFRENTES CONFLICTO, MUESTRA “LA SABIDURÍA DE LO ALTO”

Santiago, el medio hermano de nuestro Señor, nos da un buen consejo sobre el conflicto entre los creyentes. Él escribe sobre dos tipos de sabiduría que son particularmente importantes de reconocer cuando se enfrentan conflictos:

13 Donald Guthrie, Gálatas, BCN (Londres: Oliphants, 1969), 142.

Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía (Stg. 3:14-17).



El fruto del Espíritu

Sabiduría de lo alto

Amor

Pura

Gozo

Pacífica

Paz

Amable

Paciencia

Benigna

Benignidad

Llena de misericordia

Bondad

Llena de buenos frutos

Fe

Sin incertidumbre

Mansedumbre

Desórdenes

Templanza

Sin hipocresía

(Gálatas 5:22-23)

(Santiago 3:17)



Primeramente está “la sabiduría que es de lo alto” que es del Espíritu de Dios. Ella produce pureza de corazón y mente, una dulce

sensatez, bondad, misericordia, sinceridad y paz (Stg. 3:17). Luego está la sabiduría de abajo, que es “terrenal, animal, diabólica”. Ésta produce palabras necias, celos amargos,¹⁴ ambición, rivalidades, pasiones desenfrenadas, luchas, orgullo, “perturbación y toda obra perversa” (Stg. 3:2-4:6).

Cuando experimentamos desacuerdos acalorados con otros creyentes, debemos utilizar Santiago 3 para guiar nuestras palabras y conducta, siendo que allí se refiere directamente al control del fuego de la lengua y define una conducta cristiana apropiada. Sin esta sabiduría, estamos en grave peligro de mordernos y comernos unos a otros.

En una iglesia, por ejemplo, algunas personas se pusieron de pie jubilosas y se regocijaron en público inmediatamente después de que la congregación de forma contenciosa, y por un estrecho margen, votó a favor de despedir al pastor. Parecía no importarles que los niños del pastor estuvieran cerca mirando cómo la gente celebraba la destitución de su padre de su posición. ¿Qué impacto crees que tuvo este comportamiento en la opinión de aquellos niños acerca de la gente cristiana y la vida dentro de la iglesia?

¿Cómo ve Dios esta conducta? Sólo tenemos que leer Santiago 3:15 para saber que ese comportamiento refleja la sabiduría de abajo, que es “terrenal, animal, diabólica”. Tal comportamiento produce “perturbación y toda obra perversa” dentro de la familia eclesial. Los vencedores pueden haber ganado la elección y echado al pastor, pero en el tribunal de Cristo, Dios tendrá la última palabra sobre su “éxito”.¹⁵

4. APRENDE A TRATAR LOS DESACUERDOS COMO UN CRISTIANO CONTROLADO POR EL ESPÍRITU

El conflicto presenta uno de los retos más difíciles para vivir por el Espíritu. Si tan sólo pudiéramos reconocer que cada conflicto es una prueba de si vamos a manifestar el carácter de Cristo, la sabiduría de

¹⁴ Ten en cuenta que los celos (o la envidia) ocupan un lugar prominente en las listas de los vicios. Los celos son una de las principales causas de conflicto entre cristianos y, especialmente, entre iglesias y ministros del Evangelio (Flp. 1:15; Ro. 13:13; Gá. 5:20, 21, 26; 1 Co. 3:3; 2 Co. 12:20; Stg. 3:14, 16). El amor, sin embargo, “no tiene envidia” (1 Co. 13:4).

¹⁵ 1 Co. 3:12-17; 2 Co. 5:10.

lo alto y la realidad del Evangelio en nuestras vidas.¹⁶ Si tan sólo los creyentes que expulsaron al pastor hubieran reconocido la prueba y hubieran tratado de conformar sus actitudes con la sabiduría de lo alto. Si tan sólo los creyentes en la iglesia de Villalta hubieran reconocido la prueba y hubieran sido conscientes de sus actitudes y conductas pecaminosas como lo fueron de las llamadas al altar. Increíblemente, los creyentes en ambos casos estaban dispuestos a actuar pecaminosamente y de forma contraria a las Escrituras con el fin de “ganar” o demostrar que “tenían la razón”. No parecía importarles que estuvieran entristeciendo al Espíritu Santo de Dios actuando de acuerdo con “las obras de la carne”, lo que el Nuevo Testamento claramente denuncia.

En muchos desacuerdos de la iglesia, los creyentes batallan por supuestas verdades que no están explícitamente reveladas en las Escrituras, mientras que flagrantemente violan la enseñanza clara y repetida de las Escrituras sobre las actitudes y la conducta santa. Por ejemplo, este capítulo comenzó con la historia del hermano que hizo un despliegue de ira después de una llamada al altar de parte de un evangelista. Él, los miembros y los líderes de la iglesia de Villalta manifestaron “las obras de la carne”, en lugar de “el fruto del Espíritu”, al tratar con el asunto. ¿Qué podrían haber hecho de manera diferente para andar guiados por el Espíritu y acatar las instrucciones de nuestro Señor Jesucristo?

a. Ora

Tan pronto como el hombre se dio cuenta que estaba molesto, debió haber pedido a su Padre celestial que le diera sabiduría y dominio propio. Si él hubiese orado “en el Espíritu”,¹⁷ el Espíritu Santo habría traído a su mente porciones bíblicas específicas –pasajes que había leído muchas veces– sobre cómo un creyente guiado por el Espíritu piensa y actúa cuando tiene las emociones alteradas. De hecho, todos los miembros de la iglesia de Villalta necesitaban orar por la guía del Espíritu antes de tomar sus decisiones.

La oración es esencial para vivir por el Espíritu. A través de la oración, el Espíritu Santo nos convence de nuestro pecado y nos mueve a confesar y corregir nuestros caminos. Las actitudes y los comportamientos pecaminosos de las personas en ambos bandos indican

¹⁶ Dt. 13:3; 1 Co. 11:19.

¹⁷ Ro. 8:26-27; Gá. 4:6; Ef. 6:18; Jud. 20.

que no confiaban sinceramente en Dios, no atendían a Sus instrucciones y no vivían en el poder del Espíritu. Por el contrario, el hombre enfadado y los demás miembros de la iglesia tomaron el asunto en sus propias manos y dejaron que su carne les dictara su comportamiento.

b. Revisa tus actitudes y conductas

Dios nunca conduce a su pueblo a morderse y comerse unos a otros como animales salvajes. Como un cristiano bien enseñado, el hermano airado y los otros miembros de la iglesia de Villalta debieron haber *revisado el estado de sus actitudes y conductas según la norma de la Palabra de Dios, la cual el Espíritu siempre utiliza para dirigir el pueblo del Señor*. Debieron haber reconocido que estaban cediendo a “los deseos de la carne” y manifestando “las obras de la carne” y la sabiduría de abajo. Debieron haber reconocido que la ira iba en aumento y que ésta competía por el control, y que entonces debían ejercer mayor precaución a fin de evitar que la ira descontrolada se convirtiera en una gran oportunidad para que el diablo realizara su trabajo destructivo (Efesios 4:27).

Debían renunciar a todos los chismes y las calumnias en contra del evangelista y las acusaciones inflamatorias de los unos contra los otros. Estos comportamientos no se podían justificar con la excusa de que estaban luchando por la verdad, porque ese comportamiento contradice la verdad. Habían perdido toda perspectiva equilibrada de lo que es más importante. Las llamadas al altar no son intrínsecamente pecaminosas; en cambio, dar rienda suelta a la ira descontrolada y manifestar hostilidad hacia los demás **sí** es pecaminoso. Todos los involucrados necesitaban esperar hasta que sus emociones se calmaran y sus mentes se despejaran para abordar la cuestión con la sabiduría, la paciencia, la mansedumbre, la equidad y el dominio propio que proporciona el Espíritu.

c. Actúa en amor

El amor habría movido al hombre a pensar primero en el bienestar espiritual de la gente a su alrededor en lugar de su deseo personal de dar a conocer su opinión y dar rienda suelta a su ira. Con una actitud amorosa, como la de Cristo, hubiera dicho: “personalmente no estoy de acuerdo con las llamadas al altar, pero sé que este evangelista predica acerca del Cristo crucificado a muchas personas perdidas. Por eso doy gracias

a Dios. Oraré de rodillas que el Espíritu lo utilice para que muchas personas más lleguen a Cristo”.¹⁸

Poner el bienestar de los demás en primer lugar es andar en amor por el poder del Espíritu. Tristemente, los creyentes de la iglesia de Villalta no actuaron en amor hacia los demás. No se soportaron “los unos a los otros en amor” (Ef. 4:2). Ellos tenían conocimiento del amor (¡de lo cual estaban muy orgullosos!), pero violaron todos los principios del Nuevo Testamento sobre el amor.

d. Busca el consejo de creyentes llenos del Espíritu

Antes de que el hombre condenara todas las llamadas al altar, debió haber solicitado el consejo de los líderes de la iglesia. La Escritura dice que el Espíritu Santo pone “obispos” (supervisores) en el rebaño “para apacentar la iglesia del Señor” (Hechos 20:28). El hombre no consultó con los pastores de la iglesia para expresar su inquietud o para pedir orientación. De hecho, los líderes de la iglesia debieron haber invitado a la gente a hablar con ellos si tenían preguntas o si habían escuchado rumores de algo que era necesario abordar.

Buscar el consejo de otros creyentes llenos del Espíritu es una forma de ser guiados por el Espíritu. La gente necesitaba que sus líderes les recordaran cuáles son las actitudes y los comportamientos propios de un creyente que enfrenta situaciones de tensión y desacuerdo. Necesitaban que sus líderes les advirtieran acerca de los efectos dañinos de los pecados del chisme y la calumnia. Es lamentable que los líderes de la iglesia fallaron en reconocer rápidamente el problema y presentar a la congregación un plan de acción claro y constructivo (véase Hch. 6:1-3).

e. Trata a los demás con bondad y cortesía

El hombre que no estaba de acuerdo con el evangelista parecía desconocer tanto las actitudes apropiadas como la manera que deben tratarse situaciones de controversia entre hermanos en la fe. Sin embargo, 2 Timoteo 2:24-26 es muy claro:

18 Esta actitud imita el ejemplo de Pablo: “Los unos anuncian a Cristo por contención, no sinceramente, pensando añadir aflicción a mis prisiones. . . ¿Qué, pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún” (Flp. 1:16,18).

Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se le oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él.

Aunque el pasaje anterior se aplica directamente al trato con falsos maestros y sus seguidores, también sirve como guía para la forma en que se debe tratar a los creyentes con quienes tenemos algún desacuerdo doctrinal.

En un momento oportuno, el hombre podría haberse dirigido al evangelista y, sin hacer acusaciones o cuestionar su motivación, preguntar cortésmente acerca de sus razones para realizar llamadas al altar. Quizás hubiera aprendido algo del evangelista; por otro lado, también podría haber ayudado al evangelista. Tal vez ambos habrían aprendido más de lo que significa comportarse “como es digno del evangelio de Cristo” (Flp. 1:27).

f. Sé humilde

Después de evaluar su comportamiento y ver el caos que causó en la iglesia, el hombre debía humillarse y arrepentirse de su arrebatado de ira. Había escogido un lugar equivocado y un momento inoportuno para hablar. Había calumniado y cuestionado la motivación de un siervo del Señor, sin tener derecho a hacerlo. Debía reconocer su pecado y arrepentirse, y pedirle perdón a la gente que había oído sus airadas acusaciones.

Cuando estalló la lucha interna pecaminosa, los líderes de la iglesia debieron haber realizado un llamado a la oración, al ayuno y al arrepentimiento con el fin de restaurar una actitud de humildad y amor. No debían intentar solucionar el problema hasta que las actitudes egoístas y pecaminosas fuesen rectificadas. Con una actitud humilde, controlada por el Espíritu, el desacuerdo sobre llamadas al altar podría haberse manejado decente y constructivamente. En su lugar, los creyentes prefirieron morderse y comerse unos a otros y hacer una exhibición de primera clase de “las obras de la carne”.

¿Cómo responderemos a los conflictos que surgen con otros creyentes y dentro de nuestras iglesias? ¿Manifestaremos el hermoso fruto del Espíritu Santo, o dejaremos ver la fealdad de la carne? Cada conflicto

demuestra si practicamos lo que predicamos, si somos hacedores de la Palabra o tan solamente oidores (Stg. 1:22). Cada conflicto revela la autenticidad de nuestra vida cristiana (1Co. 11:19). Jesús dijo: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis” (Jn. 13:17), y todos somos responsables ante Él.

Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, provocándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros.

Gálatas 5:25-26

Principios claves para recordar

1. Al enfrentar conflictos, manifiesta “el fruto del Espíritu”, no “las obras de la carne”. Sé controlado por el Espíritu; no pierdas el control.
2. Preocúpate tanto por tu actitud y comportamiento como por la razón del desacuerdo.
3. No muerdas ni te comas a otro hermano.

2

Actúa en amor

El amor cubrirá multitud de pecados.

1 Pedro 4:8

El tema del conflicto entre los creyentes fue de profunda preocupación para Francis Schaeffer, uno de los pensadores y escritores evangélicos más influyentes durante la última mitad del siglo XX.¹ Schaeffer es quizás mejor conocido por compartir su casa en los Alpes suizos (llamada L'Abri, palabra francesa que en español significa “el refugio”) con cualquiera que buscaba respuestas a los grandes interrogantes de la vida. La revista Time describió su “misión hacia los intelectuales”, como “una de las misiones más inusuales en el mundo occidental”.²

Siendo un joven estudiante universitario y un nuevo cristiano, Schaeffer se dio cuenta de que su iglesia y su denominación habían abandonado el cristianismo ortodoxo histórico por el liberalismo teológico, así que dejó su denominación para formar parte de una denominación evangélica recién formada. En menos de dos años, sin embargo, por problemas de modo de pensar y de doctrina, la nueva denominación se dividió en dos grupos. Schaeffer se convirtió en un participante activo del grupo minoritario que formó su propia denominación y seminario. Años más tarde, voluntariamente dejó esa denominación, la cual pasó por otra división poco después.

Francis Schaeffer por duras experiencias personales conocía los duros ataques que pueden ocurrir entre verdaderos creyentes en medio de diferencias doctrinales. Le dolía ver a la gente morderse y comerse mutuamente en el nombre de Cristo. Entendió que algo estaba terriblemente mal con la forma en que los cristianos manejaban sus desacuerdos, y llegó a la conclusión de *que el elemento que faltaba era el amor*.³

1 Para una biografía, véase a Colin Duriez, *Francis Schaeffer: Una Vida Auténtica* (Wheaton, IL: Crossway, 2008).

2 “Misión a los intelectuales”, Time (11 de enero, 1960).

3 Duriez, *Francis Schaeffer: Una Vida Auténtica*, 87. Francis Schaeffer, *La Iglesia Ante el Mundo que Observa, en Las Obras Completas*, vol. 4, Libro 2 (Westchester, IL: Crossway, 1983), 151-63.

Schaeffer enseñaba que los creyentes deben ser conocidos no sólo por su posición inflexible en defensa de la verdad de la Escritura, sino también por su inquebrantable amor los unos por los otros, incluso cuando no están de acuerdo. La lucha por la verdad, la doctrina correcta y la pureza de la iglesia debe equilibrarse con amor y gracia. Para decir la verdad y actuar en el amor *al mismo tiempo*, se requiere de, lo que Schaeffer llamaba, la obra potenciadora del Espíritu Santo. El equilibrio entre la verdad y el amor no se puede lograr en la carne.⁴

1. EL AMOR DEFINE CÓMO ACTUAR AL ENFRENTAR EL CONFLICTO

La enseñanza de Schaeffer sobre el actuar en amor mientras se defiende la verdad no es nueva. Pablo era un incansable defensor de la verdad del Evangelio y, sin embargo, escribió más sobre el amor y los conflictos que cualquier otro escritor del Nuevo Testamento. El amor y la verdad no son enemigos, ni tampoco es necesario sacrificar uno por el otro. El amor, de hecho, “se goza de la verdad” (1 Co. 13:6).

La insistencia de Pablo en practicar el amor en medio del conflicto es evidente en sus relaciones con la iglesia de Corinto. Aunque los corintios se enorgullecían de su conocimiento y dones espirituales, lo que más les caracterizaba eran sus conflictos y luchas internas. Les faltaba amor y, consecuentemente, despedazaban la iglesia, en vez de edificarla; dividían la iglesia en vez de unirla; estaban trastornando la obra de Dios, en vez de mejorarla.

Los creyentes deben ser conocidos no sólo por su posición inflexible en defensa de la verdad de la Escritura, sino también por su inquebrantable amor los unos por los otros, incluso cuando no están de acuerdo.



Pablo escribió a los Corintios diciéndoles que el amor era indispensable en todo lo que hacían y decían (1 Co. 13:1-3) y les dio, además, quince descripciones específicas del amor (vv. 4-7). Los cristianos de hoy en día a menudo ven estos versículos como un poema de amor y

⁴ “Tenemos que mirar momento a momento a la obra de Cristo, y la labor del Espíritu Santo. La espiritualidad comienza a tener significado real en nuestra vida, cuando momento a momento comenzamos a exhibir simultáneamente la santidad de Dios y el amor de Dios” (Schaeffer, *La Iglesia Ante el Mundo que Observa*, 152).

los recitan en las ceremonias de matrimonio, pero esta no era la intención de Pablo. *Pablo estaba escribiendo a una iglesia en conflicto, y debemos entender su mensaje en ese contexto:*

El amor es sufrido, es benigno;
el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece;
no hace nada indebido, no busca lo suyo,
no se irrita, no guarda rencor;
no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad.
Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta
(1 Co. 13:4-7).

Después de enumerar dos cualidades positivas del amor (“sufrido” y “benigno”), Pablo enumeró ocho vicios que son totalmente incompatibles con el amor. Cada uno de estos vicios expresa el egocentrismo pecaminoso que crea e inflama el conflicto y destruye las relaciones. Estos pecados son obra de la carne y dominaron a la iglesia en Corinto, y siguen generando conflictos en las iglesias y en las vidas de los cristianos de hoy.

Cuando exigimos que se hagan las cosas a nuestra manera y nuestros deseos egoístas no se hacen, no frustramos, luchamos y peleamos. Observa cómo Santiago describe el funcionamiento de nuestros deseos egoístas:

¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? *Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis* (Stg. 4:1-2).

El auténtico amor cristiano, en cambio, no está preocupado por sí mismo, no está hinchado de orgullo, no se irrita fácilmente, no es rencoroso ni busca venganza (1 Co. 13:4-5). El amor cristiano se muestra en el amor de Jesús, quien “puso su vida por nosotros”, como ejemplo para que nosotros pongamos “nuestras vidas por los hermanos” (1 Jn. 3:16).

En muchas de las primeras iglesias cristianas había personas de clases sociales tan diferentes, que el conflicto era inevitable. Esclavos y libres, ricos y pobres, cultos e incultos, judíos tradicionales y gentiles permisivos, descubrieron que ya no estaban separados por su estatus social, sino que estaban unidos como hermanos y hermanas en Cristo.

¿Qué esperanza había de que tales congregaciones se mantuvieran unidas? ¡Sólo a través del amor abnegado producido por el Espíritu Santo! Como un comentarista dice: “Este amor (y sólo este amor) es lo suficientemente fuerte como para mantener unida a una congregación de individuos dispares”.⁵

No estés desprevenido. Cuando te enfrentes a algún conflicto, las instrucciones de Pablo sobre el amor en 1 Corintios 13:4-7 *definen la forma en la cual debes y no debes comportarte*.⁶ Antes de una reunión potencialmente explosiva, o una confrontación personal tensa, revisa en tu mente las descripciones bíblicas del amor. Recuerda que el amor es el primer elemento del fruto del Espíritu Santo,⁷ de modo que debes optar por “andar en amor” (Ef. 5:2) por el poder del Espíritu. Recuérdate a ti mismo cómo actúa (y cómo no actúa) el amor. *Decide anticipadamente cómo responder hacia aquellos con quienes no estás de acuerdo*. No dejes que el amor sea el elemento faltante en tus relaciones con tus hermanos y hermanas en Cristo.

2. EL AMOR NO BUSCA VENGANZA POR LOS AGRAVIOS SUFRIDOS

Incluso hoy en día, algunos grupos tribales primitivos, practican una costumbre llamada “lancear”. La costumbre requiere que la tribu de una persona que fue herida o asesinada por alguien de otra tribu se vengue de la tribu ofensora lanceando a alguien de esa tribu. No vengarse por el daño causado al miembro de la tribu traería vergüenza, y perdonar sería considerado una debilidad. Estas leyes no escritas perpetúan las guerras sin fin y las matanzas sin sentido en estas tribus.

Los cristianos de hoy, en medio de nuestros conflictos, no nos tiramos lanzas, pero igual nos “lanceamos” bastante por medio de palabras cortantes y miradas furiosas. Sin embargo, *Jesús enseñó y vivió por el principio de no-revancha (sin represalias)*. “A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra” (Mt. 5:39). En su comentario sobre 1 Pedro, Thomas R. Schreiner describe el silencio de Jesús en

5 James D. G. Dunn, *Las epístolas a los Colosenses y a Filemón*, NIGTC (Grand Rapids: Eerdmans, 1996), 232.

6 Para una exposición de cada una de estas quince cualidades, véase Alexander Strauch, *Liderando con Amor* (Editorial DIME, 2010), 51-115.

7 Ro. 5:5; 15:30; Gá. 5:22; Col. 1:8.

medio del sufrimiento como “la evidencia más notable de su espíritu de no-retaliación, ya que el deseo de venganza puede llegar a ser casi insoportable cuando hay maltrato”.⁸

Siguiendo las enseñanzas y el ejemplo de Jesús, Pablo y Pedro prohíben la mentalidad del desquite, una característica muy arraigada en la naturaleza humana:

- No paguéis a nadie mal por mal (Romanos 12:17).
- No devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición (1 Pedro 3:9).
- Quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente (1 Pedro 2:23).

Cuando alguien nos insulta, no debemos devolver el insulto; cuando somos maldecidos, no debemos maldecir de vuelta; cuando alguien nos golpea, no debemos devolver el golpe; al ser tratados maliciosamente, no debemos desquitarnos. Hemos de ser diferentes de aquellos que nos hacen mal.⁹ En lugar de devolver mal por mal, debemos andar en amor y no llegar a ser como nuestros enemigos o como aquellos con quienes tenemos algún conflicto.

El amor desea reconciliar y reparar las relaciones. Deja las injusticias pasadas en las manos de Dios. Así pues, la Escritura prohíbe la venganza personal o tomar la justicia en nuestras propias manos: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Ro. 12:19). Es prerrogativa de Dios castigar el mal, y Él ha dado autoridad a los gobiernos humanos y a los tribunales para juzgar y castigar a los malhechores (Ro. 13:1-7).

El amor “no guarda rencor” (1 Co. 13:5), lo cual significa que no mantiene un registro de las ofensas cometidas en su contra con el fin de vengarse. El amor no alimenta enemistades antiguas ni destapa viejas heridas. No se detiene obsesivamente para considerar los agravios

⁸ Thomas R. Schreiner, *1, 2 Pedro, y Judas*, NAC (Nashville, TN: Broadman & Holman, 2003), 143.

⁹ Lv. 19:17-18; Pr. 20:22; 24:17-18, 29.

sufridos. En pocas palabras, *el amor disminuye la temperatura de la mayoría de los conflictos al negarse a tomar represalias*. El amor no es vencido por el mal, sino vence el mal con el bien (Ro. 12:21). Ofrece perdón al agresor y pide perdón cuando es necesario.

Pablo y Bernabé fueron dos gigantes de la fe que tuvieron un fuerte desacuerdo entre sí. Ellos proveen un importante ejemplo bíblico de cómo los creyentes pueden estar en desacuerdo sin vengarse ni llevar toda una vida de guerra amarga. Tuvieron “tal desacuerdo” sobre la participación de Juan Marcos, el primo de Bernabé, en su segundo viaje misionero, que se fueron por caminos diferentes. Bernabé tomó consigo a Marcos, Pablo se llevó a Silas, y formaron dos equipos de evangelización (Hch. 15:36-41).

El relato de Lucas deja la disputa entre Pablo y Bernabé sin resolver. Aun los mejores siervos de Dios pueden estar en desacuerdo y llegar a la conclusión que no pueden trabajar estrechamente entre ellos. Sin embargo, a pesar de su fuerte desacuerdo, Pablo y Bernabé no tuvieron años de guerra personal entre sí. No enviaron cartas atacando el carácter del otro. No formaron nuevas denominaciones. En su lugar, se negaron a hablar mal el uno del otro o a llevar registro de las frustraciones y desavenencias que tenían. De hecho, Pablo después habló bien de Bernabé, afirmando que era su socio en la proclamación del Evangelio (1 Co. 9:3-6), y aun pidió que Marcos le acompañara porque, como le escribió a Timoteo, “me es útil para el ministerio” (2 Ti. 4:11; también Co. 4:10).

3. EL AMOR VENCE EL MAL MEDIANTE LA ORACIÓN, LA PACIENCIA Y LA AMABILIDAD

El mundo ama la dulce melodía de la venganza, pero Dios ama la dulce melodía de la oración, la paciencia y la bondad. Así que cuando nos sentimos heridos o tratados injustamente, debemos manejar el conflicto con una paciencia como la de Dios, y una bondad como la de Cristo.¹⁰ Esto lo lograremos al buscar la ayuda de Dios en oración,

¹⁰ *Paciencia*: Éx. 34:6; Jer. 15:15; Ro. 2:4; 9:22; Gá. 5:22; 1 Ti. 1:16; 2 Pd. 3:9, 15. *Amabilidad*: Rt. 2:20; 2 S. 9:3; Sal. 106:7; 145:17; Lc. 6:35; Ro. 2:4; 11:22; Ef. 2:7; Tit. 3:4, 1 Pd. 2:3. *El ejemplo de Pablo y sus instrucciones*: 2 Co. 6:3-4, 6; 2 Ti. 2:24; 4:2.

y luego, al mostrar tolerancia y bondad amorosas a través de nuestro comportamiento.

a. Oración

En una cultura donde el odio por los enemigos y la búsqueda de la venganza personal no sólo eran prácticas aceptables, sino capacidades bien desarrolladas, las declaraciones radicales de Jesús sobre el amor debieron haber sorprendido a sus seguidores:

- Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen (Mt. 5:44).
- Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian (Lc. 6:27-28).

Cuando las personas, ya sean creyentes o incrédulos, nos tratan mal o nos persiguen, tenemos que responder con la muestra más positiva y activa

El amor disminuye la temperatura de la mayoría de los conflictos, al negarse a tomar represalias.



de amor posible. Jesús no nos llama a ser mártires pasivos que se limitan a sonreír y soportarlo todo; ¡debemos bendecir de forma activa a los que nos hacen daño y no maldecirlos (Ro.12:14; 1 Pd. 3:9)! Nuestro Señor quiere que le pidamos a Dios que tenga misericordia y cambie los corazones

de los que nos persiguen y nos maltratan.¹¹ *Tal oración es un elemento clave al tratar con los conflictos de una manera que honre a Dios.*

Cuando oramos por los que nos hacen daño, el Espíritu Santo transforma nuestro carácter, haciéndonos más semejantes a Cristo. El Espíritu dirige nuestros corazones, capacitándonos para responder con amor y, también, trabaja en los corazones de aquellos por los que oramos. Pero cuando nos olvidamos de orar, *dejamos a Dios fuera de nuestros conflictos y operamos independientemente de su orientación y poder.*

¹¹ Lc. 23:34; Hch. 7:60.

b. Paciencia

En esta vida, sufriremos muchas heridas e injusticias, incluso de parte de amigos y familiares. Cuando como cristianos somos maltratados, debemos responder con amor. De hecho, la primera cualidad del amor que aparece en 1 Corintios 13:4-7 es que es “sufrido” o paciente, que también puede ser traducida como “longanimidad” o “paciencia”. Cuando soportamos con paciencia el dolor y los agravios sufridos en medio del conflicto, demostramos la tenacidad del amor. Por el contrario, llorar por cada herida o menosprecio es a menudo una expresión de nuestro egocentrismo y auto-compasión.

Las Escrituras nos informan que una de las principales maneras de promover “la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” es soportándonos “los unos a los otros en amor” (Ef. 4:2-3). La pequeña frase preposicional, “en amor”, es muy importante. Si no nos soportamos “en amor” nuestro aguante “podría llevar al resentimiento o a la ira en vez de al amor”.¹²

La longanimidad en oposición a la impaciencia, la cual se centra en uno mismo y crea o alimenta el conflicto, trata a los demás cuidadosamente de una manera paciente y con dominio propio que conduce a la solución de los conflictos constructivamente. La virtud cristiana de la paciencia permite a un creyente practicar el amor que “cubrirá multitud de pecados” (1 Pd. 4:8).

Quando nos olvidamos de orar, dejamos a Dios fuera de nuestros conflictos y operamos independientemente de su orientación y poder.

Quando somos tentados a ser impacientes con los demás, debemos detenernos y pensar por un momento en la longanimidad de Dios ante los muchos males que hemos cometido en contra suya. Como Pablo nos recuerda: “soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Col. 3:13). A la luz de la paciencia de Dios para con nosotros, ¿quiénes somos nosotros para pensar que no podemos soportar con paciencia las debilidades y los fracasos de otros, o las injusticias que nos hacen?

12 Harold W. Hoehner, *Efesios* (Grand Rapids: Baker, 2002), 510.

c. Amabilidad

En lugar de ser vencidos “de lo malo” cuando se nos trata mal, la Biblia nos enseña a responder con actos de bondad (1 Co. 13:4). Una respuesta amable demuestra que estamos andando por el Espíritu y en amor, incluso cuando estamos bajo el estrés emocional que resulta de los conflictos interpersonales. Así, en el contexto del amor (Ro. 12:9-21), Pablo escribe que debemos *vencer* el mal con buenas obras de misericordia:

Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal (Ro. 12:20-21).

Como creyentes, debemos ganar la gente con amabilidad. Con toda sinceridad de corazón, debemos bendecir a quienes nos maltratan, haciendo buenas acciones para su beneficio. Por los actos de bondad, demostramos que estamos dispuestos a perdonar a aquellos que han pecado contra nosotros. Que se pueda decir de nosotros, lo que se decía de Thomas Cranmer, un arzobispo de la Iglesia de Inglaterra: “quien le hacía un mal se convertía en un receptor de alguna bondad suya”.¹³

Pablo pudo decir a los corintios que su vida y ministerio estuvieron marcados por la paciencia, la bondad, el amor y el poder del Espíritu Santo:

No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado, antes bien, nos encomendamos en todo como ministros de Dios...en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero (2 Co. 6:3-4, 6).

Si deseas que otras personas te traten con paciencia y amabilidad cuando estés involucrado en algún conflicto, entonces trata a las personas que están en desacuerdo contigo con paciencia y bondad. Esta es la regla de oro del amor: “Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas” (Mt. 7:12).

13 Alfred Tennyson, *La Reina María* (Boston, MA: James R. Osgood, 1875), 194.

4. EL AMOR CUBRE MULTITUD DE PECADOS

Después de una reunión de adoración del domingo por la mañana, vi a un hombre que se me acercaba. La música especial había sido un poco ruidosa esa mañana y, por la mirada en su rostro, sabía lo que vendría a continuación. Enfadado me dijo que ¡tendría que dar cuenta frente al tribunal de Cristo por permitir a los jóvenes arruinar su tiempo de adoración! Durante varios minutos me dio una buena reprimenda. No se guardó nada.

Luego respiró profundamente, descansó durante unos segundos y con calma dijo: “Bueno, al menos, usted es una persona de mente abierta”. Se dio la vuelta, y se alejó, y desde entonces no ha habido ningún problema entre nosotros.

Nunca dije siquiera una sola palabra. Sabía que si yo hubiera empezado a discutir, la situación se habría intensificado. Con toda seguridad, el Espíritu Santo controló mis emociones, permitiéndome mantener la calma y pasar por alto su discurso amenazante y su comportamiento descortés.

A veces tal comportamiento tiene que ser enfrentado y reprendido, pero en otros casos lo mejor es no decir nada y elegir pasar por alto la falta de la persona. En este caso, dado que conocía bien a la persona, lo más sabio era, no seguir con el asunto, ni exigirle que se disculpara. La decisión más acertada era seguir el consejo de Pedro: “Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados” (1 Pd. 4:8). El amor a este hermano me permitió entender su punto de vista, su profundo sentido de la adoración en el culto y así soportar su debilidad de carácter. El amor, y sólo el amor, cubre multitud de pecados.

En la iglesia, al igual que en el mundo secular, a menudo tenemos que lidiar con personas difíciles. Cada persona es pecadora e imperfecta. Todos tenemos excentricidades y defectos de carácter. Si “ante todo” no nos sobrellevamos unos a otros en amor y no permitimos que el amor cubra nuestras ofensas, no podremos vivir en unidad. Sólo el amor que produce el Espíritu nos da la capacidad para entender las debilidades y los problemas de los demás, y para perdonar repetidamente, o cubrir, sus faltas. El amor de Jesús por sus discípulos cubrió los muchos fracasos de ellos y le permitió vivir y trabajar con ellos.

Aunque el amor cubre multitud de pecados, debemos recordar que no cubre todos los pecados. Como Ken Sande, el autor de *El pacificador*, explica:

Pasar por alto verdaderamente una ofensa significa decidir intencionadamente no hablar de ella, pensar en ella, o dejar que se transforme en amargura reprimida. Si no puedes dejar de lado una ofensa de esta manera, si es muy grave para pasarla por alto, o si continúa como parte de un patrón en la vida de la otra persona, entonces tendrás que acercarte a la otra persona y hablar del asunto de una manera amorosa y constructiva.¹⁴

A veces, la forma más amorosa de tratar con el asunto es aplicando la disciplina de la iglesia al pecado, tal vez incluso empleando acciones o palabras severas para detener una situación destructiva y así preservar el bienestar de la persona y proteger a la iglesia local.¹⁵ El propósito de tal disciplina no es exponer o avergonzar, sino corregir, redimir y restaurar. El amor genuino ejercitado con “la sabiduría que es de lo alto”, discierne cuándo es mejor exponer una falta y cuándo conviene cubrirla. El amor genuino no muerde y come, sino que siempre busca el bien de la otra persona por encima de la vindicación personal.

5. EL AMOR SE NIEGA A SÍ MISMO POR EL BIEN DE LOS DEMÁS

El fundamento de la ética cristiana no es la libertad o los derechos, sino el amor costoso y abnegado que edifica al pueblo del Señor.



Un número de parejas jóvenes de una misma iglesia fueron a un retiro a esquiar. Algunas de las parejas llevaron vino para acompañar la comida de la noche. Algunas de las parejas no querían tomar, pero los bebedores de vino insistieron en que no había nada malo con el consumo de vino durante una comida y convencieron a los no bebedores a unirse a ellos y no ser tan rígidos.

14 Ken Sande, *El Pacificador: Una Guía Bíblica para Resolver Conflictos Personales*, 3ª ed., (Grand Rapids: Baker, 2004) 83.

15 Mt. 5:22-24; 18:15-17; 2 Co. 2:2-4; 7:8-13; Gá. 2:11-14; 2 Ts. 3:6-15.

Más tarde, sin embargo, los no bebedores sintieron que habían violado sus conciencias y se molestaron con los que les habían presionado para beber. Los que habían presionado a los no bebedores, a su vez, hicieron caso omiso de los reclamos y acusaron a los no bebedores de ser legalistas e ignorantes. Esto causó una rotura en las relaciones, lo cual resultó en conflictos dentro de la iglesia acerca de quién estaba en lo correcto y quién estaba equivocado.

Tales disputas no son nada nuevas o inusuales. En la mayoría de las iglesias del siglo I, surgieron disputas sobre cuestiones de conciencia y de opiniones acerca de estilos de vida.¹⁶ En Roma, por ejemplo, los cristianos judíos y gentiles se pelearon por normas alimenticias y la conmemoración de festividades religiosas (Ro. 14). Los cristianos de hoy discuten y aun se dividen por cuestiones de guardar el día de reposo, celebrar la Navidad, el consumo de alcohol o disfrutar de cierto tipo de entretenimiento y música.

Entre los muchos principios bíblicos para la resolución de conflictos, el mayor de ellos es el amor. La Biblia nos dice que el amor “no busca lo suyo” (1 Co.13:5) y “no hace mal al prójimo” (Ro. 13:10). Incluso ese amor está dispuesto a entregar su vida por un hermano o una hermana (1 Jn. 3:16).

Siguiendo esta enseñanza, Pablo describe en Romanos 14:1-15:9 cómo andar en amor y anteponer el bienestar espiritual de los demás a nuestras propias libertades y derechos:

Pero si por causa de la comida [el tema en conflicto en ese tiempo] tu hermano es contristado, ya no andas conforme al amor. No hagas que por la comida tuya se pierda aquel por quien Cristo murió (Ro. 14:15).

En un pensamiento similar, aborda el tema del abuso de la libertad cristiana que se estaba dando en las iglesias de Galacia:

Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, *sino servíos por amor los unos a los otros* (Gá. 5:13, cursivas añadidas).

¹⁶ En Romanos 14:1, Pablo se refirió a estos temas polémicos como “opiniones”. Con esto quiso decir que no son doctrinas fundamentales sino cosas secundarias relacionadas con la conciencia personal. Véase el capítulo 6 para un estudio más detallado de este tema.

Para Pablo, la libertad en Cristo significaba un servicio amoroso, abnegado a los demás, no auto-indulgente.¹⁷ Es la carne –siempre preocupada por el yo y lista para pelear– la que exige derechos y libertades. El ejercicio de sus “derechos” no era la principal preocupación de Pablo. Sus principios rectores que gobernaban sus acciones eran la edificación de los creyentes en la fe, ganar a los perdidos para Cristo y glorificar a Dios en todas las cosas (1 Co. 10:24, 31-33).

El fundamento de la ética cristiana no es la libertad ni los derechos, sino el amor costoso y abnegado que edifica, en vez de destruir, al pueblo del Señor. Si aplicamos el principio del amor al desacuerdo sobre el vino para acompañar la comida, el amor cristiano exige que las parejas que desean beber vino, no presionen a los no bebedores para tomar, ni tampoco se burlen de ellos por sus puntos de vista. El amor cristiano se hubiera negado a consumir alcohol a fin de que no se convirtiera en un asunto que perjudicara la comunión entre los hermanos y las hermanas en el Señor.

Para los no bebedores, sería un pecado ir en contra de su conciencia (Ro. 14:23). Sin embargo, aun optando por abstenerse, los no bebedores podían elegir animar a los demás a disfrutar de su libertad. Por supuesto, si alguien del grupo luchaba con la tendencia al alcoholismo, el consumo de vino delante de él o ella sería una muestra irreflexiva de egoísmo.

Cuando los asuntos de conciencia personal y decisiones en cuanto al estilo de vida se convierten en un problema, *el remedio del Nuevo Testamento es amor que cuesta: un amor que renuncia radical y voluntariamente a sus derechos y libertades por el beneficio espiritual de los demás*. Practicar el amor que limita la libertad es imitar el amor abnegado que demostró Cristo en la cruz a fin de obtener nuestra salvación. “Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo” (Ro. 15:3). Si Cristo estaba dispuesto a morir a favor del creyente débil, sin duda podemos renunciar a algunas de nuestras libertades y derechos para edificar y proteger a tal persona de caer en el pecado.

6. PRACTICA LO QUE PREDICAS ACERCA DEL AMOR

La obediencia al “mandamiento nuevo” de Jesús de amarnos los unos a los otros como Él nos amó a nosotros (Jn. 13:34-35) es la mejor protección contra la mayoría de los conflictos sin sentido. El problema

¹⁷ Jn. 13:14; Ro. 15:1-3, 8; 1 Co. 8:1, 13; 9:19-23; 10:24, 32-33; Gá. 5:13; 6:2.

es que, si bien es fácil hablar del amor, es difícil poner en práctica lo que predicamos cuando surgen conflictos cargados de emociones que nos tientan a reaccionar con enojo.

Reconociendo este problema, Juan, el discípulo amado, aconsejó: “Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Jn. 3:18). El amor es de poca ayuda en el manejo de conflictos si no es “auténtico” o si no se practica (Ro. 12:9).

¿De qué sirve predicar que el amor de Dios Padre está *en* nosotros, y *entre* nosotros, si luchamos como el diablo?



Una experiencia que mi amigo Brian compartió conmigo ilustra lo importante que es (y lo difícil que puede ser) practicar lo que predicamos. Brian es dueño de un negocio de computadoras y había trabajado durante varios meses para desarrollar el sistema informático de una empresa. Cuando el trabajo estaba completo, el cliente dijo que no podía pagar por ello. Brian describió al cliente como la persona más difícil, irrazonable, discutidora y malintencionada con quien le había tocado tratar en todos sus años en el mundo empresarial. Incluso sentía temor cuando debía hablar con él por teléfono.

Cuando Brian llamó al cliente para insistir en que comenzara a pagar algo de la deuda, ¡el hombre lo amenazó con no pagarle nada! Durante su conversación Brian le preguntó: “¿Qué tipo de negocio tiene usted?”. El hombre le respondió: “Es una organización que ayuda a la gente a resolver sus conflictos”.

¡Brian no podía creer lo que escuchaba! Asombrado por la hipocresía del hombre, estaba demasiado conmocionado para responder y demasiado desconcertado para reírse de la ironía de la situación. Más tarde, cuando Brian intentó establecer un plan de pago, el cliente amenazó con negarse a hablar con él de nuevo. En ese momento, Brian le preguntó: “¿No podríamos utilizar algunos de los principios que usted enseña acerca del manejo de conflictos para resolver nuestro problema de una manera razonable?”.

El cliente no hizo más que repetir sus amenazas en tono enojado. Aunque le tomó más de un año a mi amigo recuperar lo que se le debía, como resultado de su conducta y palabras pacientes, llenas de dominio propio, las dos partes terminaron su relación de forma positiva.

Igual que el hombre que enseñaba principios para la resolución de conflictos no practicaba lo que predicaba, a veces los cristianos no practicamos los gloriosos principios del amor divino que predicamos.

¿De qué sirve predicar que el amor de Dios Padre está *en* nosotros, y *entre* nosotros (Jn. 17:26), si luchamos como el diablo? ¿De qué sirve predicar que “el amor no hace mal al prójimo” (Ro. 13:10), si tratamos de destruir a nuestro prójimo con quien estamos en desacuerdo? ¿De qué sirve predicar que el primer fruto del Espíritu Santo es el amor si nos comportamos con hostilidad y odio? ¿De qué sirve animar a otros a practicar el “mandamiento nuevo” de amarse unos a otros como Jesús nos amó a nosotros, si luchamos como políticos inescrupulosos desprovistos de integridad personal o preocupación por los adversarios?

La mayoría de nosotros tiene al menos una noción de lo que es el buen comportamiento cristiano, pero en el calor del momento en que nuestras emociones son despertadas, nos comportamos impiamente y sin amor, con arrebatos de ira, palabras hirientes y auto-justificación arrogante. Incluso interponemos demandas legales y buscamos la venganza personal. La pregunta más crucial siempre es: ¿Actuaremos con amor, incluso estando bajo la presión de los conflictos, o actuaremos como personas que carecen del Espíritu Santo y del amor de Dios?

“No es lo que sabemos lo que cuenta”, comenta Peter David, “sino lo que hacemos. El verdadero conocimiento es el preludio de la acción, y es la obediencia a la Palabra la que cuenta al final”.¹⁸ A través de la oración, el poder capacitador del Espíritu Santo, la guía de la Palabra de Dios y nuestro compromiso con las verdades del Evangelio podemos (y debemos) aprender a actuar en amor en todo momento.

Una antigua historia acerca de Juan, el discípulo amado, ilustra la importancia del amor en la comunidad de creyentes. Juan vivió casi cien años. Jerónimo, un erudito bíblico del siglo IV, registró que Juan llegó a ser tan frágil en su vejez, que sus discípulos tenían que portarlo a las reuniones de la congregación. A pesar de que ya no podía predicar y sus palabras eran difíciles de entender, Juan decía repetidamente: “Hijitos, ámense los unos a otros”. Uno de sus discípulos, curioso por saber por qué siempre decía lo mismo, le preguntó: “Maestro, ¿por qué siempre dices esto?” El anciano Juan respondió la pregunta de la siguiente forma: “Porque es el mandamiento del Señor, y si sólo esto se hace, es suficiente”.¹⁹

18 Peter H. Davids, *Santiago*, NIBC (Peabody, MA: Hendrickson, 1989), 41.

19 Jerónimo, *Commentarius ad Gálatas* (6:10). Patrología Latina (Patrologiae cursus completus, serie latina), vol. 26, editado por J.P. Migne (París 1866), columna 462C. Traducción al inglés por Michael Woodward.

Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis.

Juan 13:17

Principios claves para recordar

1. Al enfrentar conflictos, practica lo que predicas sobre el amor.
2. Practica el principio de no tomar represalias.
3. Supera las heridas del conflicto con oración, paciencia y hechos positivos de bondad.
4. Ten la disposición de renunciar a tus derechos y libertades en Cristo a fin de lograr la edificación espiritual de los demás.

3

Actúa en humildad

Cristo Jesús . . . no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que . . . se humilló a sí mismo.

Filipenses 2:5-6, 8

La iglesia del primer siglo en la ciudad de Filipos (en la actualidad, en el noreste de Grecia) producía una inmensa alegría en el corazón de Pablo. Era una iglesia madura, doctrinalmente sólida, con obispos, diáconos y trabajadores laboriosos del Evangelio. Los creyentes filipenses se habían convertido en entrañables amigos de Pablo, y apoyaban financieramente su ministerio, más que cualquier otra iglesia del Nuevo Testamento. Sin embargo, aun esta iglesia ejemplar no era inmune al orgullo, la ambición egoísta, las quejas y las luchas internas.

Cuando surgió el conflicto dentro de la congregación, Pablo sabía que debía ser tratado de manera rápida y correcta a fin de evitar que surgieran problemas más graves. Los filipenses aún no estaban mordiéndose y comiéndose unos a otros, pero pronto llegarían a eso si continuaba la discordia. “Las semillas de la disensión se habían sembrado”, comenta Moisés Silva, “y no debían permitirles brotar”.¹ Por eso Pablo, uno de los fundadores de la iglesia, apeló apasionadamente a favor de la unidad:

Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa (Flp. 2:2).

La emotiva petición de Pablo por unidad de pensamiento, amor mutuo, armonía espiritual y unidad de propósito es igualmente importante para las iglesias de hoy. Si no se logra la unidad, las iglesias serán destruidas por las luchas internas y su testimonio en el mundo se perderá. ¿Cómo logra una iglesia este “círculo completo de unidad, de una mente, un amor, un espíritu, un propósito”?² La respuesta es humildad como la de Cristo: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Flp 2:5).

1 Moisés Silva, *Filipenses*, WEC (Chicago, IL: Moody, 1988), 102.

2 John MacArthur, *Filipenses*, (Chicago, IL: Moody, 2001), 109.

1. DENUNCIANDO ACTITUDES INCORRECTAS EN LA IGLESIA

Las actitudes pecaminosas son el combustible para el conflicto y empeoran las cosas; por eso, para manejar los conflictos constructiva y bíblicamente es imprescindible poseer actitudes correctas.³ *Es importante que los líderes de la iglesia promuevan el desarrollo de actitudes semejantes a las de Cristo dentro de la iglesia, lo cual es precisamente lo que hizo Pablo en su carta a los filipenses.* Él denuncia duramente la ambición egoísta y el engreimiento y anima a los creyentes a seguir el ejemplo de Cristo de humildad y servicio desinteresado hacia los demás:

Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros (Flp. 2:3-4).

Esta es una de las directrices más significativas del Nuevo Testamento en cuanto a cómo debemos relacionarnos cuando estamos involucrados en un conflicto. Cuando la actitud de Cristo de servicio humilde permea una iglesia local, ésta puede hacer frente a cualquier tormenta. Sin embargo, cuando lo que caracteriza a un grupo de creyentes es el orgullo, aun un desacuerdo menor podrá suscitar un torbellino de discusiones. Incluso algo tan insignificante como cambiar el color de la pintura de una habitación de la escuela dominical puede dividir a tal grupo. Por esta razón, Pablo exhorta a todos los miembros de la iglesia: “Nada hagáis por contienda o por vanagloria”. Vamos a examinar estos dos instigadores de la discordia y la división.

Cuando la actitud de Cristo de servicio humilde permea una iglesia local, ésta puede hacer frente a cualquier tormenta.

Cuando la actitud de Cristo de servicio humilde permea una iglesia local, ésta puede hacer frente a cualquier tormenta. Sin embargo, cuando lo que caracteriza a un grupo de creyentes es el orgullo, aun un desacuerdo menor podrá suscitar un torbellino de discusiones. Incluso algo tan insignificante como cambiar el color de la pintura de una habitación de la escuela dominical puede dividir a tal grupo. Por esta razón, Pablo exhorta a todos los miembros de la iglesia: “Nada hagáis por contienda o por vanagloria”. Vamos a examinar estos dos instigadores de la discordia y la división.

3 Malcolm Cronk dice: “Con el espíritu correcto, una iglesia con una estructura torpe funcionará. Sin el espíritu correcto, aun una estructura ideal no funcionará”; citado por Marshall Shelley en *Dragones Bien-Intencionados* (Minneapolis, MN: Bethany, 1994), 81.

a. Ambición egoísta

Si iba a lograrse la unidad de pensamiento en la iglesia de Filipos, debía reconocerse que la rivalidad entre algunos miembros prominentes era una obra de la carne que producía división y detenerla. La palabra “contienda” en Filipenses 2:3 significa “ambición egoísta”,⁴ o “devoción egoísta a los intereses propios”,⁵ sin tener en cuenta los intereses de los demás o el costo para los demás de esa ambición. La ambición egoísta es egocéntrica, contenciosa, competitiva y sediciosa.

En el lenguaje más fuerte posible, Santiago denunció que la ambición egoísta es “terrenal, animal, diabólica”, lleva a la “perturbación y toda obra perversa” y produce “guerras” y “pleitos” (Stg. 3:15-16; 4:1-3). “Está en el corazón de la miseria humana”, escribe Gordon Fee, “donde los que más influyen en los valores y el comportamiento son el interés propio y el deseo de auto-engrandecimiento, a expensas de los demás”.⁶

La ambición egoísta, sobre todo de parte de aquellos en liderazgo, ha plagado el mundo a lo largo de la historia humana. Es uno de los cinco “gigantes mundiales” –hambre, enfermedad, analfabetismo, vacío espiritual y liderazgo egoísta–, que un filántropo cristiano ha identificado como con los que es esencial lidiar para poder ayudar a los pobres.⁷ El “liderazgo egoísta” es evidente en la filosofía del “yo primero” de algunos funcionarios de gobierno que ejercen su autoridad por medio de la codicia y el ansia de poder. A este tipo de líderes les importa poco la justicia social o las necesidades de las personas. Para ellos, una posición de autoridad es apenas un medio de enriquecerse y enseñorearse de su autoridad sobre las personas.

4 La palabra griega *eritheia* es difícil de traducir con precisión. Aunque en algunas versiones se traduce como “contienda” en Filipenses 2:3, muchas traducciones y comentaristas prefieren traducirla aquí como “ambición egoísta”. La idea del **egoísmo** encaja mejor con el contexto de Filipenses 2:2-8. Versiones que traducen *eritheia* como “ambición egoísta” en Filipenses 2:3 a veces la traducen de forma diferente en otros pasajes; por ejemplo, a veces se traduce como “rivalidad” en Santiago 3:14, 16. El término griego también se utiliza en otros de nuestros pasajes claves: Gá. 5:20; 2 Cor. 12:20; Flp. 1:17. Véase Friedrich Buchsel, “*eritheia*”, en el Diccionario Teológico del Nuevo Testamento (Grand Rapids: Eerdmans, 1964), 2:661.

5 Richard N. Longnecker, *Gálatas*, WBC (Dallas, TX: Word, 1990), 256.

6 Gordon D. Fee, *La Carta de Pablo a los Filipenses*, NICNT (Grand Rapids: Eerdmans, 1995), 186.

7 David Van Biema, “*La Ambición Global de Rick Warren*”, *Time* (18 de agosto, 2008), 40.

Siendo como es tan lamentable, este problema también infesta las iglesias. Líderes egoístas y controladores, que miran sólo por sus propios intereses en lugar de los intereses de aquellos a los que están llamados a servir, son como Diótrefes del siglo I, al que le gustaba tener el primer lugar (3 Jn. 9-10). Líderes como Diótrefes actúan como si el ministerio cristiano fuera un medio para promover sus propios intereses. En marcado contraste, Pablo –un modelo, como el de Cristo, del siervo-líder– dijo a los corintios: “Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús” (2 Co. 4:5). Y continuó diciendo: “De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida” y “no busco lo vuestro, sino a vosotros . . . yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas” (2 Co. 4:12; 12:14-15).

La ambición egoísta también causó conflictos entre los discípulos de Jesús. Jacobo y Juan deseaban que Jesús les diera los dos puestos más altos en su reino: “Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda” (Mc. 10:37). Esta petición provocó la rivalidad entre los otros discípulos que “comenzaron a enojarse contra Jacobo y contra Juan” (Mc. 10:41). Se indignaron porque, ¡también deseaban el poder y la gloria para ellos mismos! La cuestión de quién era el más grande se convirtió en una cuestión de debate entre los Doce y un motivo de consternación para nuestro Señor.

Cuando Pablo estaba preso en Roma, algunos predicadores cristianos, motivados por los celos y la ambición egoísta, incluso predicaban el Evangelio en Roma, deseando añadir más al sufrimiento de Pablo durante su encarcelamiento (Flp. 1:15, 17). Por lo tanto, Pablo sabía por experiencia propia de la fealdad y el dolor de este pecado en particular. Odiaba ver cómo las mismas actitudes aparecían en su amada iglesia en Filipos.

¡La ambición egoísta no tiene lugar en la familia de Dios! Es totalmente incompatible con las enseñanzas de nuestro bendito Señor sobre el servicio humilde entre hermanos y hermanas.⁸ Es la antítesis del amor sacrificado de Cristo.

La ambición egoísta no es un fruto del Espíritu; es una obra de la carne. Esto socava a las personas que están tratando de trabajar juntos en armonía. A la vez, motiva a la gente a ser exigente y controladora, y a desechar a cualquiera que no esté de acuerdo con ellos. Sólo aquellos

8 Mt. 20:26; 23:8, 11-12; Mc. 9:35; 10:43; Lc. 22:26; Jn. 13:4-15; 13:34-35.

que tienen un espíritu de humildad como el de Cristo pueden manejar posiciones de poder y autoridad, sin oprimir a otros ni servir únicamente con el fin de exaltarse ellos mismos. Así que atendamos a las palabras del Espíritu del Señor: *Nada hagáis por contienda*.

b. Vanagloria u orgullo

La iglesia en Filipos deleitaba el corazón de Pablo,⁹ pero Satanás no permitiría que esta condición bienaventurada siguiera sin oponerse a ella. Su intención era dividir y conquistar, y ¡casi no hay una mejor manera de dañar una iglesia ejemplar, que a través del orgullo por poseer sana doctrina, dones espirituales, generosidad o éxito! Satanás sabe que “antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu”.¹⁰ Así que provocar el orgullo en las personas, especialmente el orgullo por “lo correcto”, es un esquema eficaz para corromper una buena iglesia. “Hacer un ídolo de la precisión doctrinal, el éxito ministerial o la rectitud moral”, escribe Timothy Keller, “conduce a constantes conflictos internos, arrogancia y auto-justificación, y opresión de quienes tienen opiniones distintas”.¹¹

Pablo era dolorosamente consciente de lo que estaba ocurriendo entre algunas personas prominentes de la iglesia. Sabía que, al igual que su compañera la ambición egoísta, la vanagloria enciende el conflicto y echa a perder la unidad. Por eso amonestó a los creyentes a no hacer nada por vanagloria, que es, literalmente, “gloria hueca”.¹²

La vanidad (el orgullo) nos da una visión distorsionada de la realidad. Nos engaña, haciéndonos pensar que somos mejores que otros, que sabemos mucho más de lo que realmente sabemos, o que somos más santos o dotados de lo que realmente somos. “Nada es más alto que la humildad de mente”, escribió Juan Crisóstomo, “y nada es más bajo que la jactancia”.¹³ Debido a que la naturaleza del orgullo es pensar demasiado de sí mismo, Pablo advierte:

9 Flp. 1:3-8; 2:25-30; 4:1, 10, 14-18.

10 Pr. 16:18, véase también 1 Ti. 3:6; 1 Cr. 21:1-8.

11 Timothy Keller, *Dioses Falsificados: Las Promesas Vacías del Dinero, el Sexo y el Poder, y la Única Esperanza que Importa* (New York: Dutton, 2009), 132.

12 Vanagloria, el sustantivo *kenodoxia*, denota “una auto-evaluación vana o exagerada” (BDAG, 538). El adjetivo griego *kenodoxos* se usa en Gálatas 5:26, donde está estrechamente relacionado con la envidia y la provocación: “No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros”.

13 Juan Crisóstomo, *Homilías sobre el Evangelio de San Mateo*, 65,5, NPNF, 1a

Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno (Ro. 12:3).

Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña (Gá. 6:3).

La arrogancia produce vanagloria y sentimientos de superioridad que dificultan la resolución de conflictos. La presunción nos hace estar a la defensiva, actuar de forma farisaica y ser tercos. Nos ciega a nuestros propios errores y fallas evidentes. Nos impide escuchar consejos sabios o reprensión, y de aprender para realizar cambios necesarios.

Durante las últimas cuatro décadas, he hablado con muchas personas que han salido de iglesias abusivas, dirigidas por líderes extremistas y severos. Estos creyentes a menudo se sienten confundidos, al tratar de comprender la experiencia vivida en busca de la fe verdadera. Mientras hablamos, a menudo les pregunto qué fue tan atractivo como para ser un miembro de una secta tan extrema y por qué permanecieron tanto tiempo bajo la influencia de un líder abusivo. Invariablemente ellos identifican la raíz del problema como el orgullo: orgullo de su comprensión doctrinal superior, orgullo por haber logrado una espiritualidad mayor, orgullo de ser uno de los pocos “iluminados”. Dicen que antes de dejar estas iglesias, hubieran preferido morir antes que reconocer que estaban equivocados. El orgullo les había cegado a la verdad de que a su iglesia le faltaban muchos de los frutos del Espíritu, como el amor verdadero para todos los creyentes y la verdadera humildad.

El orgullo fue un problema en casi todas las iglesias en el período del Nuevo Testamento,¹⁴ y sigue siendo un problema. Las iglesias pentecostales y los carismáticos se jactan de su poder sobrenatural y de una vida espiritual superior, al mismo tiempo que se sienten superiores ante quienes no comparten sus experiencias. Iglesias de la tradición reformada menosprecian a los que no aceptan su pulida teología sistemática. Los luteranos se mantienen al margen por tener sus raíces en la Reforma, sus distintivos doctrinales y contar con el héroe de la fe, Martín Lutero. Los Bautistas se enorgullecen de sus grandes números y las políticas democráticas en sus iglesias. Algunas iglesias están tan

Serie, 10:402.

14 Ro. 11:20, 25; 12:16; 1 Co. 1:30; 4:8; 8:1-2; 12:21; 13:2; 2 Co. 12:7-11; Flp. 2:3.

orgullosas de su vida santa y apartada que se niegan incluso a tener comunión con otros creyentes, a quienes juzgan críticamente como transigentes mundanos e impuros.

Incluso si uno tuviera toda la razón en cada doctrina y práctica, aún así no hay lugar para el orgullo. El orgullo desagrada a Dios. Es el primero de los siete pecados que Dios aborrece (Pr. 6:16-19). Cuando los cristianos tienen una actitud de superioridad y desprecian a sus hermanos y hermanas en el Señor, no están caminando por el Espíritu, sino que están dando lugar al orgullo carnal. El resultado es inevitable: habrá conflicto relacional.

El veredicto sobre el orgullo es claro: “El orgullo sólo genera contiendas” (Pr.13:10 NVI). Dado que ningún ser humano—incluso el creyente más piadoso y devoto— está exento de la lucha interna con el orgullo, la Biblia instruye a cada creyente a vestirse con la ropa de la humildad y actuar humildemente para con todos sus hermanos en la fe:

y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (1 Pd. 5:5; cursivas agregadas).

C. S. Lewis describió al orgullo como “un cáncer espiritual que devora la más mínima posibilidad de amor, o de alegría o, incluso, de sentido común”.¹⁵ Si nosotros, al igual que los filipenses, queremos dejar las peleas y mantener el amor y la unidad del Espíritu, debemos presentarnos ante Dios con honradez y hacer frente a nuestro orgullo perverso y obstinado. Debemos humillarnos delante de Dios, reconocer nuestra vanagloria y arrepentirnos de ella. “Las buenas relaciones en la iglesia pueden ser preservadas”, escribe Thomas Schreiner, “si toda la congregación se arropa con humildad. . . . La humildad es el aceite que permite que las relaciones en la iglesia funcionen sin problemas y con amor”.¹⁶ La humildad es esencial para la unidad y la paz en la iglesia local.

15 C. S. Lewis, *Comportamiento Cristiano* (London: Centenary, 1943), 43.

16 Thomas R. Schreiner, *1, 2 Pedro, Judas*, NAC (Nashville, TN: Broadman & Holman, 2003), 238.

2. ENSEÑANDO ACTITUDES CORRECTAS EN LA IGLESIA

Cuán trágico es que después de años de ministerio, un misionero confesara a un amigo íntimo que su mayor frustración fue la falta de humildad entre los creyentes, lo cual causaba divisiones y peleas casi continuas. La falta de humildad impulsó a Andrew Murray, el amado escritor de devocionales y estadista misionero de Sudáfrica, a escribir:

Quando miro hacia atrás a mi propia experiencia religiosa, o a la Iglesia de Cristo en el mundo, me quedo atónito al pensar en cuán poco se anhela la humildad como la característica distintiva del discípulo de Jesús. Al predicar y vivir, en las actividades diarias del hogar y la vida social, en la comunión más especial con los cristianos, en la dirección y ejecución de la obra para Cristo, cuántas pruebas hay de que la humildad no es estimada como el valor cardinal.¹⁷

a. Comprendiendo el ejemplo de servicio y humildad de Cristo

Nada menos que la humildad es el remedio bíblico para las actitudes de ambición egoísta y presunción vana que conducen al conflicto y a relaciones contenciosas en el Cuerpo de Cristo. El mensaje de Pablo en Filipenses 2:3-5 es tan claro como el cristal:

“Hacer un ídolo de la precisión doctrinal, el éxito ministerial, o la rectitud moral, conduce a constantes conflictos internos, arrogancia y auto-justificación, y opresión de quienes tienen opiniones distintas”.

—Timothy Keller

. . . con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús.

La palabra griega traducida como humildad significa literalmente “mente discreta” o “mentalidad sencilla”.¹⁸ La humildad es “la gracia de la sencillez”,¹⁹ una virtud que considera a los demás como “más importantes

17 Andrew Murray, *Humildad* (Springdale, PA: Whitaker, 1982), 7.

18 “Humildad” (*tapeinophrosynē*) es una palabra compuesta formada por dos palabras: “humilde” (*tapeinos*) y “mente” (*phrosynē*).

19 Peter T. O’Brien, *Colosenses, Filemón*, WBC (Waco, TX: Word, 1982), 200.

que” nosotros mismos. La persona humilde se considera a sí misma en una perspectiva correcta ante Dios, el creador y redentor infinito, perfecto y glorioso, y como un siervo de los demás.

Valorar a otros “como superiores a” nosotros mismos significa no estar preocupados por nosotros y nuestras necesidades. Significa que servimos a los demás, ponemos sus necesidades por delante de las nuestras, nos interesamos por su progreso y llevamos las cargas los unos de los otros.²⁰

La unidad se logra mejor entre aquellos que tienen una mente humilde y un corazón de siervo. Si vamos a evitar conflictos en nuestras iglesias y a manejarlos adecuadamente cuando se presenten, debemos ser personas humildes, centradas en Cristo y no preocupadas con nuestro propio egocentrismo. “La unidad es imposible”, escribe un comentarista, “si cada uno piensa sólo en sí mismo, cada uno promueve únicamente su propia causa y cada uno busca sólo su propio beneficio”.²¹ Gordon Fee observa acertadamente:

Aquí está el camino de la verdadera unidad entre los creyentes Si “la ambición egoísta y la vanagloria” son formas seguras para erosionar las relaciones dentro de la iglesia, entonces la más segura salvaguardia para una iglesia saludable es que “estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo” caracterice a su gente, especialmente a aquellos en posición de liderazgo.²²

b. Adoptando la actitud de Cristo

Para hacer hincapié de forma inolvidable en su exhortación a adoptar la actitud humilde de Cristo, Pablo toma el supremo ejemplo de humildad y abnegación de Cristo demostrado por su encarnación y muerte en la cruz:

20 Véase Ro. 15:1-3; 1 Co. 10:24, 13:5; Gá. 5:13-14; 6:2.

21 Gerald F. Hawthorne, *Filipenses*, WBC (Waco, TX: Word, 1983), 68.

22 Gordon D. Fee, *Carta de Pablo a los Filipenses*, NICNT (Grand Rapids: Eerdmans, 1995), 189.

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp. 2:5-8).

“La unidad es imposible si cada uno piensa sólo en *sí mismo*, cada uno promueve únicamente su propia causa y cada uno busca sólo su propio beneficio”.

—Gerald F. Hawthorne



No hay ninguna declaración más poderosa en toda la Escritura que ésta: “se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

¡Jesucristo no es una deidad codiciosa, ensimismada o egocéntrica! Él se entregó totalmente a favor de los demás. Él dejó las glorias del Cielo y vino a la tierra para morir en la cruz a fin de salvar a los pecadores. Al comentar sobre la descripción de Pablo de la profunda importancia del ejemplo de humildad de Cristo, Paul Rees escribió:

“No se olviden”, exclama Pablo, “¡que en todo este vasto universo, y en todos los tramos oscuros de la historia nunca ha habido tal demostración de modesta humildad como cuando el Hijo de Dios por pura gracia descendió a este planeta errante! Recuerden que ¡nunca –nunca en un millón de edades– lo habría hecho si fuera la clase de deidad que vela sólo “por lo suyo propio” y cierra sus ojos a los intereses “de los otros!”. Hermanos míos, deben recordar que a través de su unión con Él, en esa realidad viva y redentora, este principio y pasión por los que Él fue movido deben convertirse en el principio y la pasión por los que ustedes se mueven”.²³

Sólo cuando comenzamos a comprender el verdadero alcance de lo que el auto-vaciamiento [“se despojó a sí mismo”] de Cristo ha hecho por nosotros seremos motivados a imitar su humildad en todas nuestras relaciones; sobre todo cuando estamos involucrados en conflictos con nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Pero para tener dicha

²³ Paul S. Rees, *El Hombre Adecuado: Pablo en Filipenses* (Westwood, NJ: Revell, 1959)43.

humildad, debemos tener la cruz frente a nosotros todos los días. A la sombra de la cruz no hay lugar para el orgullo pecaminoso y la ambición egoísta. *¿Cómo podemos ser orgullosos cuando Cristo fue humilde? ¿Cómo podemos servirnos egoístamente a nosotros mismos cuando Él sirvió desinteresadamente a otros?* O, como dijera un teólogo notable: “¿Cómo puede alguien ser arrogante cuando se para junto a la cruz?”²⁴

Sólo cuando comenzamos a comprender el verdadero alcance de lo que el auto-vaciamiento de Cristo ha hecho por nosotros seremos motivados a imitar su humildad.

Jesús manifestó de forma dramática su actitud humilde de siervo en el aposento alto antes de la última cena pascual. Mientras los doce discípulos disputaban sobre quién era el más importante (Lc. 22:24), Jesús –su Amo, Maestro y Señor– se arrodilló y les lavó los pies:

. . . se quitó su manto, y tomando una toalla . . . comenzó a lavar los pies de los discípulos . . . después que les hubo lavado los pies . . . les dijo: . . . si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis (Jn. 13:4-5, 12, 14-15).

Esta es la actitud del siervo humilde, que es capaz de manejar el desacuerdo y los conflictos de manera constructiva y piadosa.

3. LA HUMILDAD CAMBIA A UNA IGLESIA

Podríamos preguntarnos qué pasó cuando los filipenses leyeron la carta de Pablo. ¿Cómo respondieron? Sabemos por la carta de Policarpo a los filipenses unos 50 años más tarde (aprox. 110-117 dC) que la iglesia era activa y estaba unida.²⁵ Al parecer, respondieron apropiadamente, como lo habían hecho en el pasado (Flp. 2:12).

²⁴ Esta declaración es de Carl Henry, citada por C. J. Mahaney en *Humildad: Verdadera Grandeza* (Sisters, OR: Multnomah, 2005), 68.

²⁵ Puedes leer esta carta en *Los Padres Apostólicos*, editado y traducido al inglés por Michael W. Holmes (Grand Rapids: Baker, 2007).

La intención de Pablo era que su carta se leyera al estar reunida la congregación. Es probable que a medida que los creyentes de Filipos la escuchaban, se dieron cuenta que estaban actuando con orgullo y egoísmo y que no estaban andando por el Espíritu ni andando en amor. Ciertamente, podían ver que se habían olvidado de ejemplificar la humilde actitud de Cristo, y como resultado, se habían dedicado a quejarse, discutir y pelear (Flp. 2:14; 4:2-3).

¡Qué reproche debieron haber sentido a medida que Pablo pacientemente los llamó a cambiar su enfoque, quitando su mirada de ellos mismos y fijándose en el ejemplo supremo de Cristo: su humildad, su muerte en la cruz por los demás y su gloriosa resurrección! Debieron entender claramente que sólo copiando la actitud de Cristo su Señor podrían restablecer la unidad y el gozo en la congregación, y hacer que el gozo del amado Pablo fuera completo “sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa” (Flp. 2:2).

Aún dos mil años después, la descripción de Pablo de la auto-humillación y abnegación de Cristo es tan conmovedora que sólo podemos imaginarnos cuán profundamente debió haber afectado a los creyentes de Filipos. Nosotros, que leemos hoy las palabras de Pablo, también necesitamos ser humildes, amar y servir a otros, abandonar el hábito de quejarnos y disputar y dejar de pelearnos entre nosotros por cuestiones egoístas y sin importancia.

Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.

Filipenses 2:3-4

Principios claves para recordar

1. Al enfrentar conflictos, revisa primeramente tu actitud.
2. Actúa y habla con la humildad de Cristo, “la actitud de Filipenses 2”.
3. No actúes ni hables hasta tratar con tu motivación de ambición egoísta u orgullo.

4

Controla tu ira

Todo hombre sea . . . tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios.

Santiago 1:19-20

Simeón y Leví, dos de los doce hijos de Jacob, se enfurecieron cuando su hermana Dina fue violada por un hombre llamado Siquem. Aunque la indignación moral de los hermanos estaba justificada, ellos respondieron con una ira desenfrenada (Gn. 33:18-34:31). Mintieron, saquearon una ciudad entera, brutalmente asesinaron a todos los varones de esa ciudad y deshonraron a Dios por no buscar su dirección para hallar la respuesta más apropiada. Jacob mucho después condenó sus acciones, diciendo: “Maldito su furor, que fue fiero; y su ira, que fue dura” (Gn. 49:7).

Algunos cristianos de hoy, que nunca maldicen, roban, faltan a una reunión de oración, o ni siquiera piensan en emborracharse, responden con ira desenfrenada hacia quienes están en desacuerdo con ellos. Al igual que Simeón y Leví, estos cristianos reaccionan de forma exagerada, “asesinando” a sus hermanos y hermanas en Cristo y saqueando la iglesia. Se sienten perfectamente justificados enviando cartas llenas de odio o difundiendo veneno a través de Internet. Sin embargo, el Espíritu Santo se opone absolutamente a todas esas “obras de la carne” (Gá. 5:17) y al comportamiento carente de amor (1 Co. 13:4-7).

Uno de los principios bíblicos más importantes para el manejo constructivo de los conflictos es el control de la pasión de la ira. La mayoría de las disputas no serían tan desagradables y de tan poco beneficio si la gente no perdiera el control de sus emociones al decir cosas duras e irracionales entre sí. La ira desenfrenada fomenta e intensifica el conflicto. Hace que la resolución de conflictos y la mediación pacífica sea mucho más difícil de lo que debería ser. De esta forma es que más ferozmente nos mordemos y comemos unos a otros (Gá. 5:15). Los principios para controlar la ira de una manera que demuestra “el fruto del Espíritu”, en lugar de “las obras de la carne”, están claramente establecidos en las Escrituras: sé lento para la ira; controla tus expresiones de ira; despójate de la vieja naturaleza y vístete del nuevo yo.

1. SÉ LENTO PARA AIRARTE

Dios es tardo para la ira, y por eso debemos estarle eternamente agradecidos.¹ Asimismo, Dios espera que sus hijos sean como él; como dijo Pablo, ser “imitadores de Dios como hijos amados” (Ef. 5:1). Así que nosotros también debemos ser tardos para airarnos.

Proverbios, el libro de la sabiduría del Antiguo Testamento, elogia a los que son pacientes y lentos para la ira. Valora la fuerza y la disciplina más que la de los grandes guerreros (Pr. 16:32). Reconoce que todo aquel que es lento para la ira “apacigua la rencilla” (Pr. 15:18) y “es grande de entendimiento” (Pr. 14:29).

En medio de las discordias sólo aquellos que son lentos para la ira son capaces de generar la paz. Los que son lentos para la ira son más racionales y más objetivos que la gente irascible. Poseen la calma y la conducta serena que se necesita para navegar a través de las tormentas de los conflictos. En contraste con la “serenidad” de los que son tardos para airarse, un “hombre iracundo promueve contiendas” (Pr. 15:18). Mientras que alguien que posee un “espíritu prudente” (Pr. 17:27) aporta armonía a una situación, una persona de mal genio no puede tolerar un desacuerdo sin perder el dominio propio, creando una escena desagradable.

El que tarda en airarse
apacigua la rencilla.
Proverbs 15:18



En conformidad con la sabiduría del Antiguo Testamento, Santiago ofreció instrucción de incalculable valor a las primeras congregaciones cristianas de corte judío para tratar con el conflicto interno en la iglesia:

Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios (Stg. 1:19-20).

El sabio consejo que Santiago ofreció se aplica a los cristianos de hoy también. Debemos escuchar con cuidado lo que otros dicen, ser lentos para dar a conocer nuestras ideas o expresar nuestras opiniones y ser lentos para expresar nuestra ira. Frecuentemente, sin embargo, nuestro patrón de comportamiento es exactamente lo contrario. Cuando nos enfrentamos a la oposición o estamos frustrados nos apresuramos a

1 Éx. 34:6; Sal. 103:8; Is. 7:13; Jer. 15:15; Ro. 2:4; 9:22; Gá. 5:22; 1 Tim.1:16;
2 Pd. 3:9, 15.

expresar nuestra ira, a airear por demasiado tiempo y de mala manera nuestras propias opiniones, a defender nuestras posiciones y a resistirnos a escuchar a los demás. Además, debemos ser lentos para la ira porque “la ira del hombre no obra la justicia de Dios” (Stg. 1:20). La ira pecaminosa no produce el tipo de justicia y comportamiento piadoso que Dios requiere de sus hijos. Si queremos agradar a Dios y hacer frente a los conflictos de una manera sabia y justa, debemos aprender a ser lentos para airarnos.

2. CONTROLA TUS EXPRESIONES DE IRA

Como creyentes comprometidos con la autoridad de la Biblia, necesitamos especialmente controlar nuestra ira cuando tratamos asuntos de doctrina o de ética. A menudo hablamos apasionadamente acerca de nuestras creencias y podemos enojarnos cuando esas creencias son cuestionadas. *Sin embargo, la ira (aunque sea por causa de la justicia y la verdad) que no es controlada por el Espíritu Santo y por los principios de la Palabra de Dios destruirá al pueblo de Dios y al testimonio del Evangelio.*²

El asunto es que la ira es como un fuego: puede ser útil para calentarse y para cocinar, o puede quemar completamente la casa. Cuando surgen disputas, y es más necesario el juicio analítico, suelen surgir los brotes descontrolados de ira. Eso transforma la razón en irracionalidad y confusión. Impide la comunicación abierta y fructífera, y dificulta la discusión franca de los temas.

² Hace mucho tiempo, Jonathan Edwards señaló: “Los hombres a menudo (por costumbre) alegan que su celo . . . por el honor de Dios, es la causa de su indignación, cuando en realidad es sólo su propio interés lo que buscan . . . Es notable cómo algunos hombres se portan de forma tan atrevida, como si fueran celosos por las cosas de Dios . . . en casos en que sus . . . intereses han sido tocados, y toman esto como pretexto para atacar a otros o quejarse de ellos” (*La Caridad y sus frutos* [1852, reimpresión, Edimburgo: Estandarte de la Verdad, 1978], 198).

a. Si te enojas, no peques

La ira es una emoción humana normal que todos experimentamos. También es una emoción que Dios experimenta. Su ira santa arde contra el mal (Sal. 7:11), pero siempre permanece perfectamente controlada y es justa. Como hijos de Dios, debemos sentir la justa indignación que él siente cuando nos enteramos de una gran injusticia o una maldad descarada (Sal. 119:53). La ira justa debe energizarnos para luchar contra la injusticia, la corrupción moral y la falsa doctrina. Airado por los horrores del tráfico de esclavos, por ejemplo, William Wilberforce luchó durante más de cuarenta años por la abolición del comercio de esclavos en Inglaterra.³

Jesús nunca fue indiferente a la mentira o al pecado. Motivado por una justicia perfecta, expulsó a los cambistas del templo porque los líderes religiosos de Israel habían convertido la casa de Dios en un centro comercial para su propio enriquecimiento. Dirigido por el Espíritu Santo, Jesús expresó la justa ira de Dios hacia los que habían hecho del templo una “cueva de ladrones”.⁴

El problema para quienes seguimos las pisadas de Jesús es que la ira justa puede transformarse muy rápidamente en ira pecaminosa.⁵ Esta es la razón por la cual la Escritura dice:

Airaos, pero no pequéis (Ef. 4:26).

Nuestra tendencia natural es pecar cuando experimentamos ira. Permitimos que la ira nos controle y nos consuma, o tratamos de vengarnos por cualquier medio. Dejamos que nuestra ira crezca sin control, y así caemos directamente en las manos del diablo. La victoria sobre dicha tentación es posible solamente al tomar cada paso con la guía del Espíritu Santo y las instrucciones de la Palabra de Dios.

3 Kevin Belmonte, *Héroe de la Humanidad: Una biografía de William Wilberforce* (Colorado Springs, CO: NavPress, 2002).

4 Mt. 21:12-13; cf. Jn. 2:13-17.

5 “Este juicio casi exclusivamente negativo de la ira del hombre explica por qué el Nuevo Testamento es mucho más moderado en sus concesiones que lo es el mundo” (Gustav Stählin, “*orge*”, en TDNT, 5 [1967]: 421).

b. Trata con tu ira inmediatamente y no des lugar al diablo

Si no manejamos bien nuestra ira, la aterradora realidad es que el diablo se aprovechará de nuestra ira como una oportunidad para hacer un daño terrible en nuestras vidas y también dentro de la comunidad de creyentes. Martyn Lloyd-Jones afirmó: “Estoy convencido de que nada le otorga una oportunidad al diablo de forma tan constante como la ira descontrolada”.⁶ El diablo explota magistralmente la ira de los creyentes para tentarlos con el pecado; él ama, por encima de todo, provocar vergonzosas y airadas disputas entre las iglesias, las familias y los amigos de la comunidad cristiana.

Las Escrituras, por lo tanto, nos instruyen a que “no se ponga el sol sobre [nuestro] enojo, ni [demos] lugar al diablo” (Ef. 4:26-27). La ira pecaminosa le da al diablo “lugar” en la vida de un creyente o dentro de una congregación cristiana para tener un punto de apoyo y lograr su obra malvada. Para evitar esto, todos los seguidores de Jesús deben lidiar con el enojo pronta y adecuadamente para que no se convierta en amargura y odio (Mt. 5:21-24). Una familia tomó la instrucción de Efesios 4:26-27 literalmente: adoptaron la costumbre de preguntarse antes de acostarse si había algún problema sin resolver que necesitaran tratar con el fin de evitar darle cabida a la ira y la amargura en sus relaciones. Este es un ejemplo de lo que significa no dejar que “se ponga el sol sobre vuestro enojo”. No te duermas hasta que se haya aclarado la situación y hayas tratado con ella de manera constructiva.

Tristemente, muchos creyentes no son conscientes de “las asechanzas del diablo” (Ef. 6:11) y sin querer caen en su trampa. Un solo individuo que “da rienda suelta a toda su ira . . . muchas veces peca” (Pr. 29:11, 22). Como ejemplo de ello, una denominación comprometida con la autoridad de la Biblia tuvo una gran división debido mayormente a que un solo individuo enojado que despiadadamente criticó a todos los miembros de la denominación que no estaban de acuerdo con él en relación con el tiempo de la segunda venida del Señor. Años más tarde, este hombre se dio cuenta de que había pecado en contra de muchos al calumniar su carácter y sus motivaciones.

Nada le otorga una
oportunidad al diablo de forma
tan constante como la ira
descontrolada.
—Martyn Lloyd-Jones



⁶ D. Martyn Lloyd-Jones, *La Oscuridad y la Luz; Una Exposición de Efesios 4:17-5:17* (Grand Rapids: Baker, 1982), 234.

Reconoció que había estado enojado y fuera de control. Su confesión fue aceptada, pero el daño que causó no pudo ser revertido. No seas ingenuo acerca de las personas enojadas. Una sola persona enojada puede destruir toda una congregación.

c. Mantén la calma y no intensifiques el conflicto mediante respuestas airadas

Cuando nos enfrentamos al conflicto, no sólo tenemos que lidiar con nuestra propia ira; tenemos también que controlar la forma en que respondemos a la ira de los demás. El principio bíblico que debe guiar nuestra respuesta a una persona enojada se encuentra en Proverbios 15:1:

La blanda respuesta quita la ira, mas la palabra áspera hace subir el furor.

La adhesión fiel a este principio ayuda a apaciguar las situaciones tensas. Lo he observado funcionar eficazmente muchas veces en mi propia vida y ministerio.

En la mayoría de los casos, una respuesta suave y amable a un arranque de ira aplaca a la persona enojada. Así que cuando alguien te hable con ira o esté molesto por un problema en la iglesia, respóndele escogiendo consciente y cuidadosamente tus palabras con mucha sabiduría. Cuando hables, contesta suavemente. Reduce de forma intencional el volumen de tu voz y mantén un tono agradable. Mantén tus emociones bajo control. Si haces esto, la persona enojada por lo general comenzará a calmarse. Como dice la Escritura: “la lengua blanda quebranta los huesos” (Pr. 25:15).

Sin embargo, si subes el volumen de tu voz o hablas ásperamente al responder, en efecto, echarás gasolina al fuego y, seguramente, se producirá una explosión. Recuerda que la “ira” y la “división” son obras de la carne que sólo empeoran las cosas (Gá. 5:20; 2 Co. 12:20). El amor, sin embargo, “no se irrita” (1 Co. 13:5). El libro de Proverbios afirma que “el necio da rienda suelta a toda su ira” (Pr. 29:11). Los sabios, por el contrario, resisten la tentación de responder airadamente y “apartan la ira” (Pr. 29:8). En cualquier desacuerdo un espíritu tranquilo y apacible imparte paz, dulce razonabilidad y sabiduría de lo alto.

3. DESPÓJATE DE LA IRA, QUE PERTENECE A LA VIEJA NATURALEZA, Y VÍSTETE CON LA ROPA NUEVA DEL CARÁCTER DE CRISTO

Uno de los hombres más piadosos, amables y apacibles que he conocido es un misionero en Angola. Me sorprendió cuando confesó abiertamente que cuando era joven tenía muy mal genio. Reconoció, sin embargo, que su mal genio desagradaba al Señor y que le causaría serios problemas en el campo misionero. Así que decidió cambiar su actitud con la ayuda del Espíritu Santo. En términos bíblicos, se quitó la ropa vieja de la ira pecaminosa y se vistió con las ropas nuevas de la paciencia, la mansedumbre y el dominio propio como los de Cristo. De hecho, el crecimiento en santificación del cristiano siempre exige despojarse del “viejo hombre” y revestirse del “nuevo” (Col. 3:5-17).

a. Quítate la ropa vieja

En la conversión, los creyentes se despojan “del viejo hombre” y se visten “del nuevo hombre”, a fin de ser como Cristo (Ef. 4:22, 24). Nuestra nueva vida en Cristo exige cambios en la vida práctica. Uno de estos cambios consiste en erradicar “toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia” (Ef. 4:31), porque éstas caracterizan al “viejo hombre” que “fue crucificado juntamente con él” (Ro. 6:6). Pablo usó la imagen de quitarse las ropas viejas y ponerse nuevas para enfatizar el cambio de corazón y carácter que tiene lugar en un verdadero creyente. En un lenguaje práctico, escribe:

Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia . . . habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno (Col. 3:8-10).

Las actitudes airadas corresponden al viejo estilo de vida no regenerado, y no tienen lugar en el guardarropa de una nueva persona en Cristo. Como nuevas criaturas en Cristo, los creyentes deben quitarse la ropa sucia de la vieja naturaleza. Debemos, como nos amonesta Pablo, desechar “toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia” (Ef. 4:31).

Para algunas personas, no es fácil quitarse la ropa vieja de la ira. Me gustaría compartir la historia de un hombre que, a través del poder de la Palabra de Dios y el Espíritu Santo, encontró victoria sobre la ira:

Como nuevo cristiano, fui desafiado a aplicar lo que aprendía en mi estudio bíblico semanal a mi vida. Estaba estudiando la epístola a los Colosenses. El Espíritu Santo me llamó la atención con Colosenses 3:8: “Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca”. Traté de esquivarlo, pero continuamente me recordaba las palabras “dejad [la] ira”.

Yo tenía un temperamento violento. Cada vez que me irritaba, golpeaba con mi puño la puerta más cercana. A pesar de que a menudo los nudillos de mi mano quedaban ensangrentados, y en una ocasión deshice por completo un hermoso anillo de diamantes y ónice que mi esposa me había regalado, no podía controlarme. Sin embargo, allí estaba la Palabra de Dios: “dejad [la] ira”. Este no era sólo un consejo dado a la gente de Colosas siglos atrás. Era Dios el que me hablaba en ese momento.

Así que hice un pacto con Dios para disponerme a controlar mi ira. Mi primer paso fue memorizar este versículo y repasarlo a diario. Oré y le pedí al Señor que me recordara este versículo cada vez que tenía la tentación de perder el control. También, le pedí a mi esposa que orara por mí y que me recordara este versículo si notaba que se me estaba olvidando la promesa que le había hecho al Señor. Colosenses 3:8, por lo tanto, se convirtió en una parte de mi vida y poco a poco el Señor quitó ese pecado de mí.⁷

Si tú también necesitas despojarte de los viejos vestidos de la ira pecaminosa, los siguientes pasos, que han sido probados por el tiempo, te ayudarán.

⁷ Leroy Eims, *El Arte Perdido de Hacer Discípulos* (Grand Rapids: Zondervan, 1978), 78-79.

Controla tu ira

En primer lugar, detente y ora inmediatamente cuando sientas que el enojo pecaminoso surge en tu mente y cuerpo.

Algunas situaciones son tan emocionalmente perturbadoras y molestas que debes acudir inmediatamente a Dios en oración pidiéndole serenidad, autocontrol y guía. Cuando estás abrumado por el temor y la ira, quizás no quieras orar o pensar en la Palabra de Dios o en la dirección del Espíritu; quizás lo que más quieres es vengarte e intentar solucionar el asunto a tu manera. Es posible que sientas un alivio momentáneo al desahogarte, protestando en tono airado, pero luego te arrepentirás de tus palabras y acciones. Si consientes la ira pecaminosa, no podrás evitar herir a la gente o dividir una iglesia o una familia. Te unirás entonces al grupo de los tontos furiosos descrito por Salomón:

- El necio da rienda suelta a toda su ira, mas el sabio al fin la sosiega (Pr. 29:11).
- El que es impaciente de espíritu enaltece la necedad (Pr. 14:29).
- No te apresures en tu espíritu a enojarte; porque el enojo reposa en el seno de los necios (Ec. 7:9).

En segundo lugar, recuerda que otras personas están viendo cómo respondes a una situación que tiende a suscitar una respuesta no apropiada.

Tu testimonio y tu carácter son probados cada vez que eres desafiado. Si te comportas como un tonto enojado, perderás el respeto de tu familia, amigos y hermanos en la fe. Pero si controlas tu ira y actúas con calma y de manera razonable, los que son testigos de tu conducta, te tendrán en mayor estima.

En tercer lugar, no hables o actúes hasta que estés en control de tus emociones.

Tu primer deber es lidiar con tu ira antes de hablar con otras personas o intentar resolver un problema. No hagas nada hasta que extingas las llamas de la ira dentro de ti:

Un hombre sabio de seguro experimentará el calor de la ira dentro de sí, pero no actuará hasta que se haya enfriado de nuevo. Cuando tu ropa arde debes envolverte en una cobija, o manta, a fin de ahogar la llama: de manera similar, cuando tu corazón está en llamas por la ira, tu primera responsabilidad es extinguir la llama. A partir de entonces estarás en una mejor posición para realizar un juicio justo, y seguir el mejor rumbo.⁸

Si sientes que no puedes controlar tus emociones, dile a los que te rodean que estás luchando. Ellos entenderán. Saben del poder de la ira y lo difícil que es controlarla. Si son personas sabias y compasivas, orarán contigo. Ellos pueden ayudar a calmar la situación, o posponer la toma de decisiones hasta cuando las emociones se hayan enfriado.

En cuarto lugar, si pecas por la ira, confiesa tu pecado y pide perdón inmediatamente.

La ira descontrolada, aparte de ser pecaminosa, también tiende a la auto-justificación y al auto-engaño. Aun los cristianos pueden hacer cosas terribles a los demás y justificar sus acciones en sus propias mentes. Así que ten cuidado. El intento de justificar la ira pecaminosa sólo empeorará las cosas. Si has pecado contra otros con palabras hirientes y cargadas de enojo, o con miradas penetrantes como echando fuego por los ojos, ve a quienes has ofendido y ocúpate del asunto rápidamente. Confiesa tu pecado y pide perdón a toda persona contra quien has pecado.

Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia.
Efesios 4:31



En quinto lugar, si luchas con la ira, echa mano de la ayuda que Dios te ofrece.

Comienza por estudiar lo que su Palabra dice acerca de la ira. El Espíritu Santo usará este conocimiento para convencerte, corregirte y transformarte. Cambiará tus pensamientos y motivaciones, ayudándote a liberarte de tu amargura, enojo, ira, gritería y malicia.⁹ Ora cada día, pidiéndole a Dios la gracia para poder controlar tu mal genio, y

⁸ William Arnot, *Estudios en los Proverbios* (1884, reimpresión, Grand Rapids: Kregel, 1978), 398.

⁹ Ef. 4:31; Col 3:8.

Controla tu ira

busca consejo bíblico en el manejo de la ira a través de libros y de otras personas.

En sexto lugar, evita asociarte con gente iracunda.

Algunos cristianos son tan propensos a la ira que las Escrituras dicen que hay que evitarlos:

No te entremetas con el iracundo, ni te acompañes con el hombre de enojos, no sea que aprendas sus maneras, y tomes lazo para tu alma (Pr. 22:24-25).

Ya que es fácil imitar un mal ejemplo, rodéate de personas que reflejan en sus vidas el carácter de Cristo, e imítalos a ellos, y sé tú también un buen ejemplo a seguir. No tengas como amigos a personas iracundas, ya que puedes aprender sus malas costumbres y llegar a ser como ellos.

b. Vístete con ropa nueva

Despojarse de la ropa vieja de la ira es sólo la mitad de la tarea. Eso nos deja desnudos y vulnerables. Para terminar el trabajo, debemos arrojarnos con vestidos nuevos, las virtudes y gracia de Cristo:

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto (Col. 3:12-14).

En un mundo lleno de ira y violencia, Dios no desea que sus hijos sean conocidos como personas belicosas y furiosas. El comportamiento iracundo no refleja el carácter de Cristo ni la obra del Espíritu Santo. Así que debemos colocarnos las prendas nuevas que corresponden a nuestro estado como “nueva creación” en Cristo. *La única forma en la que podremos manejar adecuadamente los conflictos o tratar de manera razonable y provechosa nuestras diferencias doctrinales o de estilos es estando correctamente vestidos con el carácter de Cristo.*

Si nos colocamos la ropa nueva del carácter que se asemeja al de Cristo, no sólo se marcará una diferencia en nuestra conducta en la iglesia, también podrá tocar los corazones de aquellos que se oponen al Evangelio. Cuando un apologista cristiano de mucho renombre se reunió con un grupo de estudiantes universitarios para responder preguntas sobre la fe cristiana, uno de los estudiantes era particularmente hostil hacia el mensaje del Evangelio. En reuniones anteriores había provocado a los cristianos a involucrarse en debates airados. A lo largo de la discusión con el apologista, este joven escéptico hizo todo lo posible para tentarlo y perturbar la reunión, pero el apologista se mantuvo en calma y respondió con amabilidad, paciencia y mansedumbre (1 Co. 13:4; 2 Ti. 2:24-26).

Al final de la reunión, impresionado por la actitud amable del apologista, el joven pidió reunirse en privado con él para hablar más sobre la fe. Si el apologista hubiera perdido el control de sus emociones, probablemente habría perdido la oportunidad de hablar con este joven y habría impactado negativamente al resto de la concurrencia. Este es un ejemplo maravilloso de cómo manejar el conflicto –no con ira– sino con amor, humildad y el poder del Espíritu.

*El hombre iracundo promueve contiendas;
mas el que tarda en airarse apacigua la rencilla.*

Proverbios 15:18

Principios claves para recordar

1. Cuando enfrentes conflictos, primeramente revisa el tema de la ira.
2. Sé lento para airarte.
3. Sé amable con una persona enojada y háblale con voz suave.

Controla tu lengua

Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación . . . Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios.

Efesios 4:29-30

El conflicto enciende pasiones ardientes en el alma humana. Puede hacer que la cabeza retumbe, la sangre hierva y se produzca una descarga de adrenalina. Lo que es peor, el conflicto puede convertir la boca en un arma de destrucción masiva. Nuestras palabras pueden convertirse en el arma principal con el que nos “mordemos y comemos unos a otros” y dañamos las relaciones dentro de la familia de Dios. Así que, sea cual sea el conflicto, las palabras sí importan; importan y mucho.

Estoy convencido de que la mayoría de los conflictos podría resolverse con un daño mínimo a las personas y a la iglesia, si pudiéramos tanto nuestra ira como nuestra lengua¹ bajo el control del Espíritu Santo. De hecho, *el manejo bíblico de los conflictos exige que controlemos nuestra ira y nuestra lengua*. Una guerra impía de palabras, que forma parte de muchas disputas entre el pueblo de Dios, está en franca oposición a la enseñanza clara de la Escritura:

Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención (Efesios 4:29-30).

El Espíritu Santo es sensible a cualquier cosa que dañe o divida a los integrantes del pueblo de Dios, a quienes Él ha unido en Cristo como un solo cuerpo y sellado “para el día de la redención”.² Por lo tanto, el Espíritu se interesa profundamente por la forma en que nos hablamos los unos a los otros en el cuerpo de Cristo. La posibilidad de entristecer al Espíritu Santo de Dios por lo que decimos debe ser una fuerte motivación para que elijamos cuidadosamente nuestras palabras y nuestra manera de decirlas. El éxito en el control de nuestra ira y nuestra manera de hablar

1 La ‘lengua’ es una metáfora que se refiere al habla.

2 Ef. 2:16, 18; 4:30.

es una medida clara de nuestro deseo de caminar por el Espíritu y de manejar los conflictos de una manera que agrada a Cristo (Gálatas 5:16).

1. REFRENA TU LENGUA

Estaba yo en una clase de Historia de la Iglesia donde el profesor declaró que Constantino (aprox. 272-337 dC), el primer emperador de Roma que manifestó ser cristiano y luego legalizó el cristianismo, no era un verdadero creyente nacido de nuevo. El profesor afirmó que Constantino utilizó el cristianismo para sacar provecho político. Uno de los estudiantes no estaba de acuerdo con el profesor, e insistió en que Constantino era un verdadero creyente y un gran líder en la historia del cristianismo. Llegó a molestarse tanto que comenzó a atacar verbalmente al profesor. El profesor, a su vez, se enojó y se puso a la defensiva. El intercambio que siguió a esto fue tan feo y tan acalorado que se dio por terminada la clase; tanto el profesor como el alumno tuvieron que alejarse el uno del otro.

La mayoría de los conflictos podría resolverse con un daño mínimo a las personas y a la iglesia, si pusiéramos tanto nuestra ira como nuestra lengua bajo el control del Espíritu Santo.



Una semana después, el profesor volvió a tocar el tema, afirmando que Constantino sólo era un cristiano profesante.

“¡Oh!”, exclamó el estudiante, “¡pensé que estaba hablando de Agustín,³ y no de Constantino! Creí que dijo que Agustín no era un verdadero creyente”.

“No”, dijo el profesor, “yo estaba hablando de Constantino, no de Agustín”.

“Bueno, siendo ese el caso”, dijo el estudiante, “estoy de acuerdo con usted”.

¡El conflicto se había producido debido enteramente a un malentendido! Ninguno de los dos escuchó con atención y respeto. A ninguno de los dos parecía importarle el impacto de sus palabras o la necesidad de controlar su lengua.

³ Agustín fue obispo de Hipona en el norte de África (354-430 dC), y un creyente genuino.

Controla tu lengua

Aquellos de nosotros que profesamos ser seguidores de Jesucristo debemos recordar que Jesús nos advierte solemnemente que lo que decimos revela la actitud de nuestro corazón y que debemos rendir cuentas por cada una de nuestras palabras:

... de la abundancia del corazón habla la boca. ... os digo que de toda palabra ociosa que hablan los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio (Mateo 12:34, 36).

La carta de Santiago ofrece algunas de las declaraciones más profundas en toda la Escritura con respecto al control de la lengua. Santiago describe la lengua desenfrenada como “un fuego, un mundo de maldad. . . . ella misma es inflamada por el infierno. . . . es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal” (Stg. 3:6, 8). De una boca así pueden salir chismes, rumores, mentiras, calumnias, maldiciones y acusaciones falsas.

La verdadera santidad espiritual, en cambio, se demuestra por tener la lengua bajo control:

Si alguno se cree religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana (Stg. 1:26).

Si nos sentimos orgullosos de ser “religiosos” pero no logramos controlar nuestra lengua, nos engañamos a nosotros mismos. “Pocas cosas”, escribe John Blanchard, “dan una indicación tan clara del estado del corazón de un hombre que las palabras que usa y la forma en que las expresa”.⁴

Con demasiada frecuencia, cuando estalla el conflicto, las personas se enojan y parece que no les importara lo que dicen. Justo en el momento en que necesitan refrenar su lengua, pierden el control y usan palabras como armas para herir a la gente. En estos casos, Santiago diría sin rodeos: “la religión del tal es vana”. Así que si un desacuerdo es grave o relativamente insignificante, debemos controlar nuestras lenguas. La persona que controla su lengua es el creyente verdaderamente espiritual, capaz de tratar con la gente y los conflictos de manera constructiva.

⁴ John Blanchard, *Verdad para la Vida: Un Comentario Devocional de la Epístola de Santiago* (Hertfordshire, Reino Unido: Evangelical Press, 1986), 103.

a. Sé pronto para oír

Es sorprendente lo poco que escuchamos y lo exagerado de nuestra reacción contra quienes están en desacuerdo con nosotros. De inmediato nos dedicamos a justificar nuestra posición, defender nuestro ego y vencer al que tiene un pensamiento diferente al nuestro. Incluso mientras la otra persona está hablando, no estamos escuchando, sino que estamos pensando en cómo vamos a responderle. ¡Qué necesidad! “Al que responde palabra antes de oír, le es fatuidad y oprobio” (Pr. 18:13).

Si el profesor de nuestra historia, por ejemplo, le hubiera hecho algunas preguntas al estudiante y le hubiera dado la oportunidad de explicar sus objeciones, su desacuerdo podría haber sido resuelto rápidamente. El estudiante también podría haberle pedido al profesor que explicara con más detalle su posición. En cambio, ninguno de los dos mostró mucho interés en escuchar al otro. Cada uno necesitaba ejercer control de su lengua a fin de ser, en palabras de Santiago, “pronto para oír” y “tardo para hablar” (Stg. 1:19).

En su gran sabiduría, el rey Salomón observó: “Como aguas profundas es el consejo en el corazón del hombre; mas el hombre entendido lo alcanzará” (Pr. 20:5).

Al que responde palabra antes
de oír, le es fatuidad y oprobio.
Proverbios 18:13

Así que un “hombre entendido” —una persona sabia— no necesita ser el único que habla. Una persona sabia escucha con atención y no interrumpe. Una persona verdaderamente sabia hace las preguntas correctas para entender lo que la otra

persona está diciendo y ver la situación desde el punto de vista de la otra persona.

¡Una persona sabia también considera la posibilidad de que la otra persona puede estar en lo cierto! Ninguno de nosotros piensa correctamente todo el tiempo. Cuando estamos dispuestos a aprender, nuestro adversario puede llegar a ser nuestro mejor maestro. Así que los que son sabios buscan entender con honradez los argumentos, el razonamiento y la posición de la otra persona.

b. Sé tardo para hablar

No sólo debemos ser “prontos para oír,” también debemos ser “tardos para hablar”. Esto significa que la mayoría de nosotros tendrá que hacer

Controla tu lengua

un esfuerzo decidido para no ser como el profesor y el estudiante que se apresuraron a hablar, acusar e insultar. Tendremos que aprender a ser lentos para expresar nuestras opiniones, lentos para responder, lentos para dominar una conversación y lentos para emitir un juicio.

Aunque es posible que nos encante escuchar nuestra propia voz, Salomón advirtió de los peligros de hablar demasiado:

En las muchas palabras no falta pecado; mas el que refrena sus labios es prudente (Pr. 10:19).

El que guarda su boca y su lengua, su alma guarda de angustias (Pr. 21:23).

El que ahorra sus palabras tiene sabiduría; de espíritu prudente es el hombre entendido (Pr. 17:27).

El que guarda su boca guarda su alma; mas el que mucho abre sus labios tendrá calamidad (Pr. 13:3).

Los labios del necio traen contienda; y su boca los azotes llama (Pr. 18:6).

Las personas sabias se hacen un bien cuando controlan su lengua. Sin embargo, a los necios la falta de dominio propio les lleva al conflicto.

El control de la lengua es difícil, incluso imposible, para aquellos que carecen del Espíritu Santo. Santiago escribió: “ningún hombre puede domar la lengua” y la describe como “un mal que no puede ser controlado, llena de veneno mortal” (Stg. 3:8). Santiago no estaba exagerando. Una lengua desenfrenada destruye familias y amistades, y puede causar estragos dentro de una iglesia. Sin embargo, si tenemos al Espíritu Santo morando dentro de nosotros, tenemos el poder de Dios que nos ayuda a controlar la indomable lengua. Que nuestra oración sea la del salmista:

Pon guarda a mi boca, oh Jehová; guarda la puerta de mis labios (Sal. 141:3).

2. ESCOGE LAS PALABRAS APROPIADAS

El habla es un don maravilloso. Nos distingue del mundo animal y evidencia que tenemos la imagen divina de Dios. También ofrece pruebas de la nueva vida de un creyente en Cristo. Dios quiere que la “nueva naturaleza” del creyente se demuestre en la manera en que hablamos,⁵ especialmente cuando estamos involucrados en un conflicto emocionalmente cargado con nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

Cuando surge el conflicto, la manera en que hablamos determina si una situación potencialmente explosiva se controla o se intensifica. Si respondemos a las palabras cargadas de enojo con más palabras cargadas de enojo agregamos leña al fuego de la discordia. “. . . la palabra áspera hace subir el furor” (Pr. 15:1). **Así que no debemos responder a palabras perversas o desagradables con más palabras perversas y desagradables; tampoco debemos responder con palabras malas a las palabras malas.**⁶ En su lugar, debemos vencer el mal con el bien. Nuestras palabras deben ser amables y de bendición: no destruyendo a los demás, sino contribuyendo a su edificación. Cuando nos atacan verbalmente, debemos bendecir; cuando nos persiguen, debemos soportar; cuando nos calumnian, debemos responder con bondad y dominio propio (1 Co. 4:12-13).

Manejar los conflictos bíblicamente requiere que conozcamos el poder de las palabras y que respondamos adecuadamente a él: “La muerte y la vida están en poder de la lengua” (Pr. 18:21). Las palabras cortantes crean conflicto; las palabras duras o incendiarias lo aumentan; los chismes envenenan las relaciones y crean distancia entre las personas. Las palabras amables y cordiales tienen un efecto calmante: persuaden, calman y, finalmente, traen la paz y la reconciliación.

a. Elimina palabras hirientes de tu vocabulario

La lengua es una de las armas más crueles que poseen los seres humanos, y “las heridas que infligen las palabras cortantes se encuentran entre las experiencias más dolorosas de los seres humanos”.⁷ Las palabras crueles e hirientes pueden permanecer en la mente de una persona y dañar las relaciones permanentemente. Aunque algunas personas se enorgullecen

5 Ef. 4:29; 5:4; 1 Ti. 4:12; Tit. 2:7-8; Stg. 3:9-10.

6 Lc. 6:28-29; Mt. 5:38-42; 1 Co. 4:12; Ro. 12:17, 21; 1 Te. 5:15; 1 Pd 3:9.

7 HC Leupold, *Exposición de los Salmos* (Grand Rapids: Baker, 1969), 262.

de su habilidad para destruir a otros con su afilado ingenio y comentarios cortantes, Proverbios 12:18 advierte en contra de las personas “cuyas palabras son como golpes de espada [que tienen la intención de herir y matar]”.

Después de años enfrentando dolorosas controversias, Francis Schaeffer hizo este perspicaz comentario sobre el poder de las palabras cortantes:

Cuando surge el conflicto, la manera en que hablamos determina si una situación potencialmente explosiva se controla o se intensifica.



He observado una y otra vez en muchos países que lo que más divide y separa a los *verdaderos creyentes* y grupos cristianos —lo que deja amarguras que pueden durar veinte, treinta o cuarenta años. . . . Invariablemente es la falta de amor y las cosas hirientes que se dicen los cristianos verdaderos en medio de sus conflictos. Esas cosas se quedan pegadas en la mente como pegamento.⁸

El Espíritu Santo no lleva a los creyentes a hacer comentarios crueles, perversos, desagradables o insultantes. Esa forma de hablar es “obra de la carne”, no del Espíritu. El Espíritu Santo desea que un cristiano sea “ejemplo de . . . palabra sana” (Tito 2:7-8). Esto significa que no debemos referirnos a los creyentes con los que estamos en desacuerdo con epítetos groseros como “perdedores”, “idiotas”, “herejes” o “liberales”. Como hijos de Dios debemos amarnos unos con otros, ya que el amor “no se envanece; no hace nada indebido” (1 Co. 13:4-5). Santiago transmitió el sentir del Espíritu Santo en cuanto al mal uso de la lengua al escribir:

Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así (Stg. 3:9-10).

Para obtener la victoria sobre una lengua cortante, elimina de tu vocabulario diario todos los términos innecesarios de menosprecio: todas las palabras que menosprecian, ridiculizan, insultan o degradan al pueblo de Dios. La “batalla por la santidad vocal”, afirma Sinclair Ferguson, “es una lucha de larga duración, y tiene que ser luchada sin tregua,

⁸ Francis A. Schaeffer, *La Marca de un Cristiano*, en *Obras completas*, Vol. 4, Libro 3 (Westchester, IL: Crossway, 1983), 195.

diariamente y a cada hora”.⁹ En caso que te descubras usando palabras despectivas, no racionalices tal conversación profana sino confíesala como pecado que entristece al Espíritu de Dios. Recuerda que la boca simplemente expresa lo que está en el corazón (Lc. 6:45), y el pecado es la raíz de las palabras hirientes.

b. Ten cuidado con el lenguaje exagerado o inflamatorio

Cualquier persona que toma en serio la resolución de conflictos de una manera que honra a Cristo debe tener cuidado con las expresiones exageradas o inflamatorias, ya que provocan la ira y desvían la atención de los verdaderos problemas. Considera los siguientes ejemplos para ver lo importante que es hablar con precisión en lugar de usar términos exagerados.

Los miembros de una iglesia se vieron envueltos en una pelea sobre los estilos de música. Se quejaban (¡al mismo tiempo!) de que la música era demasiado rápida y demasiado lenta, demasiado vieja y demasiado nueva, demasiado alta y demasiado suave. Una mujer mayor de bastante influencia acusó al director de música de tocar “rock and roll”, lo cual llevó a alguien a decir que la iglesia se había convertido “en una discoteca”. Mientras tanto, un joven se quejó de que el director de música escogía “música fúnebre” que le quitaba a la gente las ganas de adorar a Dios. Ninguna de estas afirmaciones exageradas e inflamatorias era cierta. Ninguna era útil para los líderes de la iglesia que trataron de poner fin a la controversia de la música. La retórica absurda polariza y frustra la labor de quienes se esfuerzan por resolver los conflictos.

A la hora de abordar las diferencias doctrinales es de suma importancia decir la verdad, sin exagerar. Los partidarios de ambos bandos del debate sobre la doctrina de la elección divina y el libre albedrío del ser humano, por ejemplo, suelen recurrir a un lenguaje inflamatorio y extremo. Algunos de la persuasión arminiana, que hacen hincapié en el libre albedrío, afirman que los calvinistas basan sus creencias en la

Ten cuidado con expresiones exageradas o inflamatorias que provocan la ira y desvían la atención de los verdaderos problemas.



⁹ Sinclair B. Ferguson, “*El Bocado, la Brida y La Bendición: Una Exposición de Santiago 3:1-12*”, en *El Poder de Las Palabras y La Maravilla de Dios*, ed. John Piper y Justin Taylor (Wheaton, IL: Crossway, 2009), 48.

filosofía griega del determinismo ignorando las Escrituras. Esto enfurece a los calvinistas, que hacen hincapié en la soberanía de Dios en la elección. Algunos calvinistas, a su vez, llaman herejes a los arminianos y se atreven a decir que no creen que los arminianos sean creyentes nacidos de nuevo a causa de que creen en la salvación por obras. Esto enfurece a los arminianos. Este tipo de lenguaje es insensato y tóxico; nunca será útil para debatir sanamente las verdades de las Escrituras entre los que aman a Dios y su Palabra.

Todos los creyentes son responsables ante Dios de usar un lenguaje preciso y templado en medio de sus desacuerdos unos con otros. Las expresiones exageradas e inflamatorias pueden lograr los objetivos deseados en la política secular y pueden dar resultados a los fanáticos religiosos paranoicos que mienten y matan, pero ese lenguaje no es aceptable para los que profesan “la palabra verdadera del evangelio” (Col. 1:5) y han sido creados “según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4:24).

Dios odia las expresiones mentirosas: “El SEÑOR aborrece a los de labios mentirosos, pero se complace en los que actúan con lealtad” (Pr. 12:22 NVI). Nuestro Evangelio es el Evangelio de la verdad, y nuestro Dios es el Dios de la verdad, lo cual nos obliga a decirnos mutuamente la verdad en amor (Ef. 4:15). Hablar de forma exagerada es un tipo de falsedad que distorsiona la verdad. No hay nada justo o santo en ese comportamiento. Las palabras inflamatorias son “palabras divisorias” que alimentan el conflicto y polarizan más a la gente. No resuelven los problemas; sólo los empeoran. Por lo tanto, es imperativo que los creyentes se nieguen a usar un lenguaje exagerado e inflamatorio.

Si deseas obtener la victoria sobre este tipo de pecado, elimina las declaraciones inflamatorias sobre las creencias de las demás personas. No las tergiverses o distorsiones. En la conversación diaria, acostúmbrate a hablar con exactitud y veracidad; esa es la forma en la que el Espíritu Santo desea que actuemos.

c. No seas chismoso

D. E. Hoste, sucesor de Hudson Taylor (el fundador de la Misión al Interior de la China), era un estudiante de la conducta humana. Como gestor de personas extraordinariamente habilidoso, Hoste fue responsable del cuidado de más de mil misioneros en toda China. Al reflexionar

sobre los problemas más preocupantes que la misión había enfrentado en China, escribió:

Considerando estos cincuenta años, realmente creo que si se me preguntara por la cosa que ha hecho más daño y ha causado más dolor y división a la obra de Dios, diría que es la murmuración.¹⁰

El chisme, o la murmuración, es uno de los pecados que más discordia produce. Es una obra de la carne (2 Co. 12:20). Al igual que una terrible enfermedad contagiosa, envenena las mentes de la gente y produce caos y desinformación. Es un vicio feo que separa a las personas y destruye la paz. El libro de Proverbios lo condena como un acto malicioso que “aparta a los mejores amigos” (Pr. 16:28; 17:9). Puede ocasionar mucho daño a la comunidad de creyentes, en particular cuando surge el conflicto.

Es desalentador escuchar la desinformación, las medias verdades, las insinuaciones, las exageraciones, los hechos distorsionados y las mentiras descaradas que circulan entre el pueblo de Dios, especialmente hoy en día con Internet. La lengua es verdaderamente “un fuego . . . un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal” (Stg. 3:6, 8). Una vez iniciado, el fuego es difícil de apagar, incluso con la verdad.

Una de las maneras más rápidas para detener el chisme y la división que genera es no repetirlo: “Sin leña se apaga el fuego, y donde no hay chismoso, cesa la contienda” (Pr. 26:20). Pero la mayoría de nosotros se goza perversamente con el chisme; por eso la Escritura advierte que es tan difícil de resistir como el pastel más sabroso: “Las palabras del chismoso son como bocados deliciosos” (Pr. 26:22). Un líder de una iglesia que llevaba años atravesando por luchas destructivas internas lo atestiguó al decirme: “Tenemos una iglesia llena de gente que se alimenta como buitres con los chismes”. Hasta que la gente enfrente su pecaminoso apetito por el chisme y se arrepienta, no cesarán las peleas.

Para obtener victoria sobre la murmuración, no debemos participar de ella. Debemos eliminar los chismes de nuestras conversaciones diarias, y debemos mantenernos alejados de los murmuradores. El libro de Proverbios nos advierte: “No te entremetas, pues, con el suelto de lengua” (Pr. 20:19), a quien Bruce Waltke llama un “charlatán tonto”.¹¹

10 Phyllis Thompson, *D.E. Hoste, 'Un Príncipe con Dios'* (London: China Inland Mission, 1947), 121.

11 Bruce K. Waltke, *El Libro de Proverbios, Capítulos 1-15*, NICOT (Grand Rapids:

d. Usa palabras amables, que edifican

En nuestro mundo saturado por los medios de comunicación, donde cabezas parlantes prepotentes callan a gritos a los demás, simplifican exageradamente problemas complejos y demonizan a sus adversarios ante multitudes entusiastas, son muy pocos los buenos ejemplos de habla amable y sincera. Por esta razón, el estímulo de Pablo a Timoteo a ser “ejemplo de los creyentes en palabra” (1 Ti. 4:12) también debe animarnos a que seamos ejemplo al emplear palabras amables, verdaderas y edificantes. Las palabras sanas tienen el poder de calmar genios alborotados, sanar heridas, resolver conflictos, persuadir a adversarios y unir a la gente. Las palabras ejercen un gran poder cuando se utilizan para la “edificación” de los miembros del cuerpo de Cristo y dar “gracia a los oyentes” (Ef. 4:29).

Considera las implicaciones de las siguientes reflexiones acerca del impacto de palabras amables, que edifican, a la hora de resolver los conflictos:

Las palabras cordiales y conciliadoras pueden calmar a una persona enojada: “La blanda respuesta quita la ira” (Pr. 15:1).

Las palabras amables pueden consolar un corazón enfermo y herido: “. . . la lengua de los sabios es medicina” (Pr. 12:18), y “la congoja en el corazón del hombre lo abate; mas la buena palabra lo alegra” (Pr. 12:25). Las palabras gentiles son como “panal de miel . . . suavidad al alma y medicina para los huesos” (Pr. 16:24).

Las palabras agradables son más convincentes (Pr. 16:21). Palabras cordiales y pacientes pueden contribuir a la resolución de los problemas más complejos y convertir en aliado al adversario más férreo: “Con larga paciencia se aplaca el príncipe, y la lengua blanda quebranta los huesos” (Pr. 25:15).

Así que si quieres persuadir a la gente de una manera piadosa, habla con palabras amables, edificantes y alentadoras. Escoge tus palabras con prudencia y considera la forma de edificar a otros y no destruirlos.

Eerdmans, 2004), 1:148.

Aprende a hablar como un pacificador, dando mucho ánimo, advirtiendo y consolando. Sé cordial, bendiciendo aun a los que hablan mal de ti.

Al enfrentar conflictos, decide de antemano decir siempre la verdad. **La veracidad es el fundamento de todo discurso edificante.** Los verdaderos “ministros de Dios” y el “ministerio” que honra a Dios se caracterizan por sus palabras “de verdad” (2 Co. 6:3-4, 7). El conflicto puede tratarse de una manera que honre a Cristo si optamos por usar palabras sanas de verdad y gracia.

3. HABLA CON FIRMEZA, EN AMOR

Puede parecer contradictorio que Pablo hablara repetidamente de la paciencia, la mansedumbre y el amor, y que al escribir a los corintios (y a los gálatas) utilizara lenguaje firme, incluso irónico.¹² Para entender esta aparente discrepancia, debemos darnos cuenta de que durante la ausencia de Pablo, los corintios se dejaron arrastrar por las aguas peligrosas de la sabiduría del mundo. Empezaron a negar, en su actitud y en su práctica, las implicaciones del Evangelio (1 Co. 1-4). También, cayeron bajo la influencia de falsos apóstoles, agentes de Satanás, que censuraban la autoridad de Pablo y el Evangelio.¹³

Para despertar a los orgullosos corintios de su autoengaño y de la influencia letal de los falsos apóstoles y su propia rebeldía obstinada, Pablo usó un lenguaje directo. Estaban al borde de la autodestrucción. Les escribió con severidad con el fin de despertarlos a la realidad. Así que las cartas a sus conversos rebeldes no eran denuncias duras y arrogantes. Más bien, eran ejemplos magistrales de tacto y habilidad en la persuasión firme y amorosa.

a. Pablo escribió con severidad pero en amor

Pablo escribió con firmeza y sarcasmo debido a su profundo amor y preocupación por sus “hijos . . . amados” en el Evangelio (1 Co. 4:14). Los amaba más que a su propia vida. Escribió de esta manera en limitadas ocasiones a causa de su relación especial con ellos como su padre

12 1 Co. 3:1-4; 4:8, 10, 18-21; 5; 6:1-8; 15:34; 2 Co.11:4, 19-20; 12:20-21; 13:1-3

13 2 Co. 10:2, 10; 11:12-15; 12:11, 17-19; 13:3.

espiritual.¹⁴ Roy Zuck observa que “estas severas reprimendas o graves advertencias . . . no eran incompatibles con su amor. Se derivaban de su amor”.¹⁵

Aunque Pablo se vio obligado a reprender y hablar con severidad a los corintios, él no podía dejar de manifestar su corazón amoroso, alternando los regaños con las declaraciones más tiernas y entrañables. Por ejemplo:

No lo digo para condenaros; pues ya he dicho antes que estáis en nuestro corazón, para morir y para vivir juntamente (2 Co. 7:3).

*. . . no busco lo vuestro, sino a vosotros . . . yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos (2 Co. 12:14-15).*¹⁶

Aunque los corintios pudieron caer en la tentación de pensar que Pablo los despreciaba, él les aseguró su tierno amor al afirmarlo en los términos más personales y cariñosos. Por ejemplo, Pablo concluyó su primera carta a los Corintios, diciendo: “Mi amor en Cristo Jesús esté con todos vosotros. Amén” (1 Co. 16:24).

b. Pablo escribió con severidad y con lágrimas

A Pablo le causó mucho dolor el usar lenguaje severo en sus cartas a sus amados hijos espirituales (2 Co. 12:11). La extraordinaria segunda carta a los Corintios nos da una visión inusual de la profundidad del amor de Pablo. Escribió:

El conflicto puede tratarse de una manera que honre a Cristo, si optamos por usar palabras sanas de verdad y gracia.

Porque por la mucha tribulación y angustia del corazón os escribí con muchas lágrimas, no para que fueseis contristados, sino para que supieseis cuán grande es el amor que os tengo (2 Co. 2:4; también 7:8).

¹⁴ 1 Co. 4:14-16; 9:1-3; 2 Co. 3:1-3; 10:14; 11:2.

¹⁵ Roy Zuck, *Enseñando como Pablo Enseñó* (Grand Rapids: Baker, 1998), 104.

¹⁶ Véase también 2 Co. 2:4; 6:11; 11:11.

Y a sus amados gálatas confiesa: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros, quisiera . . . cambiar de tono” (Gálatas 4:19-20).

Pablo no era un líder pasivo que no confrontaba a las personas problemáticas o a los falsos maestros del Evangelio. A pesar de que prefería llegar a sus conversos rebeldes “con amor y espíritu de mansedumbre”, estaba totalmente preparado para utilizar una “vara” de corrección.¹⁷ Sin embargo, prefería no usar su autoridad apostólica para disciplinar con severidad:

Por esto os escribo estando ausente, para no usar de severidad cuando esté presente, conforme a la autoridad que el Señor me ha dado para edificación, y no para destrucción (2 Co. 13:10).

Pablo no disfrutaba el ser severo o sarcástico, y no tenía ningún interés en hacer alarde de sus conocimientos. Escribió a los corintios con “mucho tribulación y angustia del corazón . . . con muchas lágrimas” (2 Co. 2:4). Se dolía por los pecados de ellos, y oraba por su “perfección” (2 Co. 13:9). Todo lo que dijo e hizo fue para su edificación.¹⁸

Cuando las cartas de Pablo consiguieron que los corintios se arrepintieran y corrigieran sus errores (2 Co. 7:8-13), estaba muy contento. Eso también debe pasar con nosotros. Debe movernos el amor y la preocupación cada vez que debemos reprender o hablar fuertemente a otros creyentes acerca de su pecado o de sus creencias erróneas. Incluso cuando tenemos que hablar con firmeza, debemos controlar nuestra lengua y escoger nuestras palabras con cuidado para asegurarnos de que todas las cosas que hacemos “sean hechas con amor” (1 Co. 16:14).

. . . sé ejemplo de los creyentes en palabra.

1 Timoteo 4:12

¹⁷ 1 Co. 4:21. Véase también 2 Co. 1:23-24; 2:1-4, 10; 4:5, 12, 15; 5:13; 6:3-13; 7:3; 10:1, 8; 11:7-9; 12:14-15, 17-19; 13:7, 9-10.

¹⁸ 2 Co. 1:23-24; 2:1-2, 10; 7:8-12; 10:8.

Principios claves para recordar

1. Cuando enfrentes conflictos, sé pronto para oír y tardo para hablar.
2. Refrena tu lengua, no usando palabras hirientes y evitando el lenguaje inflamatorio.
3. Di la verdad con amabilidad, usando palabras que edifiquen, sanen y unan.

Si os mordéis y os coméis unos a otros

6

Controla tu tendencia a criticar

. . . no murmuréis los unos de los otros.

Santiago 4:11

Durante una visita a la granja de un amigo, me di cuenta que a algunas de las gallinas que correteaban por allí les faltaban plumas. Algunas incluso tenían heridas abiertas en la piel. Cuando pregunté la razón de esto, el granjero respondió sin darle importancia: “Ah, les gusta picotearse entre sí”. Esa es exactamente la forma en que algunas personas se tratan entre ellos: ¡Les gusta picotear a los demás! Les encanta censurar, criticar, quejarse y condenar. De hecho, cualquiera que haya servido en una iglesia se ha encontrado con personas que se quejan de todo y no dejan de criticar; actúan más como gallinas picoteradas que como creyentes llenos del Espíritu.

Los criticones tienen una capacidad asombrosa para reunir una multitud de quejosos contenciosos, y éstos tienen un aterrador poder destructivo en la iglesia. Parecen estar convencidos de que les están haciendo un gran favor a Dios y a los ángeles al señalar y criticar las faltas de los demás. La Escritura, sin embargo, dice lo contrario. Santiago advirtió: “no murmuréis los unos de los otros” y “no os quejéis unos contra otros” (Stg. 4:11; 5:9). Pablo exhortó: “ya no nos juzguemos más los unos a los otros” (Ro.14:13). Tito 3:2 nos ordena: “a nadie difamen” (sea creyente o incrédulo). Dios no desea que sus hijos, en quienes mora su Espíritu, sean conocidos como personas que calumnian, critican y hablan mal de los demás.

Si deseamos reflejar el carácter de Cristo, **no basta con controlar nuestra ira y nuestra lengua al enfrentar un conflicto, también tenemos que dominar el espíritu crítico, sentencioso o quejoso.** No toda crítica o juicio es malo; hay veces que el reproche o la crítica constructiva son necesarios y correctos. Pero la crítica calumniosa, los juicios hipócritas y las quejas egoístas son vicios extremadamente divisivos y pecaminosos. Son formas particularmente maliciosas de mordernos y comernos unos a otros.

1. DEJA DE HABLAR MAL DE LOS DEMÁS

Dios exige que sus santos se quieran y se cuiden el uno al otro, y no que se odien o calumnien unos a otros. En la ley dada por Moisés para promover vidas santas, se prohíbe la calumnia y el odio:

Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios. . . . No andarás chismeando entre tu pueblo. No atentarás contra la vida de tu prójimo. Yo Jehová.

No aborrecerás a tu hermano en tu corazón; razonarás con tu prójimo, para que no participes de su pecado. No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová.

(Lv. 19:2, 16-18; véase también Sal. 101:5; Pr. 10:18).

Moisés sabía por amargas experiencias personales lo urgente que era para los israelitas acatar estas instrucciones. Hiciera lo que hiciera, los israelitas siempre encontraron alguna falla en él. Muchas veces cuestionaron sus motivaciones, lo calumniaron y criticaron sin piedad su capacidad de liderazgo. A través de la calumnia y la crítica injusta lo picotearon hasta el punto de desear morir (Nm. 11:10-15).

Dios no desea que sus hijos, en quienes mora su Espíritu, sean conocidos como personas que calumnian, critican y hablan mal de los demás.



Los mandamientos de Dios en contra de la calumnia y el odio eran necesarios porque la única forma en la cual los hijos de Israel podrían convertirse en una sociedad unida y santa era amándose y honrándose entre sí.¹ El odio y la calumnia corromperían la santa nación de Dios. En el Nuevo Testamento, Santiago tomó a Levítico 19 como base y con la misma claridad prohibió la calumnia entre el pueblo de Dios:

¹ Véase también Est. 3:8-9; Sal. 50:19-20; 55:21; 59:7; 64:3-4; 140:3, 11; Pr.10:18; 20:19; Jr. 9:3-6, 8; 18:18.

Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley; pero si tú juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez. Uno solo es el dador de la ley, que puede salvar y perder; pero tú, ¿quién eres para que juzgues a otro? (Stg. 4:11-12).

Santiago prohibió cualquier tipo de conversación calumniosa o degradante, incluyendo comentarios despectivos, crítica falsa, difamación, ridiculización o acusaciones falsas.²

La mayoría de los cristianos no se da cuenta del enorme daño que causan las calumnias y cuán maliciosas son las contiendas que éstas suscitan. Las calumnias son una verdadera fuerza diabólica que causan estragos en la comunidad.³ John Blanchard, un evangelista muy conocido, comenta: “Hay una vergonzosa cantidad de calumnias dentro de nuestras organizaciones cristianas y su resultado es siempre la rotura de las relaciones”.⁴

A pesar de estas advertencias, algunos creyentes tienen tan arraigada la costumbre de criticar y hablar mal de los demás que piensan que es un comportamiento completamente normal. Pero, ¡no lo es! Toda esa palabrería no es sino una obra de la carne (2 Co.12: 20). La calumnia o difamación es el trabajo del diablo (aun la palabra diablo significa “acusador”, “calumniador” o “difamador”). El diablo es el acusador implacable del pueblo de Dios y sin cesar los acusa “delante de nuestro Dios día y noche” (Apc. 12:10).

El Espíritu Santo no conduce a los creyentes a hablar mal de los demás, a ser santurrones que ponen problema por todo o a ser criticones. La Escritura enseña que los creyentes deben darse preferencia los unos a los otros (Ro. 12:10). Al optar por honrar, en vez de calumniar

2 “Murmurar de” es la traducción del verbo *katalaleō*: “hablar perversamente de, degradar a, hablar mal de, difamar, calumniar” (BDAG, 519). El sustantivo, *katalalia*, se traduce en 2 Corintios 12:20 como “murmuraciones” y en 1 Pedro 2:1 como “detracciones”.

3 De acuerdo con 1 Corintios 5:11, un “maldiciente” o calumniador no arrepentido debe ser disciplinado por la iglesia: “maldiciente”, de la palabra griega *loidoros*, significa: “injuriador, persona abusiva” (BDAG, 602). Un difamador habla abusiva y maliciosamente de otra persona con el fin de herir, derribar o destruir. La difamación o calumnia es pecado.

4 John Blanchard, *Verdad para la Vida* (Hertfordshire, Reino Unido: Evangelical Press, 1986), 305.

o criticar, fomentamos el amor y la armonía entre los hermanos y las hermanas. Permíteme compartir un ejemplo de cómo funciona este principio.

Nuestra iglesia fue fundada por un grupo de familias que abandonaron su iglesia anterior debido a su frustración con muchos problemas graves y cuestiones que no se trataban. Ninguna de estas familias tenía la intención de comenzar una nueva iglesia, pero un año más tarde comenzaron a reunirse regularmente para estudiar la Biblia. De esa semilla, surgió una nueva congregación.

Desde el principio, los líderes hicieron un pacto entre ellos de no criticar a su iglesia anterior, no hablar mal de ninguno de sus miembros y evitar cualquier forma de guerra verbal. Sabían que la crítica podría dañar muchas relaciones familiares (algunos miembros de la naciente iglesia tenían familiares que todavía asistían a su iglesia anterior) e imposibilitar cualquier posibilidad de unidad en el futuro. Como resultado, nuestra iglesia comenzó de una forma positiva. En menos de siete años, las dos iglesias tenían buena comunión y eran capaces de trabajar juntas por el avance del Evangelio.

Este es un buen ejemplo de cómo se puede mantener o restablecer la unidad, cuando los cristianos se niegan a calumniar o criticar innecesariamente. Me parece notable que me uní a la iglesia después de que se había estado reuniendo por seis años y ¡no escuché nada acerca de la separación de la iglesia anterior sino hasta casi dos años después de ello! Este modelo de conducta y lenguaje cristianos de los primeros líderes de la iglesia sentó las bases correctas para las actitudes y comportamientos de la congregación para la siguiente generación, y fue fielmente imitado.

2. DEJA DE JUZGAR A LOS DEMÁS

“Calumniar y juzgar a los demás son primos hermanos”, escribe Dan McCartney.⁵ Por lo tanto, Santiago prohíbe tanto el hablar mal de otros, así como juzgarlos fuera de la ley de Dios:

⁵ Dan G. McCartney, *Santiago*, BECNT (Grand Rapids: Baker, 2009), 220.

Hermanos, no murmuréis los unos de los otros. El que murmura del hermano y juzga a su hermano, murmura de la ley y juzga a la ley; pero si tú juzgas a la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez. Uno solo es el dador de la ley, que puede salvar y perder; pero tú, ¿quién eres para que juzgues a otro? (Stg. 4:11-12).

“Juzgar”, en este sentido, es condenar innecesaria o inapropiadamente a un hermano o una hermana al censurar sus motivaciones, sacar una conclusión sólo en base a las apariencias, tener una actitud incorrecta al hacer la evaluación o juzgar por razones equivocadas. Es hacer juicios sobre alguien que no nos corresponde hacer. Tales juicios violan la ley de Dios y son la causa de muchos conflictos relacionales y muchas luchas internas en las congregaciones. Santiago sabía muy bien que las actitudes severas y críticas eran un pecado característico de los fariseos. No quería que esa actitud de superioridad moral condenatoria se extendiera entre las primeras comunidades de creyentes a los que escribió.

a. No juzgues como los fariseos

Los fariseos eran especialistas en la crítica y en descubrir las faltas de los demás. Disfrutaban de juzgar a todo el mundo. Sus juicios eran precipitados, duros, negativos e inmisericordes. Eran expertos en condenar a los demás por infracciones menores de la ley mientras que ellos mismos, Jesús dijo, transgredían “lo más importante de la ley” (Mt. 23:23). Eran jueces hipócritas que rápidamente encontraban faltas en los demás, mientras minimizaban o ignoraban sus propios pecados.

En uno de los pasajes más conocidos del Sermón del Monte, nuestro Señor advirtió a sus discípulos acerca del espíritu crítico de los fariseos, que es tan destructivo para la familia de Dios:

No juzguéis, para que no seáis juzgados. . . . ¿por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? . . . ¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano (Mt. 7:1, 3, 5).

Jesús prohibió despreciar y condenar a los demás por sus deficiencias, al tiempo que se deja de mirar los pecados manifiestos en

la vida propia. **No quería que sus discípulos fueran como los fariseos hipócritas que eran rígidos, críticos, sin misericordia y santurrones y, sin embargo, eran espiritualmente ciegos a su propia condición pecaminosa.** Sin embargo, la enseñanza de Jesús en Mateo 7 con respecto a emitir juicios es frecuentemente malinterpretada. La actitud generalizada de no criticar a nadie o de no tener prejuicio alguno en la sociedad occidental nos lleva a creer que cualquier juicio sobre cuestiones doctrinales está fuera de lugar. No nos olvidemos que el Evangelio no tendría impacto alguno en el mundo, y la iglesia sería absorbida por la sociedad secular, si no formuláramos juicios apropiados sobre el bien y el mal, la conducta moral y la doctrina.

La distinción entre juicios apropiados e inapropiados puede ser confusa. Para entender mejor la diferencia sólo tenemos que estudiar lo que se enseña en 1 Corintios 4 y 5. En respuesta a los juicios equivocados de los corintios sobre el éxito de su ministerio en la proclamación del Evangelio, Pablo dijo: “no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones” (1 Co. 4:5). Los corintios no tenían el conocimiento suficiente de los hechos para juzgar la motivación o el éxito de Pablo, así que en esta situación estaban evaluando lo que ellos no tenían derecho a juzgar. En una situación diferente, donde ellos tenían la obligación de juzgar, Pablo reprendió a los corintios por no censurar a uno de sus miembros que tenía un comportamiento sexual inmoral (1 Co. 5:3, 12-13).

Al igual que Jesús (Juan 7:24) y Pablo, Santiago no prohibió el “justo juicio”. Denunció con severidad la conducta pecaminosa y llamó a sus lectores a arrepentirse. Al mismo tiempo, prohibió la calumnia, el lenguaje abusivo y las declaraciones de juicio que no tenemos derecho a hacer contra un hermano o una hermana en Cristo.

b. No juzgues a otros por asuntos sobre los cuales Dios no se pronuncia

Mientras estaba en una ausencia ministerial en su país de origen, un misionero se encontró en medio de un debate sobre la libertad cristiana. Un grupo insistía en que su iglesia no debía celebrar la Navidad, ya que originalmente era una fiesta pagana y se había convertido en algo muy secular. Otro grupo manifestó tener la libertad para celebrar la fiesta porque ya no tenía connotaciones paganas. El misionero se vio obligado

a tomar una posición, y cuando lo hizo, el grupo opositor lo acusó de ser un traidor y falso maestro que ya no era bienvenido en la iglesia.

Dios . . . os dé entre vosotros
un mismo sentir . . . para
que unánimes, a una voz,
glorifiquéis al Dios y Padre
de nuestro Señor Jesucristo.
Romanos 15:5-6

Una persona enojada incluso creó un sitio web donde ventilaba todos los supuestos pecados, fracasos y creencias erróneas del misionero, y aconsejaba a la gente a no apoyar económicamente al misionero.

La experiencia del misionero no es algo demasiado insólito. Entre los cristianos judíos y gentiles del siglo I en Roma, surgió una controversia acerca

de la vigencia de leyes en cuanto a la comida, el consumo de bebidas alcohólicas y la celebración de días santos (Romanos 14:1-15:13). Los cristianos judíos tenían una actitud rígida y crítica hacia los hábitos alimenticios y ciertas decisiones en cuanto a estilo de vida de sus hermanos y hermanas gentiles, quienes habían sido paganos antes de entregar sus vidas a Cristo. Pablo describió al creyente judío como “débil en la fe” (Ro. 14:1).⁶ El comportamiento de los cristianos gentiles no era mejor, pues ellos despreciaban las tradiciones en cuanto a leyes alimenticias y días sagrados de sus hermanos y hermanas judíos. Ya que ellos eran más numerosos, los gentiles presionaban bastante a los judíos a conformarse a su forma de ver las cosas. Pablo los llama “fuertes” (Ro. 15:1) debido a su comprensión de las implicaciones prácticas del Evangelio de la gracia, la nueva vida en el Espíritu y la libertad en Cristo. A pesar de que Pablo estaba de acuerdo con los “fuertes” acerca del asunto teológico de los alimentos limpios (no inmundos),⁷ **estaba en completo desacuerdo con su comportamiento carente de amor y su desprecio hacia quienes tenían ideas diferentes a las de ellos.**

Los cristianos todavía discuten y se dividen debido a temas de controversia que Pablo llamó “opiniones” (asuntos discutibles).⁸ Son cuestiones que no tienen que ver con doctrinas fundamentales o asuntos

⁶ El “débil en la fe” era aquel que tenía una comprensión deficiente de las implicaciones prácticas del Evangelio de la gracia de Dios, especialmente en lo que se refería a escrúpulos sobre las tradiciones judías de alimentos prohibidos y la observancia de ciertos días santos.

⁷ Ro. 14:14, 20; 1 Co. 8:8.

⁸ Es difícil saber con precisión cómo traducir las dos últimas palabras de Romanos 14:1 del texto griego (*diakriseis dialogismōn*). Es mejor la traducción “sin emitir un juicio sobre asuntos discutibles” que “no para contender sobre opiniones”.

que reflejan un problema moral como la mentira, el robo o la inmoralidad sexual. En cambio, son cuestiones secundarias de consciencia y convicción personal, como guardar el día de reposo, celebrar la Navidad, consumir alcohol, bailar, levantar las manos al adorar a Dios, utilizar imágenes de Jesús en la escuela dominical, honrar a los antepasados, sistema de escolarizar a los hijos, formas de vestirse y peinarse, opciones de entretenimiento, actividades recreativas, y aun el uso de pan leudado o sin leudar para la Cena del Señor. Como fue el caso en el siglo I, los cristianos de hoy a menudo manifiestan actitudes arrogantes, rígidas y criticonas hacia quienes tienen opiniones diferentes a las suyas en cuanto a estas cuestiones.

Es muy fácil luchar y dividirnos por asuntos secundarios de estilo de vida y de prácticas religiosas tradicionales. Es vergonzoso que algunos cristianos no puedan alabar a Dios juntos con sus hermanos y hermanas a causa de desacuerdos sobre estos asuntos discutibles. Debemos recordar que “el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. . . . Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación” (Ro. 14:17-19).

Uno de los propósitos de la carta de Pablo a los romanos era fomentar la unidad entre los creyentes judíos y gentiles, a pesar de sus diferentes estilos de vida:

Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios (Ro. 15:5-7).

¡Qué gran testimonio a la verdad y el poder del Evangelio que cristianos judíos tradicionalistas y cristianos gentiles de un trasfondo pagano se aceptaran unos a otros y juntos adoraran a Dios “a una voz”! Si esos cristianos judíos y gentiles se hubieran dividido en facciones, cada uno condenando al otro por cuestiones secundarias, habrían violado el mensaje del Evangelio de la reconciliación. Si Dios esperaba que los creyentes judíos y gentiles, a pesar de sus divergencias históricas y culturales, se aceptaran unos a otros y glorificaran y adoraran juntos a Dios, cuánto más esperará que los creyentes de hoy, tradicionalistas y progresistas, dejen a un lado sus diferencias y hagan lo mismo. Así que, tenemos libertad para discrepar sobre “asuntos discutibles”, pero no

tenemos libertad para utilizar un lenguaje inflamatorio, hablar mal unos de otros o dividir la familia de Dios.

3. DEJA DE QUEJARTE Y DISPUTAR

La construcción del World Trade Center de Nueva York se produjo durante seis largos años, pero fue destruido en apenas 90 minutos el 11 de septiembre de 2001. De manera similar, una iglesia local que se ha construido a lo largo de toda una vida puede ser destruida en pocos meses por una tormenta pecaminosa de quejas y disputas.

Refunfuñar (o quejarse) no es constructivo ni edificante para la familia de Dios. Como una enfermedad contagiosa, las quejas generan conflicto, confusión e infelicidad que se extiende rápidamente por la iglesia hasta que toda queda infectada con el descontento. J. A. Motyer señala que: “No hay nada que deje tan claro con qué rapidez el corazón egocéntrico del hombre puede tomar el control que a través del mecanismo de la crítica”.⁹ La murmuración, sigue diciendo Motyer, se asocia con la “queja egoísta, crítica desequilibrada de pequeñeces, impaciencia hacia lo que no se entiende y falta de disposición para brindar ayuda”.¹⁰

Reconociendo los efectos dañinos que tiene la murmuración en una congregación cristiana, Santiago escribió: “Hermanos, no os quejéis unos contra otros, para que no seáis condenados; he aquí, el juez está delante de la puerta” (Stg. 5:9). Al igual que Santiago, Pablo también prohibió las quejas y las disputas. Amonestó a los creyentes: “Haced todo sin murmuraciones y contiendas” (Fil. 2:14).

Los problemas en la iglesia de Filipos resultaron en quejas y disgustos entre los creyentes, y muy probablemente, en contra de los líderes de la iglesia también. Por eso, Pablo advirtió a la iglesia filipense de que no actuara como los israelitas que se quejaron por el clima, la comida, el agua, el desierto, el calor y sus líderes.¹¹ Sus quejas no eran

9 J.A. Motyer, *El Mensaje de Filipenses: Jesús nuestro Gozo*, BST (Downers Grove, IL: IVP, 1984), 131.

10 *Ibíd.*, 132.

11 El sustantivo “murmuración”, *gongysmos*, es plural, “murmuraciones”. Se utiliza aquí para “queja y descontento expresados murmurando” (BDAG, 204). Véase también Hechos 6:1; 1 Pedro 4:9. La forma verbal aparece en 1 Corintios 10:10, que

constructivas, ni las hicieron correctamente. Por el contrario, expresaban incredulidad colectiva, falta de gratitud y rebelión continua contra quienes Dios había puesto en autoridad sobre ellos.

Además de las quejas, Pablo también se refirió a las “contiendas”, que se traduciría mejor en Filipenses 2:14 como “discusiones” o “disputas”.¹² La murmuración conduce a menudo a conflictos triviales e infantiles y peleas. Al parecer, los filipenses estaban atrapados en un ciclo de quejas y disputas mezquinas, y necesitaban la amonestación de Pablo para detenerse.

Así como las quejas y las disputas casi destruyen a Moisés y a la nación de Israel, y amenazaron a la iglesia en Filipos, **estos dos vicios destruyen a muchos líderes de iglesias y congregaciones en la actualidad**. A menudo, una de las razones por la que los pastores y otros obreros abandonan el ministerio cristiano es porque ya no pueden soportar las quejas mezquinas y las discusiones constantes entre las personas. Así que si queremos protegernos a nosotros mismos y nuestras iglesias del espíritu egoísta de las quejas y las disputas, tenemos que decidir, en simple obediencia a la Palabra de Dios, hacer “todo sin murmuraciones y contiendas”.

Al final de su carta a los filipenses, Pablo identificó varias maneras para superar las murmuraciones y contiendas pecaminosas. Abogó por: (1) regocijarse siempre en todas las circunstancias (Flp. 4:4), (2) mostrar paciencia con amabilidad (v. 5), (3) oración, súplica y acción de gracias (vv. 6-7), (4) contentamiento piadoso en cualquier circunstancia (vv. 11-12), y (5) pensar en todo lo que es bueno y excelente (v. 8).

Si el regocijo, la oración, la paciencia, el contentamiento piadoso en todas las circunstancias y la reflexión consciente sobre todo lo que es bueno y correcto caracterizara a aquellos que nos llamamos cristianos, ¡nuestras iglesias serían más saludables! Además, ¡nuestras iglesias experimentarían muchos menos conflictos!

recuerda los eventos narrados en Números 14:1-38.

12 “Contiendas”, *dialogismos*, también es plural. Puede ser traducido además como “disputas” o “discusiones” (BDAG, 232), o “peleas”. Véase también 1 Timoteo 2:8 y Lucas 9:46 para un uso similar.

4. REPRENDE Y CRITICA CONSTRUCTIVAMENTE

A pesar de que no debemos murmurar los unos de los otros o juzgar incorrectamente, en ocasiones es necesario y legítimo amonestar, reprender, juzgar o criticar de manera constructiva (señalar una falta). Negarse a hacerlo es fallarles a quienes amamos o somos responsables de liderar.¹³ Todas las formas de crítica o reprensión, sin embargo, se deben hacer de una manera bíblica, a fin de ayudar y no herir. Felizmente, la Biblia proporciona directrices básicas para la crítica constructiva y eficaz.

a. Ora

Toda crítica y correctivo deben ser regados con oración. Ten la seguridad de que Dios está muy dispuesto a ayudarte, a fin de que sepas cómo hablar y actuar en situaciones difíciles, si le pides su ayuda. Santiago 1:5 dice: “Y si alguno de vosotros tiene falta sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada”. Así que antes de corregir o juzgar, pídele a Dios sabiduría, valor y tacto. Pídele al Señor que prepare a la otra persona para recibir la corrección. En palabras de Donald Carson: “Todos nosotros seríamos más sabios si nos propusiéramos no comentar las faltas de los demás, sino cuando oramos a favor de ellos”.¹⁴

b. Revisa tus actitudes y motivaciones

Toda crítica y reprensión debe de hacerse con la actitud correcta y por las razones correctas. La crítica administrada con una actitud orgullosa, vengativa o airada, herirá o le hará daño a la otra persona y logrará muy poco. La crítica debe ser administrada con una actitud humilde que demuestre el fruto del Espíritu y transmita amor cristiano.

Por otra parte, la crítica se debe realizar para el bien de la otra persona. Si sólo buscas “castigar” a la otra persona, estás violando las normas básicas de la conducta bíblica. Pablo escribió su carta de reprensión severa a los corintios “por la mucha tribulación y angustia del corazón . . . con muchas lágrimas” para que se dieran cuenta de “cuán

13 *Amonestar*: Hch. 20:31; Col. 3:16. *Corregir*: 2 Ti. 2:24-25; 3:16. *Reprender*: Mc. 8:33; Lc. 9:55; 17:3; 2 Ti. 4:2; Tit. 1:9, 13.

14 D.A. Carson, *Un Llamado a la Reforma Espiritual: Las Prioridades de Pablo, Según su Vida y Sus Oraciones* (Grand Rapids: Baker, 1992), 29.

grande . . . amor” les tenía (2 Co. 2:4). Su crítica y reprensión surgió de un profundo amor paternal por los corintios, no por una necesidad emocional de devolverles todo el dolor que le habían causado. De hecho, todo lo que hizo por los corintios era para su “edificación” (2 Co. 12:19).

Antes de ofrecer cualquier crítica, debemos preguntarnos: ¿Es necesario realizar un comentario crítico sobre esa persona? ¿Tengo el derecho de criticarle? ¿He caído en un hábito pecaminoso de buscar las faltas de los demás y criticarles? ¿Mi crítica de otro hermano o hermana incumple los mandamientos de la Escritura (Lv. 19:16)?

c. Habla con amabilidad

Toda crítica y reproche debe hacerse con amabilidad (mansedumbre). La mansedumbre es un aspecto del fruto del Espíritu (Gá. 5:23), y el Nuevo Testamento hace hincapié en la importancia de tratar a la gente y sus problemas con mansedumbre.¹⁵ Ser manso es ser amable, tierno, cortés, calmado, no áspero ni combativo. La gente no responde bien a la crítica hostil o arrogante, pero ante la corrección suave tiende a estar más dispuesta a considerar un cambio de opinión y de actitud.

d. Equilibra la crítica con palabras de aliento

Cuando es necesario criticar o reprender, escoge cuidadosamente las palabras que usarás. No te olvides que “la muerte y la vida están en poder de la lengua” (Pr. 18:21). Recuerda que las palabras ásperas “son como golpes de espada; mas la lengua de los sabios es medicina” (Pr. 12:18). Las palabras severas o exageradas provocan que las personas no acepten la corrección; en cambio, las palabras bien escogidas apaciguan a quien está siendo corregido.

Las personas tienden a responder bien a los que también los animan en el camino de la vida. Como observó Charles Spurgeon: “La culpa se acepta mejor cuando va acompañada con palabras de ánimo”. Así que, es provechoso equilibrar la crítica y la reprensión con palabras de aliento, consuelo, afirmación, elogio y esperanza.

Antes de ofrecer cualquier crítica, debemos preguntarnos:
¿Es necesario realizar un comentario crítico sobre esa persona? ¿Tengo el derecho de criticarle?



15 1 Co. 4:21; 2 Co. 10:1; Gá. 6:1; Ef. 4:2; 1 Ts. 2:7; 1 Ti. 3:3; 6:11; 2 Ti. 2:25; Tit. 3:2; Stg. 3:17; 1 Pd. 3:4, 16.

En armonía con este principio, Jesús dio a menudo un elogio antes de una reprimenda en sus cartas a las iglesias en Apocalipsis.¹⁶ Pablo hizo lo mismo en sus epístolas. Después de la tormentosa disciplina y restauración de un miembro rebelde, les aseguró a los creyentes de Corinto que él sabía desde el principio que iban a proceder correctamente: “Mucho me glorío con respecto de vosotros; lleno estoy de consolación; sobreaundo de gozo en todas nuestras tribulaciones. Me gozo de que en todo tengo confianza en vosotros” (2 Co. 7:4, 16).

e. Usa las Escrituras para instruir

Todo lo que necesitamos para advertir, corregir y reprender a otros lo encontramos en las Escrituras. Pablo informó a Timoteo que “toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil” para “redargüir” y “corregir” (2 Ti. 3:16). A medida que crecemos en nuestro conocimiento de las Escrituras, estamos en mejores condiciones para reprender y exhortar “con toda paciencia y doctrina” (2 Ti. 4:2). Las Escrituras nos capacitan de forma personal para la tarea de corregir así como nos preparan para “toda buena obra” (2 Ti. 3:17).

f. Acepta las críticas

Los sabios reconocen que pueden equivocarse o caer en el error, así que ellos aceptan la crítica constructiva y la corrección. El libro de Proverbios enfatiza esta verdad en repetidas ocasiones: “Corrige al sabio, y te amará. Da al sabio, y será más sabio; enseña al justo, y aumentará su saber” (Pr. 9:8-9).¹⁷

Lamentablemente, la mayoría de nosotros no sabe aceptar la crítica y la amonestación. A causa de nuestro perverso orgullo, estamos a la defensiva y somos excesivamente sensibles a las críticas, incluso a la crítica veraz y constructiva. Sin embargo, no podemos cambiar para nuestro bien o crecer en la semejanza de Cristo sin que otros nos corrijan. Confirmando este principio, un líder cristiano me dijo: “Mis críticos han sido mis mejores maestros”.

Si tenemos que criticar o reprender a otros, es importante que nosotros también estemos dispuestos a recibir la reprensión y la crítica. El salmista David expresó muy bien la actitud de humildad y sabiduría con

¹⁶ Apc. 2:1-3:22.

¹⁷ Véase también Pr. 12:15; 13:10; 15:31; 17:10; 19:25; 25:12.

la que debemos acoger la corrección: “Que el justo me castigue, será un favor, y que me reprenda será un excelente bálsamo que no me herirá la cabeza” (Salmo 141:5).

No nos juzguemos más los unos a los otros.

Romanos 14:13

Principios claves para recordar

1. Cuando enfrentes conflictos, guarda tu lengua de hablar mal de los demás o de ser indebidamente crítico.
2. Abstente de juicios severos, santurriones o innecesarios de los demás.
3. Abstente de la pecaminosa murmuración y de las disputas mezquinas.
4. Sigue las pautas bíblicas al criticar y reprender.

Busca la reconciliación

Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano.

Mateo 18:15

Cuando los creyentes pecan unos contra otros, se produce conflicto y distanciamiento. ¿Qué debemos hacer cuando esto sucede? ¿Salir corriendo e irnos a otra iglesia? ¿Tomar el teléfono y decirles a todos lo mal que nos han tratado? ¿Reclutar a nuestros amigos y familiares para atacar a la persona que nos ha hecho daño? ¿Guardar rencor durante los próximos veinte años? ¿Contratar al mejor abogado y entablar una demanda para conseguir todo lo que podamos?

No debemos hacer nada de lo anterior.

Sabiendo que sus seguidores pecarían unos contra otros, y que las relaciones dañadas tendrían que ser reconciliadas, Jesús dio instrucciones específicas para lidiar apropiadamente con las ofensas personales. Sea que hayamos pecado contra otra persona o que alguien ha pecado en contra nuestra, no debemos correr y escondernos, ni tomar represalias. En cambio, debemos tomar la iniciativa a fin de reparar la relación.

1. VE Y HABLA CON EL HERMANO AL QUE HAS OFENDIDO

Si sabes que un hermano, o una hermana, en Cristo tiene una queja legítima contra ti y está enojado contigo, debes ir a esa persona y reconciliarte. No hay lugar para duda en cuanto a lo que quiere Jesús; Él dijo que quien se acordara que una persona tenía algo en contra suya debía tratar de resolver el asunto de inmediato. Incluso si estaba involucrado en el solemne acto de adoración en el templo de Jerusalén, debía dejar su sacrificio en el altar y resolver el asunto:

Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda (Mt. 5:23-24).

Leon Morris comenta sobre la importancia de la reconciliación en la enseñanza de Jesús:

La interrupción de un acto tan solemne hace hincapié en la importancia primordial de la reconciliación. . . . Se deben tomar todas las medidas que sean necesarias para restaurar la armonía, y sólo cuando esto se ha hecho puede regresar y presentar su ofrenda.¹

Es evidente que tratar de adorar a Dios, cuando se está enemistado con un hermano o una hermana no es aceptable a Dios.

John MacArthur señala que “la reconciliación debe preceder a la adoración;”² sin embargo, este principio muchas veces no se practica. Por ejemplo, consideremos el conflicto entre Carlos y Jaime, dos hombres de negocios cristianos que asistían a la misma iglesia. Carlos, un influyente hombre de negocios en la comunidad, le pidió a Jaime, un contratista de obra, que colocara los cimientos y levantara las paredes de una casa. Cuando la empresa de Jaime terminó el trabajo, le envió una factura a Carlos. Después de esperar el pago por varios meses, Jaime llamó a Carlos. Pero Carlos no devolvió sus llamadas telefónicas. La empresa de Jaime se encontraba en dificultades financieras y él necesitaba el dinero para pagar a sus empleados. Al fin, Carlos le dijo a Jaime que no le podía pagar porque él también estaba experimentando problemas económicos.

Unas semanas más tarde, Jaime se enteró a través de una serie inusual de acontecimientos que Carlos tenía el dinero en cuentas de ahorro e inversiones, pero que no quería usar esos fondos. Cuando Jaime confrontó a Carlos con esa información, Carlos se enfureció. Exigió saber cómo Jaime se enteró de ello, y se negó a pagarle a Jaime por haberse entrometido en sus asuntos personales.

En la iglesia, Carlos cantaba en el coro, y participaba en un estudio bíblico para hombres, pero ignoraba a Jaime. Afirmaba que el comportamiento de Jaime era poco ético y que su acuerdo de negocios se había echado a perder debido a problemas con la economía. A Carlos no parecía preocuparle las instrucciones del Maestro sobre las relaciones dañadas (Mt. 5:23-24). Aparentemente no se daba cuenta de

1 Leon Morris, *El Evangelio según Mateo*, PNTC (Grand Rapids: Eerdmans, 1992), 116.

2 John MacArthur, *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento, Mateo 1-7* (Chicago, IL: Moody, 1985), 296.

Jesús dio a cada creyente la responsabilidad de lidiar con las ofensas personales.



su responsabilidad de tomar la iniciativa para hablar con Jaime, a quien había ofendido al negarse a pagarle. Carlos también parecía no ser consciente de que su adoración era de poco valor para Dios por el pecado no confesado y el conflicto no resuelto con Jaime.

2. VE Y HABLA CON EL HERMANO QUE HA PECADO CONTRA TI

¿**Dónde** dejaba esto a Jaime? ¿Qué debía hacer él, o cualquier creyente, cuando otro cristiano peca contra él? ¿Qué debemos hacer nosotros cuando otro creyente peca contra nosotros? La respuesta se encuentra en la instrucción de nuestro Señor en Mateo 18:15-17:

Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano.

Aunque este pasaje acerca de cómo lidiar con el pecado y la reconciliación es bien conocido, a menudo no se practica.

a. Un encuentro entre dos hermanos

Si un hermano “peca contra” ti,³ debes buscar la reconciliación. No debes esperar a que tu hermano hable contigo. Debes ir a él y señalarle el pecado⁴ en un esfuerzo por “conseguir que el ofensor vea su pecado por

³ Algunos manuscritos griegos omiten la frase “contra ti”. El Nuevo Testamento griego de la SBU pone las palabras entre corchetes, indicando incertidumbre. No importa mucho que sea uno u otro el sentido. Incluso si la frase se omite, la instrucción todavía se aplica al pecado de un hermano contra otro hermano. Véase Mateo 18:21 y Lucas 17:3-4.

⁴ “Repréndele”, es la traducción del verbo griego *elegchō*. France comenta: “No es fácil transmitir la fuerza de *elegchō* aquí en una sola palabra. Incluye las ideas

lo que es”.⁵ Notemos que el asunto que debe recibir este trato es “pecado”, no una mera molestia, un agravio insignificante o el desagrado ante la apariencia de otro creyente.

Según el pasaje, el creyente al que se le ha ofendido debe acercarse al creyente que ha pecado y realizar una entrevista privada. El propósito de esta reunión personal es “buscar y salvar”, no “buscar y destruir”. Al reunirse en privado, es más fácil convencer al hermano pecador (o a la hermana pecadora) y protegerlo de una humillación. Al no involucrar al resto de la iglesia en el conflicto se contribuye a mantener la paz y la unidad. (¡Imagínate lo desagradable que sería el ambiente de una iglesia local si cada ofensa entre hermanos y hermanas se tratara a la luz pública!)

En violación directa de la enseñanza de Jesús acerca de reuniones privadas, cara a cara, entre hermanos o hermanas, algunos cristianos expresan sus quejas contra los demás a través de Internet, usando las redes sociales, blogs, chats e incluso el correo electrónico. Sin embargo, Internet no puede reemplazar una reunión personal, privada, en la que se puede ver la cara de la otra persona, escuchar su voz y observar las muchas sutilezas del lenguaje corporal; todo ello como parte del misterio de la presencia personal. Al realizar una reunión presencial, se optimiza la comunicación y la otra persona probablemente no parezca tan mala como podría presentarse en un airado ataque cibernético.

Si como resultado de esta reunión personal, el hermano pecador reconoce su error y se arrepiente, en palabras de Jesús: “has ganado a tu hermano”. ¡Se ha logrado una victoria! Un hermano en Cristo ha sido restaurado, el pecado ha sido tratado correctamente, los hermanos se han reconciliado, Satanás ha sido derrotado, la unidad de la iglesia se ha conservado y se ha honrado a Dios.

Es imposible captar plenamente el sentido de este pasaje, a menos que entendamos la teología cristiana de la hermandad.⁶ Como creyentes en Cristo, somos miembros de la familia de Dios, verdaderos hermanos y hermanas. Tenemos el mismo Padre celestial y el mismo Hermano

relacionadas de amonestar, sacar a la luz el mal, tratar de llevar a la persona a reconocer que está equivocada y corregirla” (R.T. France, *Evangelio de Mateo*, NICNT [Grand Rapids: Eerdmans, 2007], 689).

⁵ Morris, *El Evangelio según Mateo*, 467.

⁶ Heb. 2:10-12, 14,17; 13:1; 1 Pd. 2:17. Las palabras ‘hermano’ o ‘hermana’ (las hermanas están frecuentemente incluidas también en el termino hermanos) aparecen aproximadamente 250 veces en el Nuevo Testamento. La realidad de esta vigorosa comunidad familiar satura el Nuevo Testamento.

Mayor, el Señor Jesucristo (Ro. 8:29). Compartimos la misma “vida”, dada por el Espíritu Santo. Esta relación familiar eterna es más fuerte que cualquier relación de sangre.

Esa es la razón por la cual **Jesús dio a cada creyente la responsabilidad de lidiar con las ofensas personales, y no dio esa responsabilidad a los “funcionarios” de la iglesia.** Los creyentes son

El propósito de esta reunión personal es “buscar y salvar”, no “buscar y destruir”.



hermanos y hermanas en Cristo y, por lo tanto, tienen tanto el deber como el derecho de hablarse entre sí sobre las ofensas, a fin de reparar las relaciones familiares que se han cortado por el pecado. En nuestra situación hipotética entre Jaime y Carlos, según Mateo 18,

Jaime tendría que pedirle a Carlos una cita para una reunión privada, a fin de poder resolver el problema de la falta de pago por el trabajo realizado y para restaurar la unidad de su relación en Cristo.

Jaime y Carlos se reunieron, pero la reunión fue un fracaso. Carlos sólo se centró en que el comportamiento de Jaime fue opuesto a toda consideración ética al descubrir información sobre sus finanzas personales. Acusó a Jaime de ser chismoso y de haber pecado contra él al contarles a otras personas acerca de su desacuerdo financiero. Jaime insistió en que Carlos había pecado contra él, al negarse a pagar la deuda, teniendo el dinero para hacerlo. Ambos salieron de la reunión enojados y frustrados. Carlos tenía la idea que el asunto estaba concluido y no tenía sentido hablar más. ¿Qué debía hacer Jaime?

b. Una reunión con testigos

A esta altura muchos en la posición de Jaime se darían por vencidos y desearían nunca volver a tratar con el ofensor. Sin embargo, en la familia de Dios, esto no es aceptable. El pecado debe ser confrontado y las relaciones familiares deben ser restauradas. Por eso Jesús enseñó que si en la reunión privada el hermano que ha pecado no reconoce su falla, debe tomarse un segundo paso (Mt. 18:15-16).

El segundo paso es ir nuevamente donde el ofensor, esta vez con uno o dos hermanos en la fe como testigos y mediadores. Citando las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús dijo que el propósito de la segunda reunión es “que en boca de dos o tres testigos conste toda

palabra” (Mt. 18:16).⁷ La intención con esta pequeña delegación es que el asunto lo conozcan sólo unas pocas personas.

Sean o no estas personas testigos de la infracción (lo más probable es que no lo sean), sirven como testigos de las acusaciones del creyente al que se le ha ofendido y de las respuestas del ofensor. Estos testigos no son observadores pasivos. En un esfuerzo por rescatar al hermano descarriado, apoyan la reclamación del hermano ofendido y hacen todo lo posible para facilitar que el hermano que ha pecado escuche y se arrepienta. Actúan como mediadores y ofrecen consejo, advertencia y reprensión. Ayudan a asegurar un trato justo y equitativo para ambos individuos.

En el caso de Carlos y Jaime, Jaime invitó a otro hombre de negocios de la iglesia y a uno de los ancianos de la iglesia a acompañarle para hablar con Carlos sobre el tema. En su segunda reunión, Jaime le dijo una vez más a Carlos que estaba pecando al no saldar la deuda y al negarse a elaborar un plan de pago. Carlos respondió acusando a Jaime de ser un desconforme que no entendía que todos en los negocios asumen pérdidas. Volvió a acusar a Jaime de extender rumores malintencionados y dijo, además, que el trabajo realizado por Jaime era mediocre. Ante esa acusación falsa, Jaime se enojó mucho.

Los dos testigos escucharon con atención sin hacer comentarios. Luego, hablaron. Ambos testigos coincidieron en que Carlos había pecado contra Jaime al no pagar la factura y que estaba equivocado al tratar de excusarse por encontrar fallas en Jaime. También, señalaron que los empleados de Jaime estaban sufriendo como consecuencia de que Carlos no había pagado lo que debía. Reprendieron a Carlos por tratar de transferir la culpa a Jaime, y le pidieron a Carlos que trazara un plan de pago a fin de cancelar su deuda con Jaime tan pronto como fuera posible.

Carlos se negó, diciendo que su empresa no podía pagar la factura. En ese momento se volvió agresivo, alegando que los tres hombres lo habían herido profundamente. Él amenazó con conseguir un abogado y demandarles por difamación y daños emocionales si le seguían presionando.

c. Una reunión con la iglesia

El siguiente paso en el tratamiento de un hermano (o una hermana) no arrepentido es presentar el asunto a la iglesia, como Jesús indicó. Durante

⁷ Véase también Dt. 19:15; Nm. 35:30; 2 Co. 13:1; 1 Ti. 5:19.

esta reunión, los testigos y el hermano ofendido deben explicar los detalles de la situación a los integrantes de la iglesia. Cada miembro de la iglesia tiene entonces la responsabilidad de apelar al hermano pecador para que se arrepienta.

Si después de un período de tiempo especificado, el hermano pecador no hace caso a sus hermanos y hermanas, y obstinadamente persiste en su pecado, debe tomarse un paso final: el individuo debe ser tenido como un “gentil y publicano”. Las palabras “gentil” y “publicano” se utilizan en un sentido negativo, conforme al uso acostumbrado de los judíos en los tiempos de Jesús. Los gentiles y recaudadores de impuestos eran excluidos de la vida social de los judíos devotos.

Hay límites en lo que un grupo de creyentes puede tolerar en cuanto a la rebelión flagrante y el pecado de uno de sus miembros. Cuando un miembro no se arrepiente y persiste en pecar, la comunión con esa persona debe retirarse, y él, o ella, debe ser excluido de la iglesia. Esta disciplina severa tiene por objeto proteger a la iglesia local de la corrupción moral y espiritual. También, tiene como fin alertar al pecador de la gravedad de su pecado para que su “espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús” (1 Co. 5:5).

Este es el razonamiento detrás del reproche de Pablo a la iglesia en Corinto por su negligencia ante el pecado flagrante de un miembro que vivía en una relación sexual ilícita. Escribiendo con toda autoridad apostólica que había recibido de Cristo, Pablo le dijo a la iglesia exactamente qué hacer:

No os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; **con el tal ni aun comáis**. Porque ¿qué razón tendría yo para juzgar a los que están fuera? ¿No juzgáis vosotros a los que están dentro? Porque a los que están fuera, Dios juzgará. **Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros** (1 Co. 5:11-13; negritas agregadas).

Cuando Carlos se volvió aún más obstinado después de la segunda reunión, Jaime tomó el siguiente paso de confrontación. Esto requirió valor y obediencia, porque sabía que Carlos pelearía en lugar de ceder. Los dos testigos acompañaron a Jaime cuando él se reunió con los ancianos para informarles de su conversación con Carlos y su respuesta airada. Todos coincidieron en que debido a que Carlos no había reconocido su pecado, el asunto debía ser llevado a la iglesia en pleno.

Uno de los ancianos llamó a Carlos para decirle que iban a realizar una reunión extraordinaria de la iglesia el domingo por la noche para informar de su incumplimiento en sus relaciones comerciales con Jaime y de su actitud rebelde. El anciano le rogó a Carlos que cambiara de actitud y se comportara rectamente. Carlos, sin embargo, llegó a ser verbalmente ofensivo. Le dijo que su familia y amigos le acompañarían a la reunión y lo defenderían. De nuevo amenazó con iniciar un proceso legal si se daban a conocer los cargos en su contra. Prometió que de esa forma acabaría con la iglesia.

A pesar de la posibilidad de que Carlos demandara a la iglesia y los involucrara en un largo proceso legal, los ancianos decidieron que debían cumplir con la instrucción del Señor en Mateo 18. Anunciaron que un caso de disciplina sería presentado el domingo por la noche y que todos los miembros debían estar presentes. Después de iniciar la reunión con oración, establecieron el tono de la reunión leyendo en voz alta Mateo 18 y otras porciones de la Escritura que hablan del comportamiento y las actitudes propias de un cristiano. Hicieron hincapié en que la iglesia es “templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora” en ella (1 Co. 3:16). Recordaron a la congregación que, como un pueblo santo, todos ellos debían comportarse de una manera santa (1 Pd. 1:15-16).

Después de la oración de apertura y la exhortación respecto a la conducta y el habla apropiados, Jaime y los dos testigos presentaron el asunto. A continuación hubo preguntas y comentarios. A medida que la noche avanzaba, se hacía evidente que Carlos estaba pecando al no pagar la cuenta, y que su actitud y comportamiento hacia sus hermanos era pecaminosa. Carlos no habló, pero algunos de sus hijos hablaron en defensa suya, repitiendo las excusas de Carlos y dándole la razón.

Luego, se le dio un plazo de dos semanas a la congregación para apelar a Carlos a arrepentirse de su pecado. Durante ese tiempo, Carlos recibió muchas llamadas y cartas bondadosas, pidiéndole que cambiara su conducta obstinada. Algunos hombres de negocios de la iglesia incluso lo llevaron a comer para tratar de razonar con él, pero Carlos ya había contratado a un abogado para demandar a Jaime y a la iglesia por difamación y acoso.

A Carlos se le invitó a la siguiente reunión. No asistió, pero sus amigos y familiares sí estuvieron presentes. Durante la reunión los ancianos leyeron Mateo 18 y 1 Corintios 5. La iglesia estaba de acuerdo en que Carlos era un “avaro”, “maldiciente” y “ladrón” que no deseaba arrepentirse (1 Co. 5:11-13), y que por eso debía ser excluido

de la comunión de la iglesia. Los ancianos luego contestaron preguntas relacionadas con el significado práctico de la expulsión.

Esa semana, Carlos recibió una carta y una visita de algunos de los ancianos; le dijeron que había sido expulsado, pero que si se arrepentía será recibido nuevamente con mucha alegría y los brazos bien abiertos. Mientras tanto, sin embargo, no tendrían contacto social con él y no era bienvenido en la iglesia. También, invitaron a Carlos a reunirse con algunos de ellos para orar y estudiar la Palabra de Dios a fin de trabajar hacia su completa restauración. Carlos respondió: “Nos veremos en los tribunales”.

d. El rechazo de la disciplina correctiva de la iglesia

Muchos cristianos no seguirán estos pasos para tratar con un pecador impenitente y así promover la reconciliación en el cuerpo de Cristo. Se

“El juicio de la Iglesia es el instrumento del amor de Dios, y en el momento en que es aceptado por el alma pecadora comienza a trabajar como una fuerza redentora”.

-James Denny



niegan a practicar la disciplina oficial y corporativa de la iglesia para un miembro no arrepentido –a pesar de que Jesús les instruye a hacerlo– porque lo consideran demasiado “severo” o “carente de amor”. Sin embargo, estas mismas personas pueden negarse a hablar o a tener algo que ver con un hermano o una hermana en Cristo que les ha herido sus sentimientos.

Alimentarán un resentimiento personal en contra de alguien e incluso odiarán a la persona; siendo esto mismo lo que Jesús les prohibió hacer. ¡Esto es hipocresía!

El paso final de la disciplina correctiva de la iglesia es particularmente desagradable, en parte porque la gente ha visto a sectas extremistas y sus líderes emplear este texto como pretexto para castigar a gente piadosa con las que están en desacuerdo. Algunos quizás piensen que la expulsión de la iglesia es cruel y carente de amor, pero esta actitud refleja el espíritu de nuestra época, no el pensamiento de Dios. La realidad es que todos los sectores con responsabilidad en la sociedad –la policía, el ejército, las asociaciones de abogados y médicos, los partidos políticos y las empresas– tienen un código disciplinario para protegerlos de las conductas ilícitas de parte de sus miembros y para proteger su integridad.

El pecado siempre debe ser confrontado (en lo personal, y si es necesario en lo corporativo), de lo contrario se extenderá como la levadura y corromperá todo a su alrededor.⁸ Por lo tanto, Dios exige que se practique la disciplina correctiva en la iglesia para asegurar la pureza moral dentro de ella. Para poder efectuar la restauración de un pecador rebelde, impenitente, Dios requiere su expulsión de la congregación. Como James Denny escribió: “El juicio de la Iglesia es el instrumento del amor de Dios, y en el momento en que es aceptado por el alma pecadora comienza a trabajar como una fuerza redentora”.⁹

El Espíritu Santo siempre lleva a los creyentes a obedecer las palabras de Cristo. Regirse en conformidad con las enseñanzas de Mateo 5 y 18 es un ejemplo de lo que implica andar por el Espíritu en la vida práctica y diaria de la iglesia (Gá. 6:1). Cuando nos negamos a tratar con el pecado y las relaciones rotas, el problema siempre se agrava. Por otra parte, cuando nos negamos a tratar con el pecado y los miembros rebeldes, impenitentes de la iglesia, andamos en franca desobediencia a las órdenes de nuestro Señor. El evangelio según Mateo termina con la Gran Comisión (Mt. 28:19-20), parte de la cual consiste en **enseñar a los nuevos discípulos a obedecer todo lo que Jesús ordenó**. Esto incluye Mateo 5 y 18. No enseñar y practicar Mateo 5 y 18 es desobedecer las instrucciones de Cristo.

3. VE CON LA ACTITUD CORRECTA

Cuando alguien ha pecado contra nosotros, podemos reaccionar de forma egoísta y orgullosa, diciendo: “Que esa persona venga a mí. Que se humille a mis pies. Que me ruegue que le perdone. Es **su** problema, no el mío”. El amor, sin embargo, es “sufrido” (1 Co. 13:4).

Cuando nos negamos a tratar con el pecado y las relaciones rotas, el problema siempre se agrava.



⁸ Derek Kidner, un erudito del Antiguo Testamento, comentó de forma perspicaz: “Lo que a veces necesita una institución no son reformas, sino la expulsión de un miembro; véase Mateo 18:17” (*Proverbios*, TOTC [Downers Grove, IL: IVP, 1964], 148).

⁹ James Denny, *La Segunda Epístola a los Corintios*, La Biblia del Expositor (Nueva York: Funk & Wagnalls, 1900), 75.

Procura el bien de la otra persona, incluso si esa persona está equivocada. Su objetivo es rescatar al hermano que yerra, y no aplastarlo.

El Nuevo Testamento enfatiza la importancia de la gentileza al tratar con las personas.¹⁰ Al tratar con el pecado de un hermano o una hermana, hemos de ser amables, no severos, ni arrogantes. Pablo, por ejemplo, apeló a los corintios extraviados “por la mansedumbre y ternura de Cristo” (2 Co. 10:1). A los gálatas, Pablo les escribió: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre” (Gá. 6:1).

Así que, al acercarnos a un hermano ofensor u ofendido, debemos comportarnos de una manera que podamos ayudarlo en vez de alejarlo. Las acciones motivadas por el amor, la mansedumbre y el perdón tienden a edificar una relación en lugar de destruirla. Si los principios del amor, la amabilidad y el perdón gobiernan nuestras acciones y actitudes durante una confrontación con otro creyente, aumentamos en gran medida la probabilidad de un resultado favorable.

Una de las razones por las cuales la gente suele evitar confrontar el pecado es que no desean ser parte del daño que producen los enfrentamientos severos y airados. Pero la confrontación no tiene por qué ser fea o dolorosa.

La confrontación realizada en el poder del Espíritu Santo, con delicadeza y tacto, alivia y libera a una persona necesitada. Al tratar con relaciones rotas en el cuerpo de Cristo, debemos estar dispuestos a ofrecer perdón libremente. El perdón es una virtud cristiana fundamental que representa el corazón mismo del Evangelio.¹¹ El Nuevo Testamento expresa claramente la norma de Dios para el perdón:

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas (Mt. 6: 12, 14-15).

Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone vuestras ofensas (Mc. 11:25).

¹⁰ Véase también 1 Co. 4:21; 2 Co. 10:1; Ef. 4:1-2; 1 Ts. 2:7; 1 Ti. 3:3; 6:11; 2Ti. 2:24-25; Tit 3:2; Heb. 5:2; Stg 3:17; 1 Pd. 3:15-16.

¹¹ Mt. 6:12-15; Lc. 17:3-4; Ef. 4:32; Col. 3:13; 2 Co. 2:7, 10.

Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale (Lc. 17:3-4).

Perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo (Ef. 4:32).

Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros (Col. 3:13).

Así que, al contrario, vosotros más bien debéis perdonarle y consolarle, para que no sea consumido de demasiada tristeza [un hermano pecador que se arrepintió después de ser disciplinado] (2 Co. 2:7).

Nuestro Padre celestial nos ha perdonado a cada uno de nosotros una deuda que nunca podríamos pagar. ¿Cómo, entonces, podemos negarnos a perdonar a un creyente que peca contra nosotros? No perdonar es un pecado mayor, con graves consecuencias. Cuando Jesús narró la parábola del siervo despiadado, advirtió: “Así también mi Padre celestial hará con vosotros [refiriéndose a un severo castigo] si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (Mt.18:35).

Sin el perdón, no podemos resolver nuestros conflictos y vivir juntos en armonía. Así que debemos estar preparados para perdonar amable y repetidamente a los que se arrepienten después de pecar contra nosotros.¹² Y cuando ofendemos a otro integrante del cuerpo de Cristo, debemos estar dispuestos a confesar nuestro pecado y pedir perdón.

Una actitud de amor, amabilidad y perdón al tratar con los pecados y las ofensas de nuestros hermanos en la fe puede impactarles en sus respuestas. En el caso de Jaime y Carlos, Jaime demostró amabilidad constantemente. Le pidió al

Hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros.
Efesios 4:25



¹² Para obtener ayuda en la comprensión de algunas de las preguntas más difíciles sobre el perdón, véase Chris Braun, *Desempacando el Perdón: Respuestas Bíblicas para Preguntas Complejas y Heridas Profundas* (Wheaton, IL: Crossway, 2008).

Señor que le ayudara a actuar en amor y reflejar el fruto del Espíritu. Cuando llamó para solicitar el pago, se dirigió a su hermano con una actitud de mansedumbre y comprensión. Los testigos que le ayudaron también eran amables pero firmes. La disciplina de la iglesia que tuvo lugar a continuación fue manejada con amor y verdad. Los miembros de la iglesia demostraron preocupación sincera por Carlos. Estaban dispuestos a perdonar y recibir a Carlos de nuevo en la iglesia, si se arrepentía.

4. DI LA VERDAD EN AMOR Y CON VALOR

Cuando nos convertimos en nuevas personas en Cristo, desechamos la mentira (incluyendo las mentiras “piadosas”), el engaño y las medias verdades. Por otro lado, nos convertimos en “miembros los unos de los otros” en el cuerpo de Cristo (Ef. 4:25). Así que la iglesia local debe ser una comunidad donde la gente habla la verdad el uno al otro: “. . . hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros” (Ef. 4:25). La mentira entre unos y otros socava nuestra propia identidad en Cristo y nuestras relaciones particulares con otros creyentes, las cuales son obra del Espíritu.

Las instrucciones de Cristo en Mateo 5 y 18 nos recuerdan que debemos decir la verdad en amor y con valor. Aunque decir la verdad puede crear un conflicto a corto plazo, es mejor para la salud y unidad de la iglesia a largo plazo. Seguir “la verdad en amor” es esencial para nuestro crecimiento, como individuos y como partes de un cuerpo, hacia la semejanza a Cristo (Ef.4:15).

a. Di la verdad

Como creyentes, debemos tener la misma consideración por la verdad que Dios tiene: “He aquí, tu amas la verdad en lo íntimo” (Sal. 51:6). Si se ha pecado en contra de un creyente, y éste niega que se le haya ofendido, miente. Pero un creyente al que se le ha ofendido, quien amablemente se acerca al creyente que le ofendió, actúa de acuerdo a la verdad. Si un creyente que ha pecado, al ser confrontado con esa realidad, niega su falta, miente (al creyente que lo confronta, a otros creyentes y a Dios). Pero un creyente que confiesa o reconoce su pecado camina en la verdad.

Por desgracia, a menudo preferimos una mentira consoladora en lugar de la verdad confrontadora. De hecho, cuando Pablo confrontó a los gálatas que estaban siendo engañados por los falsos maestros, él los desafió valientemente a enfrentar la verdad: “¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, por deciros la verdad?” (Gá. 4:16). Pablo no podía halagar a los gálatas como los falsos maestros lo hacían. Los amaba y les dijo la verdad sobre su triste condición espiritual. Aunque no querían escucharla, la verdad, expresada de forma compasiva por Pablo, los rescató de las garras mortales de un falso evangelio.

b. Habla con valor

La mayoría de la gente le teme a la confrontación, y en muchas culturas acercarse a otra persona para corregir su pecado o para buscar la reconciliación debe ser evitado a todo costo. Por lo tanto, puede ser difícil para nosotros obedecer las instrucciones de Cristo: “ve y repréndele estando tú y él solos” (Mt. 18:15). Pero los principios de Mateo 5 y 18 trascienden la cultura y son de aplicación universal para el cuerpo de Cristo. Al igual que muchas de las enseñanzas de Cristo, estos principios van en contra de la intuición y la cultura.¹³ Para llevarlos a la práctica se necesita mucho valor, sean cuales sean nuestras experiencias personales o expectativas culturales.

Se necesita valor para tomar la iniciativa, decir la verdad en amor, ir en sentido contrario a la cultura o enfrentar a una persona enojada que se niega a ser corregida. Gracias a Dios, podemos tener el valor a través del poder del Espíritu Santo, a quien Dios ha puesto dentro de nosotros para ayudarnos a comprender y cumplir su voluntad. Andar por el Espíritu nos da el valor para enfrentar el pecado y para decir la verdad en amor.

c. No pierdas la esperanza de la reconciliación

Si somos veraces y actuamos en amor al lidiar con las ofensas personales, hay una verdadera esperanza para la reconciliación, la curación y la paz en nuestras relaciones con otros creyentes. Consideremos, por ejemplo, el resultado del caso de disciplina

Aunque decir la verdad puede crear un conflicto a corto plazo, es mejor para la salud y la unidad de la iglesia a largo plazo.



¹³ Mt. 5:3, 5, 11-12, 21, 27, 31, 33, 38-48; 6:1-4, 19-21, 24-34; 7:1-5; 10:37-38; 15:11, 18; 18:2-4, 15, 21-35; 22:37-39; 23:5-12.

de la iglesia que describimos anteriormente en este capítulo. Durante un tiempo, las cosas parecían sólo empeorar. Carlos contrató a un abogado para demandar a la iglesia por difamación. Debido a la falta de pruebas, el abogado abandonó el caso. Esto sólo hizo enojar más a Carlos. Le dijo a todo el mundo que la iglesia era una secta y que ellos se habían aprovechado de él.

Carlos insistió en que Jaime había pecado contra él y que los ancianos no supieron administrar la disciplina. Sus hijos mayores de edad, sin embargo, comenzaron a darse cuenta de que se habían equivocado al estar de acuerdo con las mentiras de su padre. Se dieron cuenta de que su relación con el Señor se había visto afectada negativamente por la situación. En lugar de seguir siendo cómplices de los pecados de su padre, se reunieron para confrontarlo respetuosamente.

Motivados por el verdadero amor por su padre, los hijos de Carlos le dijeron que iban a volver a la iglesia para pedir perdón por los pecados que habían cometido mientras lo defendían a él. Reconocieron que su familia y la iglesia habían sido heridas por las acciones y actitudes pecaminosas de su padre. Insistieron en que tenían que enfrentarse a su pecaminoso comportamiento autodestructivo, y esperaban que él también confesara sus pecados y se reconciliara con ellos y con la iglesia.

Se necesita valor para tomar la iniciativa, decir la verdad en amor, ir en sentido contrario a la cultura o enfrentar a una persona enojada que se niega a ser corregida.



A Carlos le escandalizaron las palabras de sus hijos, pero ellas tuvieron un profundo efecto en él. Pasaron los meses, mientras el Espíritu Santo obraba en su conciencia. Finalmente, solicitó una reunión con los ancianos. Ellos habían estado orando frecuentemente por él y aceptaron su solicitud con gozo.

En la reunión, Carlos reconoció de mala gana que había actuado de manera “inadecuada”. Esto hizo que los ancianos se preguntaran si Carlos reconocía la gravedad de su conducta. Preocupados de que Carlos estuviera minimizando su pecado, los ancianos le pidieron que especificara qué pecados estaba confesando. Al principio, Carlos se sentía incómodo al contar en voz alta sus pecados, pero se dio cuenta de que los ancianos estaban resueltos a no avanzar hasta que confesara claramente sus pecados y contra quien había pecado. Durante el transcurso de la conversación, los ancianos vieron a Carlos genuinamente arrepentido por la realidad de sus pecados. Oraron juntos y

se abrazaron; fue un tiempo de regocijo en el cual no estuvieron ausentes las lágrimas.

Después, Carlos voluntariamente saldó su deuda con Jaime. Fue reintegrado gozosamente a la comunión de la iglesia. Tomó medidas adicionales para renovar su amistad con algunos de los ancianos, invitándoles a comer o cenar, expresando su profundo amor y respeto hacia ellos y por su valor al enfrentarse a su engaño rebelde y obstinado. Al final, el resultado del proceso disciplinario fue toda una victoria para la verdad del Evangelio.

Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.

Mateo 5:23-24

Principios claves para recordar

1. Toma la iniciativa para restaurar las relaciones dañadas cada vez que se produce una ofensa. Sea que alguien ha pecado contra ti, o que hayas pecado contra otra persona, adelántate a buscar la restauración de la relación.
2. Pon en práctica lo que enseña Mateo 5 y 18, hablando primero en privado con la persona que ha pecado. Si eso no da resultado, ve con uno o dos testigos. Si eso no funciona, comparte el asunto con la iglesia con el propósito de lograr arrepentimiento y la restauración de la relación.
3. Siempre di la verdad en amor.
4. Ten la disposición para perdonar y pedir perdón.

Busca ser un pacificador

Sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación.

Romanos 14:19

Considera la historia que imaginamos de la “Iglesia de la Gracia”, una iglesia plantada por misioneros que desde sus primeros días había sido un grupo conflictivo. Los choques de personalidad entre familias prominentes y las facciones que se formaron en torno a diferentes puntos de vista doctrinales habían interrumpido con frecuencia la unidad y la paz. Era, en muchos aspectos, como la iglesia del siglo I en Corinto. La gente no se había dejado de congregarse allí, principalmente porque vivían en un país donde los cristianos eran una pequeña minoría y había pocas iglesias para elegir.

Durante muchos meses, la iglesia había estado envuelta en una pelea rencorosa sobre diferentes puntos de vista con respecto a la fecha de la creación. Parecía que la iglesia estaba a punto de dividirse. Luego, para sorpresa de todos, uno de los diáconos se puso de pie al final del culto dominical y se dirigió a la congregación.

En tono amable, expresó su frustración con las actitudes y los comportamientos pecaminosos que se habían convertido en práctica habitual cuando se trataba cualquier asunto de controversia en la iglesia. Lo peor de todo, el diácono señaló, era que ninguna persona había hecho algún esfuerzo por lograr la paz. Con gran valentía citó Gálatas 5:15 de memoria: “Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros”. Nadie podía negar que estas palabras tuvieran aplicación directa a su iglesia, ya que estaban a punto de consumirse entre sí como resultado de sus amargos debates.

La respuesta de la congregación fue abrumadoramente positiva. Todo el mundo había sido herido por palabras cargadas de enojo y acusaciones distorsionadas. Estaban agotados por el constante conflicto. Sabían que había que hacer algo y reconocieron la guía del Espíritu a través de la exhortación humilde de este diácono.

Cuando terminó de hablar, otros comenzaron a ofrecer sugerencias sobre cómo la iglesia podría redescubrir el bendito estado de paz que Dios quería que disfrutaran juntos. Alguien sugirió que en las predicaciones dominicales se enseñaran los pasajes bíblicos más importantes sobre la

pacificación. Otra sugerencia fue la de reunirse en grupos pequeños los domingos por la noche para repasar el sermón y aplicar con oración la Palabra de Dios a los problemas que enfrentaban. Tras dos meses de escuchar mensajes sobre la pacificación y de estudiar de forma individual pasajes bíblicos sobre la paz, la congregación identificó siete conceptos claves que necesitaban entender y aplicar, si querían que la iglesia llegara a experimentar la paz y la unidad.

1. LA PACIFICACIÓN ES BENDECIDA POR EL SEÑOR JESUCRISTO

En 1895, Alfred Nobel dispuso una parte de su fortuna personal para premiar a las personas que promueven la paz. Pero mucho antes de que este mundo desgarrado por la guerra comenzara a seleccionar individuos para ganar el famoso Premio Nobel de la Paz, Jesús anunció la dicha de la pacificación. En su Sermón del Monte, Jesús les dio un reconocimiento mucho mayor a los que trabajan por la paz: “Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt. 5:9).

“Esta bienaventuranza”, explica David Turner, “no tiene que ver con ser una persona pasivamente pacífica sino con ser un reconciliador activo de personas”.¹ Cuando Jesús dijo: “Bienaventurados los pacificadores”, no se refería a los que se limitan a mantener la paz. Se refería a los que **luchan a favor de la paz**: a los que “ponen fin a las hostilidades y logran la reconciliación de las partes en pugna”.²

Estas sencillas palabras de Jesús revelan que el establecimiento de la paz es una obra divina que es bendecida por Dios. De hecho, la Biblia nos dice que Dios es el “Dios de paz”,³ y que ¡la cruz es su obra fundamental para establecer la paz!⁴ Dado que nuestro Padre celestial toma la pacificación en serio, nosotros también debemos tomarla en serio. Como hijos suyos, debemos ser constructores de paz, cuyos pensamientos y acciones reflejan el carácter y la obra de nuestro Padre, especialmente cuando se trata de enfrentar situaciones conflictivas.

1 David L. Turner, *Mateo*, BECNT (Grand Rapids: Baker, 2008), 152.

2 Leon Morris, *El Evangelio Según Mateo* (Grand Rapids: Eerdmans, 1992), 101.

3 Ro. 15:33; 16:20; 2 Co. 13:11; Flp. 4:9; 1 Ts. 5:23, 2 Ts. 3:16; Heb.13:20.

4 Ef. 2:14-17; Col. 1:19-20.

A medida que la congregación de la “Iglesia de la Gracia” comenzó a reconocer la profundidad del compromiso de Dios con la pacificación, una nueva sensibilidad se despertó en su conciencia colectiva.

Reconocieron, para su vergüenza, que ¡nunca habían siquiera orado por la paz de su iglesia! Se habían convertido en expertos en discutir y pelear sobre temas de interés especial, pero no tenían la capacidad para lograr la paz en sus relaciones unos con otros o en su comunidad.

El estudio de la pacificación bíblica les llevó a comenzar a pensar y actuar como constructores de paz en vez de ser alborotadores. Comenzaron a producirse cambios reales en la forma de encarar sus diferencias y relacionarse entre sí. Las palabras de Jesús a sus discípulos llegaron con un significado nuevo y fresco a sus oídos: “Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”.

2. LA PACIFICACIÓN PRODUCE VIDAS E IGLESIAS SANTIFICADAS Y SALUDABLES

Los miembros de la “Iglesia de la Gracia” fueron desafiados continuamente por lo que estaban aprendiendo de las Escrituras. Un sermón basado en Santiago 3:18 fue especialmente útil; allí Santiago elogió a “aquellos que hacen la paz” por los beneficios que aportan a la comunidad de los creyentes:

Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica . . . Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz (Stg. 3:17-18).

Como estudiante del Antiguo Testamento, Santiago conocía el concepto judío de *shalom*, o paz, que denota “integridad” y “bienestar” tanto en la vida interior de una persona como en su relación con los demás. *Shalom* no transmite sólo la idea de ausencia de conflictos, también, transmite las cualidades positivas del contentamiento, la seguridad y la prosperidad. Es la paz con Dios, con el estado de ánimo (tranquilidad interior), con los semejantes (la armonía del grupo) y con los enemigos (cese de la guerra).

Dios es la fuente de *shalom*, y su paz ha de ser una de las grandes bendiciones que su pueblo disfruta. Santiago quería que estas primeras congregaciones judías de cristianos, que estaban experimentando cualquier cosa menos la paz, experimentaran *shalom* de verdad. Por lo tanto, utilizando una imagen de la agricultura, comparó a los pacificadores con los agricultores que siembran la semilla y viven con la expectativa de una cosecha valiosa.

A diferencia de los agricultores que siembran las semillas en el suelo, los pacificadores siembran las semillas en las mentes y los corazones de sus hermanos en la fe. Siembran las semillas “en paz”, no con ira, ni por egoísmo ni con impaciencia. Con el tiempo, las semillas que se han sembrado producen una cosecha, una gloriosa cosecha de vidas e iglesias santificadas. El “fruto de justicia” de los creyentes pacificadores produce una conducta piadosa y justa que agrada a Dios; una conducta que es “pura, . . . pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía” (v. 17). Es una conducta que refleja el “fruto del Espíritu” y un comportamiento semejante al de Cristo. Es una conducta que contribuye a la armonía entre las personas.

La paz es absolutamente esencial para la salud espiritual de una iglesia local y para el crecimiento del individuo en santificación. En un entorno de guerra y facciones, el crecimiento espiritual se ahoga. Donde hay discordia, el miedo y la desconfianza abundan; la frustración, la ira y la angustia llenan los corazones de la gente. En tal atmósfera, el testimonio del Evangelio se ve obstaculizado y los nuevos creyentes y los niños se desilusionan. En cambio, en un ambiente de paz, las personas (en particular, los nuevos creyentes y los jóvenes) crecen espiritualmente. Donde hay paz los creyentes pueden desarrollar sus dones espirituales, servir a los demás, crecer hacia la madurez y experimentar el gozo maravilloso del Señor.

La paz es absolutamente esencial para la salud espiritual de una iglesia local y para el crecimiento del individuo en santificación.



En un mundo marcado por luchas constantes, no es de extrañar que el salmista clamara desde lo más profundo de su ser: “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!” (Sal. 133:1). Compartamos la pasión del salmista por la paz y la unidad entre el pueblo de Dios.

3. LA PACIFICACIÓN ES RESPONSABILIDAD DE CADA CREYENTE

A medida que continuaron su estudio de las Escrituras, los miembros de la “Iglesia de la Gracia” se sorprendieron al descubrir que el establecimiento de la paz no es opcional, es un mandato bíblico. El Nuevo Testamento llama a todos los creyentes a vivir en paz unos con otros y con todas las personas:

Tened paz los unos con los otros (Mc. 9:50).

Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres (Ro. 12:18).

Vivid en paz [con los demás] (2 Co. 13:11).

Tened paz entre vosotros (1 Ts. 5:13).

Además, se enteraron de que todos los creyentes –no sólo los que tienen posiciones de liderazgo– están llamados a seguir y buscar activamente la paz:

Sigamos lo que contribuye a la paz (Ro. 14:19).

Seguid la paz con todos (Heb. 12:14).

Busque la paz, y sígala (1 Pd. 3:11).

Huye también de las pasiones juveniles, y sigue . . . la paz (2 Ti. 2:22).

Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo (Col. 3:15).

“La paz”, tanto en cada corazón como en la comunidad de la iglesia, es un aspecto del fruto del Espíritu Santo y es la antítesis de las obras de la carne, que son: “enemistades, pleitos . . . contiendas, disensiones, herejías” (Gá. 5:20). La paz, no la guerra, debe caracterizar nuestras relaciones como miembros de “un solo cuerpo”. Como

Colosenses 3:15 señala, hemos sido llamados por Dios para que la paz de Cristo gobierne en nuestras vidas al relacionarnos con los demás, ya que somos “un solo cuerpo” en Cristo. “Sin sacrificar principios”, escribe Douglas Moo, “los creyentes deben relacionarse entre sí de una manera que facilite y demuestre la paz que Cristo ha obtenido para ellos”.⁵

Cada miembro, entonces, es responsable de la paz y la unidad de la iglesia local. Cada individuo tiene mucho que ver con el resultado de cualquier conflicto en la iglesia. Los creyentes son, como dice un comentarista: “el cuerpo de paz de Dios”.⁶

El Nuevo Testamento enseña, y la mayoría de los cristianos sabe, que todos los miembros de la familia de la iglesia local son responsables de animar, apoyar en oración, exhortar, servir, amonestar, enseñar, edificar, cuidar y amarse los unos a los otros. Pero, al parecer, lo que no se conoce bien es que todos los miembros también deben promover “lo que contribuye a la paz” (Ro. 14:19). Imagínate cómo sería ser parte de una iglesia en la que cada miembro se considera a sí mismo como un integrante del “cuerpo de paz” de Dios. Cada miembro se enfrentaría a los conflictos pensando y actuando como un pacificador. Cada uno trabajaría por lograr una paz justa y recta en lugar de competir unos contra otros para ganar una pelea o derribar a la parte contraria.

La pacificación es un trabajo activo y necesario que exige pensamiento y esfuerzo intencionado. Cada iglesia en el Nuevo Testamento tuvo dificultad para mantener la unidad y la armonía. No es diferente en la actualidad. A no ser que se luche constantemente por fomentar la paz, todas las iglesias con el tiempo se dividirán o vivirán en un estado perpetuo de guerra. Para que los conflictos se puedan manejar bíblicamente, por tanto, se requiere que todos los creyentes, tanto líderes como los seguidores (1 Ts. 5:13), piensen y actúen como agentes de paz.

4. LA PACIFICACIÓN EXIGE MEDIACIÓN

Al final de la serie de predicaciones sobre la pacificación bíblica en la “Iglesia de la Gracia”, uno de los maestros les pidió a todos los miembros

5 Douglas J. Moo, *La Carta a los Colosenses y Filemón*, PNTC (Grand Rapids: Eerdmans, 2008), 283.

6 William Hendriksen, *Exposición del Evangelio Según Mateo*, NTC (Grand Rapids: Baker Book House, 1973), 279.

que comenzaran a actuar como agentes de paz del Evangelio. Para ayudar a poner fin a las hostilidades dentro de la congregación, pidió a los creyentes más maduros que sirvieran como mediadores entre los que ya no se hablaban entre sí. Les recordó que, como creyentes en los cuales

Cada miembro es responsable de la paz y la unidad de la iglesia local. Cada individuo tiene mucho que ver con el resultado de cualquier conflicto en la iglesia.



mora el Espíritu y que están armados con la Palabra de Dios, debían ayudar a sus hermanos y hermanas a resolver la mayoría de sus disputas.⁷ A continuación, les explicó tres pasajes claves del Nuevo Testamento sobre la pacificación: Mateo 18:15-17, Filipenses 4:2-3 y 1 Corintios 6:1-11.

a. Pide la ayuda de un mediador

Siguiendo las instrucciones de nuestro Señor, los creyentes deben ser capaces de resolver los conflictos personales con la ayuda de otros creyentes. El primer paso, según Mateo 18:15-17, es reunirse en privado con el creyente ofensor para solucionar el conflicto. Si el ofensor no reconoce su error, entonces se debe llevar a una o dos personas como testigos (en el capítulo 7 encontrarás un análisis detallado de este proceso). Un deber de los testigos es ayudar a mediar entre las dos partes.

Incluso los cristianos más consagrados y dedicados a veces necesitan ayuda para resolver las disputas entre sí. Pablo, por ejemplo, era un pacificador incansable. Su carta a la iglesia en Filipos era un esfuerzo para ayudar a una iglesia en conflicto. Él se dirigió directamente a dos mujeres prominentes de la iglesia que estaban atrapadas en un conflicto:

Ruego a Evodia y a Síntique, que sean de un mismo sentir en el Señor. Asimismo te ruego también a ti, compañero fiel, que ayudes a éstas que combatieron juntamente conmigo en el evangelio (Flp. 4:2-3).

Estas mujeres necesitaban un mediador que les ayudara a resolver sus diferencias. Por eso Pablo solicitó la intervención de un creyente no identificado de la congregación, a fin de que estas mujeres piadosas

⁷ La mediación es un acuerdo voluntario entre las partes en conflicto y no es obligatorio, como lo es el arbitraje, que resulta en un acuerdo legal y jurídicamente vinculante.

lograran ser “de un mismo sentir en el Señor”. Mientras haya gente en conflicto, habrá necesidad de mediadores que ayuden a establecer la paz.

b. Involucra a los integrantes de la iglesia, a fin de contar con su sabiduría y ayuda

Al parecer, un creyente de la iglesia de Corinto había estafado o engañado a otro en un asunto que tenía que ver con dinero, bienes o salario. Para resolver la controversia, el cristiano que fue “agraviado” (el demandante) llevó el cristiano que presuntamente le había estafado (el demandado) a los tribunales. Cuando Pablo se enteró de esta situación, quedó horrorizado. Estupefacto, exclamó: “¿ . . . el hermano con el hermano pleitea en juicio, y esto ante los incrédulos?” (1 Co. 6:6). David Garland capta acertadamente el aborrecimiento que esta situación generó en Pablo: “Hermanos cristianos se enfrentan a otros hermanos cristianos, adoptando una actitud feroz, salvaje y despiadada en vez de una actitud amorosa y abnegada”.⁸

Pablo reprendió severamente esta acción de buscar ayuda de extraños para resolver disputas internas. En efecto, preguntó: “¿Son incompetentes para juzgar los casos más triviales? ¿Cómo es posible que ninguno de ustedes sea lo suficientemente sabio como para resolver una disputa entre hermanos?”. En vista del hecho de que los santos un día juzgarán al mundo y a los ángeles, Pablo veía el caso en cuestión como un asunto trivial que la iglesia debía ser capaz de juzgar.

Por otra parte, afirmó que, “es ya una falta en vosotros que tengáis pleitos entre vosotros mismos” (1 Co. 6:7). Para Pablo, llevar a otro creyente ante los incrédulos para resolver un asunto es una completa derrota moral y espiritual para ambas partes, sea quien sea el que gane o pierda. El que defrauda obra mal, el que lleva al tramposo a la corte obra mal, y la iglesia obra mal por no detener tal quebrantamiento de la hermandad cristiana.

Una de las razones por las cuales vemos una proliferación de demandas entre creyentes en algunos países occidentales es que las iglesias locales no están enseñando o no están dando ejemplo de la mediación cristiana, como deben hacerlo. Los problemas que son parecidos a la situación en Corinto realmente provienen de problemas espirituales profundamente arraigados que ningún tribunal puede resolver. Los

8 David E. Garland, *1 Corintios*, BECNT (Grand Rapids: Baker, 2003), 208.

cristianos pueden contratar a los mejores abogados, juzgar sus disputas en los tribunales, y obtener un veredicto de un juez experto, sin tener que hacer frente a su odio, ira, fariseísmo u orgullo. El problema no es un arbitraje insuficiente o la falta de un litigio profesional. El verdadero problema con la resolución a través de los tribunales es un asunto espiritual: los deseos carnales siguen dominando nuestro corazón y nuestra mente y no hemos enfrentado honradamente esos deseos, ni nos hemos arrepentido de ellos ante el Dios santo.

Así que el primer paso en la pacificación es examinar y hacer frente a las actitudes pecaminosas del corazón. En palabras de nuestro Señor:

Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, . . . la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre (Mc. 7:21-23).

5. LA PACIFICACIÓN ES UNA LABOR QUE EXIJE VALENTÍA Y MUCHO ESFUERZO

Muchos de los creyentes en la “Iglesia de la Gracia” reconocieron que consideraban a los pacificadores personas transigentes, cobardes y débiles. Pero llegaron a comprender que la pacificación cristiana no es cuestión de ignorar los problemas, deseando que desaparezcan o negociar una tregua. No es el apaciguamiento o la paz a cualquier precio. La pacificación cristiana es una labor ardua y sacrificada que debe ser guiada por las verdades de las Escrituras.

La vida de Pablo ofrece un modelo de la pacificación cristiana. Él se refirió al Evangelio como “la palabra de verdad” y el “evangelio de la paz” (Ef. 1:13; 6:15). Cuando la concertación era la mejor forma de lograr que los creyentes vivieran juntos en armonía, estaba dispuesto a hacer concesiones.⁹ Sin embargo, cuando las verdades del Evangelio y la Palabra de Dios estaban en juego, Pablo no negociaba la verdad para apaciguar a nadie, ni siquiera a sus amigos.¹⁰ No cedía terreno alguno a los enemigos del Evangelio.

⁹ Hch. 16:3; 21:20-26; 24:17-18; 1 Co. 9:20-23.

¹⁰ Hch. 15:1-2; Gá. 2:4-5; 11-14.

Pablo entendía que la paz y la unidad no pueden existir aparte de la verdad del Evangelio. Diluir o comprometer el Evangelio de la verdad equivale a perder la base de la unidad y la paz:

Cuando se debe escoger entre la unidad y la verdad, la unidad debe ceder el paso a la verdad, porque es mejor estar divididos por la verdad, que estar unidos por el error. Probamos la iglesia por la verdad, no la verdad por la iglesia. Los Apóstoles juzgaron a la comunidad cristiana en conformidad con las normas de la revelación divina.¹¹

Al igual que su Señor, Pablo enfrentó el pecado directamente. No escondió los problemas y pecados debajo de la alfombra para luego presumir que había paz cuando en verdad no la había. Él tomaba muy en serio los pecados que llevaban a una ruptura de la paz.

Cuando Jesús purificó el templo y echó fuera a los cambistas, llevó la paz a la adoración del templo. Así restableció el bienestar y la plenitud espiritual al pueblo del pacto de Dios (Jn. 2:13-17). De manera similar, Pablo a menudo entró en conflicto con los falsos maestros que estaban sembrando discordia y división entre el pueblo de Dios. Cuando Pablo y Bernabé resistieron a los falsos maestros que comenzaban a enseñar un evangelio centrado en la ley en la nueva iglesia en Antioquía, por ejemplo, ellos y los Apóstoles y ancianos de Jerusalén escribieron una declaración conjunta sobre la exención gentil de la observancia de la ley judía (Hch. 15:1-2, 6-35). Sus esfuerzos para poner fin a la falsa enseñanza produjo paz y bienestar en las iglesias (Hch. 15:31).

Como alguien que trabajó sacrificialmente en pro de la paz y la verdad, Pablo conocía muy bien el doloroso costo personal de lograr y mantener la paz verdadera en un mundo hostil. Paul Rees describió la actitud de Pablo hacia la pacificación de esta manera: “Cuando la unidad se rompía, su corazón también se rompía. Cuando la unidad se fortalecía, su alma también se fortalecía”.¹²

“Cuando se debe escoger entre la unidad y la verdad, la unidad debe ceder el paso a la verdad, porque es mejor estar divididos por la verdad, que estar unidos por el error”.

-Edward John Carnell



11 Edward John Carnell, *El Argumento a favor del Cristianismo Bíblico* (Grand Rapids: Eerdmans, 1969), 27.

12 Paul S. Rees, *El Hombre Adecuado: Pablo en Filipenses* (Westwood, Nueva Jersey: Revell, 1959), 40.

6. LA PACIFICACIÓN VALORA LA UNIDAD DEL CUERPO DE CRISTO

Aunque la pacificación es un trabajo difícil –emocional, mental y espiritualmente–, los sacrificios que realicemos en pro de la paz nunca igualarán el precio infinito que Cristo pagó para establecer una nueva humanidad que une a judíos y gentiles en un solo cuerpo, su cuerpo (Ef. 2:11-22). A medida que los miembros de la “Iglesia de la Gracia” comenzaron a comprender la magnitud de la obra unificadora y pacificadora que Cristo realizó en la cruz, comenzaron a valorar más la unidad y la pacificación. Esta comprensión está en consonancia con la petición que hizo nuestro Señor apenas unas horas antes de su muerte. Oró expresando su anhelo de que todos los suyos fueran uno y que esa unidad fuera visible al mundo:

No ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad (Jn. 17:20-23).

Tan importante es esta unidad que Pablo suplicó a los creyentes gentiles y judíos, que tenían tensiones sociales entre sí, que fueran “solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3). La palabra griega que se traduce como “solicitos” es una palabra fuerte que puede traducirse también como “hagan todo lo posible”, “esfuércense”, “sean apasionados”, “sean diligentes” o “sean concienzudos”.¹³ Pablo les recordó a estos creyentes que hay:

Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos (Ef. 4:4-6).

¹³ “Solicitos”, *spoudazo*: “estén deseosos, sean celosos, esfuércense, no escatimen esfuerzos, sean concienzudos” (BDAG, 939).

Pablo no estaba exhortando a los creyentes a crear la unidad. La unidad a la cual se refería Pablo es la del cuerpo de Cristo, la Iglesia. Esa unidad es creada por el Espíritu Santo, y no por nosotros. Nuestra responsabilidad es preservar, proteger y mantener la unidad que ya existe. No debemos escatimar esfuerzo alguno para “guardar” de forma práctica y visible la “unidad del Espíritu”. Debemos hacerlo con diligencia y urgencia, porque esta unidad está en riesgo constante de ataque. Cada iglesia del Nuevo Testamento tuvo dificultad para mantener “la unidad del Espíritu”.

Las virtudes, o los tipos de conducta, necesarias para preservar y proteger la gloriosa unidad del Espíritu se describen en el versículo 2:

Que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda **humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor** (Ef. 4:1-2, negritas añadidas).

7. VIRTUDES DE LA PACIFICACIÓN

Preservar y proteger “la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” es la obra de la pacificación. ¿Cómo podemos hacer este trabajo? La labor está claramente establecida en la Palabra de Dios. **Debe hacerse de una manera claramente cristiana** “con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor”.¹⁴ Estas virtudes son elementos del fruto del Espíritu, y sin estas cualidades que muestran el carácter de Cristo, no podremos preservar y proteger “la unidad del Espíritu” ni actuar como ‘el cuerpo de paz’ de Dios.

No podemos mantener “la unidad del Espíritu” actuando con dureza o arrogancia hacia la gente; tampoco podemos preservar “la unidad del Espíritu” con una actitud impaciente o crítica, manifestando una supuesta superioridad o desprecio por los demás, o una falta de compasión. Estas son obras de la carne, y sólo conducen al conflicto y la división. A Dios le importa muchísimo cómo tratamos a las personas.

Quienes están comprometidos con el establecimiento de la paz, a semejanza de Cristo, humildemente anteponen el bien de los demás

¹⁴ Véase también Colosenses 3:12-15.

al suyo. Tratan con personas difíciles con un tono de voz suave y con tacto. Actúan en amor negándose a sí mismos con el fin de resolver los problemas y contribuir a la unidad del pueblo de Dios. Se ocupan pacientemente de la gente, soportándoles en amor.¹⁵

Los pacificadores semejantes a Cristo, dirigidos por el Espíritu, controlan las pasiones destructivas de la ira y la lengua descontrolada con el fin de hablar con gracia y verdad, promoviendo la justicia, la sanidad y la unidad entre las partes en conflicto. Ellos tienen gran capacidad para escuchar y para despreocuparse de sí mismos.

Los pacificadores guiados por el Espíritu actúan en armonía con las verdades del Evangelio y la Palabra de Dios. Equilibran la verdad y la bondad en su trato con la gente y con los problemas que éstos tienen. Demuestran la sabiduría de lo alto, que produce pureza de corazón y mente, dulce razonabilidad, bondad, misericordia, sinceridad y paz.

George Verwer, el fundador y exdirector de Operación Movilización, una organización misionera con presencia alrededor del mundo, tiene la oportunidad de compartir acerca del ministerio a cientos de iglesias cada año. Cuando se le preguntó lo que ha observado en las iglesias que visita en todo el mundo, dijo: “Ver una iglesia en paz, es como estar frente a un oasis en el desierto”. ¡Ese comentario subraya la importancia de la obra de la pacificación cristiana! ¡En verdad, aún nos queda mucho trabajo por hacer!

Con el tiempo, la “Iglesia de la Gracia” se contagió de la visión bíblica de la pacificación. Todavía había mucho por aprender y realizar, pero sus miembros tenían la firme intención, con la ayuda del Espíritu, de abandonar sus disputas contenciosas. Estaban haciendo un esfuerzo diligente para mantener “la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”. Estaban convirtiéndose en una iglesia en paz, un oasis en el desierto. ¡Que tu iglesia también procure convertirse en un oasis!

Sed de un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros.

2 Corintios 13:11

15 F.J.A. Hort comentó acerca de Pablo que, “en cada una de sus nueve epístolas dirigidas a [las iglesias] hizo de **la paz** de Dios la norma suprema a la que debían aspirar, y de la perpetua auto-entrega de amor el medio indicado para lograrla” (*La Ecclesia Cristiana* [1897; repr. ed. Londres: Macmillan, 1914], 123).

Principios claves para recordar

1. Cuando estés involucrado en un conflicto, procura de forma intencional y activa establecer la paz.
2. Ante una situación conflictiva, solicita ayuda y mediación de la iglesia; no acudas a los tribunales.
3. Haz todo lo posible para preservar y proteger “la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”.

Enfrenta a los falsos maestros

Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, . . . está envanecido, . . . y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, disputas necias.

1 Timoteo 6:3-5

Motivados por Satanás y sus fuerzas demoníacas,¹ los falsos maestros se han dedicado a crear teologías y dioses falsos desde el principio de la historia humana. Pablo advirtió que los falsos maestros “causan divisiones”.² Judas lo expresó así: “Estos son los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu” (Jud. 19). Los falsos maestros son lobos que dispersan y devoran al rebaño.

¿Qué deben hacer los creyentes cuando los falsos maestros atacan sus congregaciones? Podríamos tener la tentación de huir de ellos, hacer concesiones para que podamos trabajar juntos en unidad, abrazarlos como hermanos, debatir con ellos, o permanecer en silencio y esperar la intervención de Dios. Sin embargo, para encontrar la respuesta correcta debemos mirar en la Palabra de Dios. Para nuestra protección, las Escrituras ofrecen instrucciones específicas sobre cómo hacer frente a los falsos maestros, quienes son las mentes detrás de la confusión y el conflicto. El tratar con los falsos maestros del evangelio es muy diferente de la forma en que se debe tratar con los desacuerdos legítimos entre hermanos en la fe. Consideremos las directrices específicas del Nuevo Testamento sobre este tema.

Con el fin de comprender mejor la naturaleza insidiosa de los falsos maestros y para ilustrar el proceso de la aplicación fiel y práctica de la enseñanza del Nuevo Testamento al problema, usaremos un ejemplo ficticio de Hans, un misionero alemán en la India. Hans era un hombre amable y generoso, que tenía una capacidad especial para aprender idiomas y adaptarse a otras culturas. La gente lo amaba y los nuevos creyentes en la India siguieron su ejemplo de evangelización con entusiasmo, lo que llevó a la formación de muchas iglesias nuevas.

1 2 Cor. 11:3, 13-15; Ef. 6:11-12; 1 Ti. 4:1-2.

2 Ro. 16:17; también Jud. 19; 1 Ti. 6:4; Tit 1:11; 3:9.

Después de años de trabajo arduo, Hans regresó a Alemania para un tiempo de descanso y para recibir atención médica. Mientras estaba fuera, misioneros de otras partes de la India visitaron las nuevas iglesias. Algunos de ellos eran oradores convincentes, aun más que Hans, pero estos maestros proclamaban un falso evangelio. A pesar de que Hans había advertido severamente a las iglesias en muchas ocasiones acerca de la amenaza de los falsos maestros, los creyentes no tomaron sus advertencias en serio. No se dieron cuenta de que los maestros que los visitaban habían llegado a causar estragos en las iglesias recién formadas.

1. ADVIERTE A TODOS LOS CREYENTES SOBRE LOS FALSOS MAESTROS

Durante su ministerio terrenal, Jesús, el Buen Pastor, advirtió repetidamente a sus seguidores acerca de las enseñanzas dañinas y los métodos sutiles de los falsos maestros.³ “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mt. 7:15). Los escritores del Nuevo Testamento continuaron este tema, ofreciendo advertencias constantes sobre los falsos maestros y sus doctrinas destructivas.

A sus adeptos queridos en la ciudad de Filipos, Pablo declaró: “Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo” (Flp. 3:18). Pedro también advirtió que: “habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, . . . y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas” (2 Pd. 2:1, 3). Juan advirtió a sus lectores de que no fueran crédulos: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Jn. 4:1). El mensaje es claro: Los creyentes necesitan continuas advertencias para protegerse contra los sutiles engaños de los falsos maestros.

Tal vez la advertencia más inquietante sobre los falsos maestros se encuentra en el discurso de despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso:

3 Mt. 7:15; 16:6, 11-12; 24:5, 11, 23-24; Mc. 8:15; 13:22; Lc. 6:26; 12:1.

Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno (Hch. 20:29-31).

Los falsos maestros no son caricaturas de pequeños diablos rojos con cuernos en la cabeza. Son personas reales. Algunas aparecen como destacados profesores de universidades prestigiosas, como autores de libros académicos, o como oradores populares con ideas revolucionarias. Otros aparecen como pastores de iglesias influyentes. Muy a menudo, los falsos maestros son encantadores, inteligentes y simpáticos. Aparentan ser “apóstoles de Cristo” o “ángeles de luz” (2 Co. 11:13-14), pero sus enseñanzas dejan en claro que no lo son. Producen caos y conflicto entre el pueblo de Dios. Engañan a millones de personas al redefinir sutilmente la fe cristiana de una manera que niega las verdades esenciales y fundamentales del Evangelio. Con estos maestros no se debe transigir, ni se debe hacer con ellos la más mínima concesión.

Es más fácil de lo que parece ser engañado por los falsos maestros. Son tan expertos en mezclar la verdad preciosa y el error más atroz,

Probad los espíritus
si son de Dios.
1 Juan 4:1



que es difícil reconocerlos, incluso para los muy estudiosos. Esta es la razón por la que la Biblia repetidamente los llama engañadores, mentirosos y gente de mente corrupta. También, es la razón por la que Pablo, Pedro y Juan usaron el lenguaje más severo y las acusaciones más fuertes para

describir a los falsos maestros del evangelio. Al igual que el Buen Pastor, debemos advertir continuamente a la gente que los falsos maestros están “vestidos de ovejas pero por dentro son lobos rapaces”.

2. EVITA A LOS FALSOS MAESTROS

Cada creyente debe estar alerta para reconocer a los falsos maestros y evitarlos. Hans había seguido fielmente el ejemplo de Pablo, quien

advirtió a los cristianos de Roma que se cuidaran de los falsos maestros y los evitaran:

Mas os ruego, hermanos, **que os fijéis en los que causan divisiones** y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y **que os apartéis de ellos**. Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos (Ro. 16:17-18; negritas agregadas).

En palabras del comentarista bíblico, Robert Haldane: “Ninguna otra orden debe acatarse con más cuidado que ésta: [evitar a los falsos maestros]”.⁴ En términos prácticos, ésto significa que no debemos participar de sus estudios bíblicos o tener amistad o compañerismo con ellos en sus casas. Tampoco debemos darles la bienvenida en nuestros hogares ni brindarles hospitalidad (2 Jn. 10-11). No se les debe dar participación en la iglesia, porque una vez que se involucran, son tan difíciles de quitar como la mala hierba con raíces profundas. Siempre que sea posible, debemos impedir el conflicto con los falsos maestros evitándolos.

En el caso que no podamos evitar el contacto con los falsos maestros, debemos al menos evitar sus debates sin sentido. Los falsos maestros que enfrentó Timoteo eran argumentativos y se habían dejado envolver en la especulación inútil. Así que Pablo instruyó a Timoteo: “desecha las cuestiones necias e insensatas” (2 Ti. 2:23). Pablo quería que él evitara ser arrastrado por debates que alimentan los conflictos y las controversias.⁵ No quería que los debates les otorgaran a las falsas doctrinas e ideas una credibilidad inmerecida.

Por el lado positivo, en lugar de discutir con los falsos maestros, Pablo instruyó a Timoteo, su compañero de trabajo, que con paciencia y constancia predicara “la palabra” (2 Ti. 4:1-2) y se dedicara a “la lectura,

Pablo, Pedro y Juan usaron el lenguaje más severo y las acusaciones más fuertes para describir a los falsos maestros del evangelio.



⁴ Robert Haldane, *Exposición de la Epístola a los Romanos* (Edimburgo: Oliphant, 1874), 642.

⁵ Véase también 1 Ti. 4:7; 6:20; 2 Ti. 2:16; Tit. 3:9.

la exhortación y la enseñanza” (1 Ti. 4:13).⁶ De esta manera, le dijo, “te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren” (1 Ti. 4:16).

Aunque Hans había advertido a los creyentes acerca de la amenaza de los falsos maestros y, específicamente, sobre una herejía popular en la India que se llamaba el movimiento de Melquisedec, ellos no prestaron atención a su advertencia. Por eso, cuando los misioneros itinerantes llegaron, la gente actuó de manera necia e ingenua. Al parecer, inconscientes de los peligros, no se apartaron de esos agentes de Satanás. En vez de probar “los espíritus” para saber si eran “de Dios”, tenían curiosidad por escuchar lo que tenían que decir y les invitaron a enseñarles. Ese fue un gran error.

3. CONFRONTA Y DETÉN A LOS FALSOS MAESTROS

Los nuevos misioneros que llegaron a las iglesias que Hans había establecido parecían ser maestros muy conocedores de la Escritura, pero en realidad eran parte de un movimiento que pretendía seguir el Apóstol Tomás, el primer misionero a la India. Utilizando las referencias en el libro de Hebreos,⁷ de Melquisedec, un sacerdote de Dios del Antiguo Testamento, enseñaban que Tomás estableció un orden especial de sacerdotes –sacerdotes de Melquisedec– para proteger de la corrupción las enseñanzas de Jesús.

Estos maestros afirmaban que Hans no entendía el mensaje completo del Evangelio. Enseñaban que para tener la salvación completa era necesaria la separación del mundo, el logro de un cierto grado de conocimiento superior y la práctica de buenas obras, según lo prescrito por el Sacerdocio de Melquisedec. Estos maestros misioneros estaban seguros de sí mismos y eran muy persuasivos. Se jactaban de sus conocimientos, su rico patrimonio y su fundador, el Apóstol Tomás. Criticaban el mensaje sencillo del Evangelio que predicaba Hans de la salvación solamente por la gracia, sólo a través de la fe depositada únicamente en Cristo. También, cuestionaban las credenciales de Hans y de las iglesias en Alemania, que le habían enviado.

Como resultado, muchas de las personas comenzaron a cuestionar la credibilidad y el mensaje de Hans. Las luchas pronto estallaron en

⁶ Véase también 1 Ti. 4:6, 11, 16; 6:2; Tit. 2:1, 7-8, 15.

⁷ Heb. 5:6; 6:20-7:25.

cada una de las iglesias. Algunos se pusieron del lado de los misioneros de Melquisedec, algunos resistieron, pero la mayoría estaba confundida en cuanto a quién tenía la razón. Pronto la gente se enfrentaba entre sí en acalorados debates. Las acusaciones volaban en toda dirección. Nadie estaba a salvo de los ataques. Al parecer, algunas iglesias se dividirían.

Cuando Hans se enteró que los misioneros habían infiltrado las iglesias, escribió una carta extensa a las iglesias, refutando las doctrinas distorsionadas de los misioneros. Siguió con cuidado el ejemplo del razonamiento y la metodología de Pablo al escribir sus cartas a los Gálatas y a los Corintios. Le dijo a sus lectores que estaba sorprendido por la rapidez con que habían abandonado el Evangelio por un evangelio diferente y habían permitido que falsos maestros les engañaran. Utilizando las propias palabras de Pablo, escribió:

Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis (2 Co. 11:3-4).

Hans les recordó a sus queridos amigos la importante exhortación de Judas a contender “ardientemente por la fe”. Los herejes se habían infiltrado en la iglesia, por lo que Judas exhortó a cada creyente, no sólo a los líderes de la iglesia, a identificar a los herejes y a luchar valientemente en pro de la preservación de la fe verdadera. Al comienzo de su carta, Judas escribió: “me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Jud. 3).

Hans también escribió otra carta dirigida a los líderes de las iglesias, en la cual compartió muchos pasajes bíblicos que describen cómo son los falsos maestros y cómo deben tratar con ellos los líderes de la iglesia. Cuando los líderes de las iglesias recibieron la carta, se sorprendieron ante toda la información que provee la Biblia acerca del carácter de los falsos maestros y cómo se debe tratar con ellos. La carta de Hans citó tres ejemplos significativos de la vida de Pablo, quien como un buen pastor, defendió al Evangelio y a sus iglesias contra el ataque de los lobos. Hans exhortó a los apacentadores de las iglesias a seguir estos ejemplos bíblicos para hacer frente a los misioneros itinerantes invasores.

a. Luchando contra lobos en la nueva iglesia en Antioquía

El primer ataque de parte de falsos maestros registrado en el libro de Hechos fue por maestros judíos cristianos de Jerusalén que llegaron a la iglesia de Antioquía, la cual llevaba poco tiempo establecida. Enseñaban que los creyentes gentiles debían ser circuncidados según la costumbre de Moisés para ser salvos. Pablo y Bernabé de inmediato confrontaron esta enseñanza errónea. Según Lucas, Pablo y Bernabé tuvieron “una discusión y contienda no pequeña con ellos” (Hch. 15:2). Estos maestros no podían ser ignorados. Debían ser confrontados y bloqueados de inmediato, antes que su falso evangelio pudiera arraigarse en la mente de las personas.

Poco después de debatir con estos maestros judaizantes en Antioquía, Pablo y Bernabé fueron a Jerusalén, donde la falsa enseñanza se había originado. Los doce Apóstoles, los ancianos de Jerusalén, y Pablo y Bernabé se reunieron para tratar el tema. Llegaron a la conclusión de que la salvación es “por la gracia del Señor Jesús” y “por la fe” en su muerte expiatoria en la cruz, y no por la observancia de la ley (Hch. 15:7-11). Debido a que Bernabé y Pablo tomaron una posición intransigente en contra de los falsos maestros, se obtuvo una gran victoria para el Evangelio y un grave conflicto doctrinal se resolvió pacíficamente (Hch. 15:4-29).

Tengamos en cuenta que si Pablo, y los otros Apóstoles, no se hubieran esforzado por defender el Evangelio contra estos primeros falsos maestros, no tendríamos Evangelio para predicar hoy. Una de las razones que tantos seminarios e iglesias han perdido el celo por “la palabra de verdad, el evangelio” es que sus líderes y funcionarios tienen miedo de enfrentar y detener a los falsos maestros dentro de sus organizaciones. Para asegurarnos de que el mensaje del Evangelio no se diluya en nuestras iglesias e instituciones, debemos hablar con valentía para defender “la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación” (Ef. 1:13).

b. Luchando contra lobos en las nuevas iglesias de Galacia

Los misioneros itinerantes judaizantes también se infiltraron en las nuevas iglesias de Galacia. Pablo escribió su carta apasionada a los gálatas con el fin de salvar a sus adeptos de las mandíbulas feroces de los lobos. En esta notable carta a las iglesias de Galacia, tenemos un ejemplo poderoso de cómo Pablo razonaba con sus conversos en base a la Escritura, para

corregir su forma errónea de pensar. En esta carta, Pablo también informó a sus lectores que cuando él estuvo en Jerusalén algunos falsos cristianos intentaron añadir los requisitos de la circuncisión y la observancia de la Ley al mensaje del Evangelio. Pablo hizo hincapié en su rechazo categórico a diluir el Evangelio:

Ni por un momento accedimos a someternos,
para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros
(Gá. 2:5, negritas añadidas).

Negarse a ceder siquiera por un momento a los falsos maestros y a su falso evangelio debe ser el compromiso de cada fiel pastor del rebaño de Dios. La “fe” (fidelidad) es un aspecto del fruto del Espíritu (Gá. 5:22).

c. Corrigiendo a amigos y a compañeros Apóstoles

Pablo demostró tremendo valor y fidelidad al Evangelio, incluso cuando se veía obligado a enfrentarse a sus compañeros Apóstoles y amigos cercanos. Cuando Pedro y Bernabé se apartaron de sus hermanos y hermanas gentiles, para complacer a ciertos maestros legalistas de Jerusalén, Pablo los acusó de tergiversar el Evangelio y de dividir la iglesia:

Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del Evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar? (Gá. 2:11-14).

A pesar de que las palabras de Pablo puedan parecer duras e intolerantes para nosotros, fueron motivadas por su amor por el Evangelio y por el pueblo de Dios. Al preocuparse a tal punto de confrontar incluso a sus amigos y compañeros de trabajo, Pablo estaba cumpliendo con la tarea dada por Dios de defender el Evangelio y preservar “la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3).

Hans exhortó a los líderes de las iglesias a actuar como lo hizo Pablo, e inmediatamente tomar medidas para impedir que los misioneros itinerantes enseñaran su falso evangelio. Les recordó que esto era exactamente lo que Pablo le encargó hacer a Timoteo y Tito. Cuando la iglesia en Éfeso estaba en las garras mortales de los falsos

“Ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros”.
Gálatas 2:5



maestros, Pablo ordenó a Timoteo que de inmediato mandase “a algunos que no enseñen diferente doctrina” y así salvar a la iglesia de la propagación de doctrinas nefastas y nada ortodoxas (1 Ti. 1:3). En la carta a Tito, Pablo ordenó a Tito y a los ancianos de la iglesia en la isla de Creta: “repréndelos duramente”, esto es, a los falsos maestros, pues a ellos se les debía “tapar la boca” (Tit. 1:11, 13). Permitir que estos falsos y perturbadores maestros continuaran enseñando en las iglesias sería un suicidio espiritual.

Hans incluyó en su carta a los ancianos de las iglesias una cita extensa del reformador del siglo XVI, Martín Lutero, para recordar a todos los pastores de las iglesias que es su deber no sólo alimentar a las ovejas sino también ahuyentar a los lobos que desean devorar a las ovejas:

Un predicador no sólo necesita alimentar a las ovejas con el fin de enseñarles cómo ser buenos cristianos, también debe prevenir que los lobos ataquen a las ovejas y las engañen por medio de la doctrina falsa y el error, ya que el diablo nunca está inactivo. Hoy en día hay muchas personas que están muy dispuestos a tolerar nuestra predicación del Evangelio, siempre y cuando no clamemos en contra de los lobos ni prediquemos en contra de los prelados.

Pero aunque predique la verdad, alimente bien a las ovejas, y les dé una buena enseñanza, esto no es suficiente a menos que las ovejas sean también vigiladas y protegidas de modo que los lobos no se les acerquen y se las lleven.⁸

8 Ewald M. Plass, ed., *Lo que Lutero Dice: Una Antología Práctica Para el Hogar del Cristiano Activo* (St. Louis, MO: Concordia Publishing House, 1959), 1053

4. EXPULSA A LOS FALSOS MAESTROS DE LA IGLESIA

Hans estaba desanimado cuando se enteró que las iglesias que había plantado estaban siendo destrozadas por estos maestros itinerantes. Desde su primera carta, los líderes de las iglesias habían hecho un esfuerzo para detener la enseñanza de los misioneros de Melquisedec pero los maestros misioneros no quisieron escuchar. Sólo querían discutir más. Además, muchos de los creyentes seguían peleándose entre sí y las iglesias estaban cada vez más divididas debido a las enseñanzas de los itinerantes. Así que, en su segunda carta a los líderes de las iglesias, Hans sabía que debía hacer hincapié en Tito 3:10-11 y decirles a los líderes de las iglesias que los misioneros itinerantes provocaban divisiones y necesitaban ser amonestados; si no respondían a la corrección bíblica, debían ser expulsados de la iglesia:

Al hombre que cause divisiones,⁹ después de una y otra amonestación deséchalo, sabiendo que el tal se ha pervertido, y peca y está condenado por su propio juicio (Tit. 3:10-11)

La palabra “amonestación” (o “advertencia”) incluye la idea de enseñanza correctiva. La amonestación tiene como propósito cambiar un comportamiento o una creencia equivocada con el objetivo de restaurar al ofensor.¹⁰ Una de las razones para realizar tanto una primera como una segunda amonestación es, como dice un maestro, “un intento pastoral de lograr la restauración, en vez de usar una medida disciplinaria, aunque hay lugar para esto si la palabra correctiva no da resultado”.¹¹ No obstante, si una persona divisoria persiste en pecar, el tercer y último paso es: “deséchalo” (evítalo).

El significado preciso de lo que Pablo ordenó como tercer paso es discutible, pero ya que la persona divisiva es rebelde, terca e indispuesta a someterse a la autoridad, es razonable pensar que la disciplina implica quitar a la persona de la comunión de la iglesia. La palabra griega

9 Un “hombre que cause divisiones”, (*hairetikos*), se refiere a una persona divisiva y sediciosa: “causa divisiones, **sedicioso, promueve la división**” (BDAG, 28).

10 “Amonestación” (*nouthesia*): “aconsejar con el fin de evitar o detener un comportamiento malsano, advertencia, instrucción. . . . Un suave reproche ante una forma inadecuada de comportamiento recurrente; llamada de atención, reprimenda, Tito 3:10” (BDAG, 679).

11 Johannes Behm, “*noutheteō, nouthesia*”, en TDNT, 4 (1968): 1022.

traducida como “deséchalo” significa más bien “despedir” o “expulsar”.¹² Las personas divisivas (sean o no falsos maestros) no quieren entrar en razón, porque lo que más les gusta es pelear y discutir. La única manera de detener su comportamiento pecaminoso y divisivo es expulsándolos de la comunidad de creyentes.

Pablo indica que la disciplina en contra de una persona divisiva debe llevarse a cabo porque “el tal se ha pervertido, y peca y está condenado por su propio juicio” (Tit. 3:11). Esta descripción del carácter de una persona divisiva subraya la gravedad de la situación y el peligro para la comunidad de los creyentes. Una persona que no escucha las advertencias o no recibe la instrucción correctiva seguirá dividiendo el rebaño si no se le detiene. En tal caso es necesaria una acción decisiva y severa debido a que la paz y la unidad no se restaurarán hasta que la persona divisiva se haya ido.

Para reforzar la necesidad de tomar medidas firmes y decisivas para proteger a las iglesias, Hans recordó a los líderes de las iglesias que Pablo entregó a Satanás a dos de los principales falsos maestros que estaban destruyendo la iglesia en Éfeso:

Naufragaron en cuanto a la fe algunos, de los cuales son Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar (1 Ti. 1:19-20; véase también 1 Co. 5:5.).

La pugna con esos falsos maestros representaba la feroz batalla espiritual entre Satanás y Cristo, la verdad y la mentira, el bien y el mal, la luz y las tinieblas. Realizando la acción más fuerte y más dura posible, él expulsó y entregó a los falsos maestros a Satanás, de quienes recibieron sus ideas (1 Ti. 4:1).

Notemos que aun en este caso, se procedió con misericordia.

Una persona que no escucha las advertencias o no recibe la instrucción correctiva seguirá dividiendo el rebaño si no se detiene.

Pablo disciplinó a estos hombres para que aprendieran a “no blasfemar”. “Es un pensamiento consolador”, escribe un comentarista, “que incluso estos malhechores no están más allá del alcance de la gracia divina. La terrible sentencia que recibieron, por el contrario, fue para

¹² “Deséchalo” (*paraitēomai*); “aquí la palabra probablemente tiene el sentido de: *despedir, expulsar, sacar*” (BDAG, 764).

enseñar por medio de la disciplina a los que se negaban a ser enseñados por la verdad”.¹³

5. CORRIGE CON AMABILIDAD Y FIRMEZA

Como un sabio estudioso de las personas, Hans temía que, a causa de su fracaso inicial en proteger a las iglesias, los líderes de las iglesias ahora reaccionarían con enojo y dureza ante el problema. Así que al final de su segunda carta a los líderes de las iglesias, les recordó que debían actuar en conformidad con los principios bíblicos de conducta, incluso al lidiar con sus opositores. Al abordar a los falsos maestros y a sus seguidores, el objetivo no es el de morder y comer, sino enseñar y corregir con la actitud correcta y de una forma distintivamente cristiana (2 Ti. 2:24-26).

Dado que lidiar con falsos maestros es terriblemente frustrante, hay una tentación natural de actuar con ira, impaciencia o sin preocupación por el alma del opositor. Pero un comportamiento duro, arrogante o grosero, no convence a nadie. Tales actitudes repelen a la gente y hace que endurezcan sus corazones contra Dios. Así que cuando debemos enfrentarnos a quienes están en el error, incluso si tenemos que expulsar a falsos maestros de la iglesia, debemos demostrar el carácter de nuestro Señor y reflejar el fruto del Espíritu, no las obras de la carne.

En sus instrucciones a Timoteo, Pablo describió lo que debe ser el comportamiento del siervo del Señor cuando confronta a los falsos maestros y sus seguidores:

El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen [falsos maestros], por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a la voluntad de él (2 Ti. 2:24-26).

Debemos recordar que en tales momentos no estamos en una batalla intelectual con gente que se nos opone, sino que estamos involucrados en una batalla contra las fuerzas espirituales que se oponen a Dios (Ef. 6:12-17). Así, la intención de nuestra corrección es que por

¹³ William Kelly, *Una Exposición de las Dos Epístolas a Timoteo*, 3ra ed. (Londres: Hammond, 1948), 27.

la misericordia de Dios, incluso los falsos maestros “se arrepientan”, conozcan “la verdad” y “escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a la voluntad de él”. Por lo tanto, no debemos adoptar los métodos y las maneras de los falsos maestros sino “intentar convencerles por medio de la sana doctrina y con una conducta piadosa”.¹⁴

Es realmente aterrador ver que algunos han sido engañados por el diablo y hechos sus esclavos. Sólo el Señor puede liberarlos; sin embargo, nosotros somos sus instrumentos de corrección. La corrección de los opositores con una actitud de mansedumbre, paciencia, bondad y con una sana enseñanza doctrinal, genera una mayor posibilidad de que sus corazones se ablanden y sean alcanzados para el Señor.

Un erudito resumió acertada y precisamente la enseñanza de las epístolas pastorales sobre cómo el siervo del Señor debe hacer frente a los falsos maestros:

Es significativo que las Epístolas Pastorales, las cuales más que cualquier otro escrito del Nuevo Testamento insisten en la disciplina en forma de amonestación, prohibición y, de ser necesario, la excomunión, también ponen gran énfasis en el hecho de que el verdadero siervo del Señor hará todo lo que pueda hacerse por medio del amor y la paciencia, con el fin de que Dios libere del lazo del diablo a los que se han desviado, y los conduzca al arrepentimiento (2 Ti. 2:24-26).¹⁵

Hans reconoció que algunos creyentes ya estaban en el “lazo del diablo” y “cautivos a voluntad de él”. Dirigiendo la mirada de los líderes de las iglesias a Judas 22-23, Hans les instó a mostrar misericordia y tratar de rescatar a quienes estaban atrapados por el diablo, a la vez que tenían cuidado para protegerse de la peligrosa astucia de los falsos maestros. Señaló que las palabras de Judas eran especialmente adecuadas para hacer frente a su situación particular:

A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne (Jud. 22-23).

14 Philip H. Towner, *Las Cartas a Timoteo y Tito*, NICNT (Grand Rapids: Eerdmans, 2006), 794.

15 Joachim Jeremías, “*kleis*”, en TDNT, 3 (1965): 752, nota 82.

Ya que Hans era un hombre compasivo y misericordioso, le dolía muchísimo ver cómo las personas eran cautivadas por las mentiras astutas de los falsos maestros. Deseaba hacer todo lo que estaba a su alcance para rescatar a las personas “del lazo del diablo”. Dado que muchos de sus conversos fueron confundidos y engañados por los falsos maestros, quería que los líderes de las iglesias mostraran misericordia hacia los que Judas llamó “algunos que dudan”, y hacia aquellos cuyas almas eternas pendían en la balanza.

La segunda carta de Hans a los líderes de las iglesias los impulsó a tomar una acción inmediata. Todos los líderes se reunieron para una jornada de oración, ayuno, estudio de las Escrituras y análisis de la carta de Hans. Se dieron cuenta de que habían fallado al no proteger a sus rebaños de los lobos, y públicamente confesaron esta falta en sus iglesias.

Los maestros y líderes más talentosos entre ellos confrontaron a los falsos maestros. No discutieron con ellos, pero les expresaron en términos inequívocos que debían dejar de enseñar sus doctrinas erróneas. Algunos de los misioneros de Melquisedec se fueron, pero otros se quedaron y se negaron a dejar sus enseñanzas y su proselitismo. Los líderes de las iglesias instruyeron a la gente a no tener nada que ver con los falsos maestros y los expulsaron públicamente de sus iglesias. Algunos miembros de las iglesias se fueron con los falsos maestros, pero la mayor parte se quedó.

Los creyentes tenían mucho trabajo por hacer para reparar el daño causado a las relaciones entre ellos a causa de las muchas palabras airadas y crueles acusaciones hechas unos contra otros. La mayoría de ellos había actuado en la carne, y no en el Espíritu. Para ayudar a restaurar la sana doctrina y reparar las relaciones dañadas, los líderes de las iglesias organizaron una conferencia intensiva, de cinco días, para enseñar los principios fundamentales del Evangelio y las actitudes y los comportamientos propios de una comunidad cristiana dirigida por el Espíritu. Invitaron a todos los creyentes de su estado en la India para asistir. Miles de personas acudieron y fueron fortalecidas en su fe. Líderes de iglesias se comprometieron públicamente a la enseñanza de la sana doctrina y a equiparse mejor para pastorear y proteger a sus rebaños.

La carta de Hans concluyó con dos porciones de la Escritura para desafiar y estimular a los líderes de las iglesias, mientras que él regresaba a la India:

Guarda el buen depósito [el Evangelio] por el Espíritu Santo que mora en nosotros (2 Ti. 1:14; también 1 Ti. 6:20).

Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia [el Evangelio], que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados (Hch. 20:32).

Al hombre que cause divisiones, después de una y otra amonestación deséchalo.

Tito 3:10

Principios claves para recordar

1. Si es posible, evita a los falsos maestros y el conflicto que ellos crean.
2. Si falsos maestros del evangelio están creando conflicto en tu iglesia, sé fiel y valiente. Confróntalos y deténlos.
3. Al tratar con falsos maestros y sus seguidores, corrige, reprende y enseña con un espíritu de mansedumbre, paciencia y misericordia.

Si os mordéis y os coméis unos a otros

Enfrenta la controversia

Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen.

2 Timoteo 2:24-25

Ciertas doctrinas constituyen la base de toda la estructura de la fe cristiana. Estas verdades doctrinales no se pueden negar sin provocar que toda la estructura se venga abajo. Como vimos en el capítulo nueve, los falsos maestros del evangelio crean graves controversias doctrinales porque socavan o niegan estas verdades fundamentales.

Sin embargo, también existe controversia doctrinal entre los creyentes comprometidos con la autoridad de la Biblia. La mayoría de estas controversias no afectan a verdades esenciales y fundamentales del Evangelio; tienen que ver, más bien, con lo que llamaremos doctrinas **importantes**, pero no **esenciales**. Los desacuerdos sobre tales doctrinas no indican rechazo del Evangelio o de la autoridad suprema de la Escritura, ni afectan a nuestra salvación eterna.

Algunas cuestiones doctrinales importantes que a menudo llevan a la controversia son: arminianismo y calvinismo; dispensacionalismo y teología del pacto; premilenialismo y amilenialismo; creación y evolución; el papel del hombre y la mujer en la iglesia; el bautismo del Espíritu Santo y los dones espirituales; las formas del bautismo; la estructura del liderazgo de la iglesia, y cuestiones relacionadas con la santificación. Para complicar aún más las cosas, mucha controversia existe dentro de cada una de estas posiciones doctrinales.

Debemos preguntarnos: **¿Cómo vamos a manejar serios desacuerdos doctrinales entre nuestros hermanos en la fe que igualmente aman la Palabra de Dios y todo lo que se encuentra allí?** Aun el abordar esta antigua cuestión es complicado y es causa de controversia. Las personas tienen diferentes temperamentos y manejan la controversia de manera diferente. Algunos tienen mal genio y no pueden hacer frente a las disputas doctrinales sin provocar acalorados debates destructivos. Algunos son rígidamente dogmáticos, mientras que otros son indiferentes a los desacuerdos doctrinales. A otros les encanta

la controversia. Algunos enfrentan los desacuerdos doctrinales con una mente objetiva y una actitud amable y comprensiva.

La conciencia de cada creyente también juega un papel en el tratamiento de las diferencias doctrinales. La conciencia de algunos creyentes es tan sensible en asuntos doctrinales que no pueden tolerar mucho desacuerdo en cuestiones de doctrina. Por ello, limitan su comunión a un pequeño círculo de personas con las que están de acuerdo. Otros creyentes pueden tolerar una gran diversidad doctrinal sin violar su conciencia. Son capaces de trabajar con otros, atravesando fronteras denominacionales y doctrinales.

El patrimonio religioso de una persona puede ser un factor significativo en la controversia doctrinal. Algunos creyentes tienen un rico patrimonio de iglesia que les encanta. Es posible que hayan sido entrenados desde la infancia en cierta tradición denominacional y que reaccionen con enojo ante la crítica de sus creencias. Otros creyentes no tienen ninguna relación con una determinada tradición teológica o denominación y consideran que la mayoría de las controversias denominacionales son triviales y carecen de importancia.

Debemos recordar que las cuestiones doctrinales a menudo son complejas y abarcan una multitud de temas (como ocurre en el debate sobre el arminianismo y el calvinismo). Para complicar más las cosas, algunos desacuerdos doctrinales, como los diferentes puntos de vista de los roles de hombres y mujeres en la iglesia y la familia, tienen una mayor carga emocional que otros. Así que no hay una respuesta sencilla al problema de los hijos de Dios peleándose entre sí sobre doctrinas importantes de la fe.

Sin duda, un libro entero se podría escribir sobre el tema de las diferencias doctrinales. Yo más bien limitaré mis comentarios a los comportamientos y las actitudes apropiados para el manejo bíblico de los conflictos y me centraré en ciertas verdades bíblicas sobre las cuales debemos ponernos de acuerdo para el manejo de controversias doctrinales. Para ilustrar el problema y establecer el tono para el resto del capítulo, vamos a considerar el conflicto doctrinal entre George Whitefield y John Wesley, dos de los más grandes evangelistas y hombres de Dios del siglo XVIII. Dios usó poderosamente tanto a Whitefield como a Wesley para producir un avivamiento espiritual en Inglaterra y sus colonias americanas. Los historiadores consideran que estos avivamientos espirituales, en particular El Gran Despertar en las colonias americanas,

están entre los avivamientos más importantes que se conocen en los últimos dos mil años de historia de la iglesia.

Los dos hombres comenzaron como amigos en Oxford. Trabajaron como evangelistas compañeros hasta que se hizo evidente que estaban en lados opuestos de la cuestión de la elección divina: George Whitefield era un firme defensor del calvinismo y John Wesley era un arminiano apasionado. Su desacuerdo sobre este importante tema produjo una cantidad de cartas frustrantes, fuertes discusiones y drama desde el púlpito entre los dos. Ambos publicaron y distribuyeron sermones y documentos que defendían su punto de vista. Cada uno consideraba que el otro tenía graves errores doctrinales, imposibles de conciliar con sus convicciones propias. Sus diferencias desataron un debate altamente emocional entre creyentes, y su amistad y fraternidad cristiana fueron fuertemente probadas.

Ambos hombres expresaron su repugnancia hacia la controversia que les había dividido y había entorpecido el avivamiento espiritual que ellos mismos habían fomentado. En una carta a Wesley, Whitefield confesó: “No puedo soportar la idea de oponerme a ti”.¹ En otra ocasión escribió: “Que todas las contiendas cesen, y cada uno de nosotros no hable cosa alguna sino de Jesucristo, y a éste crucificado”.²

A pesar de que lo intentaron, los dos hombres nunca resolvieron sus diferencias sobre la elección divina. Con el tiempo, pudieron reconciliar su relación. Ambos hombres demostraron públicamente su enorme respeto y amor sincero por el otro. Oraban regularmente por el otro, se escribían, e incluso trataron de unir su fracturado movimiento de renovación.

Al final de su vida, Whitefield pidió que Wesley predicara en su funeral, lo cual éste hizo. En el funeral de Whitefield, Wesley comentó: “¡Cuán poco hemos conocido de un temperamento tan amable, de un afecto tan grande y fluido . . . El amor brillaba en su semblante y continuamente se respiraba en todas sus palabras”.³ Reflejando el mismo sentimiento de respeto, Whitefield había escrito previamente a Wesley: “El respeto que siempre he tenido por ti sigue siendo grande, si no mayor que antes; y confío en que daremos a esta edad presente, así como a las

1 John Pollock, *John Wesley* (Wheaton, IL: Victor, 1989), 141.

2 *Ibid.*, 150.

3 Arnold Dallimore, *George Whitefield: La vida y los Tiempos del Gran Evangelista del Avivamiento del siglo 18* (Carlisle, PA: Banner of Truth, 1980), 2:511.

futuras, un ejemplo del verdadero amor cristiano que perdura, a pesar de las diferencias de criterio”⁴

Whitefield y Wesley sirven como ejemplos relevantes para nosotros hoy. En cuanto a las tensiones teológicas entre estas dos leyendas de la historia de la Iglesia y nuestros propios temas de debate de hoy, Iain Murray da un sabio consejo bíblico:

Las diferencias doctrinales entre los creyentes no deben dar lugar a un antagonismo personal. El error debe ser confrontado, aun cuando sea de otros miembros del cuerpo de Cristo, pero si esa oposición no puede coexistir con un verdadero amor por todos los santos y el deseo de su prosperidad espiritual, entonces no glorifica a Dios ni promueve la edificación de la Iglesia.⁵

Una lección importante que debemos aprender de Whitefield y Wesley es que los cristianos piadosos pueden ser usados poderosamente por el Espíritu Santo, aun teniendo teologías muy diferentes sobre importantes temas doctrinales. Además, en medio de nuestras diferencias doctrinales, por más numerosas y fuertes que sean, debemos reflejar principios piadosos en conducta y actitud. Las siguientes verdades bíblicas sirven como guías para ayudarnos a mantener la controversia en una perspectiva correcta cuando nos enfrentamos a dolorosos desacuerdos doctrinales con nuestros queridos hermanos y hermanas en Cristo.

1. SOMOS RESPONSABLES ANTE LA AUTORIDAD BÍBLICA

Dado que, para los cristianos protestantes, ninguna persona, denominación o iglesia local puede hablar por todos los creyentes o por todas las iglesias, cada uno de nosotros es responsable de buscar la verdad de Dios en su revelación escrita, las Sagradas Escrituras. Las Escrituras son nuestra autoridad suprema; ellas juzgan a nuestros maestros, nuestras tradiciones y nuestras iglesias. Nuestra conciencia debe estar ligada a la Palabra de Dios.

4 Iain H. Murray, *Wesley y Hombres que Siguieron* (Carlisle, PA: Banner of Truth, 2003), 71.

5 Iain Murray, “Nota Preliminar” en *Las Notas de George Whitefield* (Carlisle, PA: Banner of Truth, 1960), 568.

Todos los maestros bíblicos, sin importar su devoción y erudición, son intérpretes falibles de la Palabra de Dios. Los más grandes maestros cristianos de los últimos dos mil años han sido culpables de mezclar la verdad con el error; en algunos casos, graves errores. No pongamos a un maestro, no importa cuán grande o muy amado sea, sobre el pedestal de la perfección. Al contrario, seamos como los primeros cristianos de Berea que oyeron a Pablo predicar el Evangelio y **“recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”** (Hch. 17:11, negritas añadidas). Los de Berea recibieron la enseñanza de la misma boca de Pablo, el Apóstol, sin embargo, aun así ponían a prueba todo lo que oían por la autoridad de las Escrituras.

Dios desea que todos sus hijos le conozcan por medio de su Palabra y que fielmente obedezcan su Palabra. Al enfrentar una controversia doctrinal, no debemos ser observadores pasivos. Debemos buscar en oración la ayuda del Espíritu Santo para comprender la Palabra de Dios (1 Jn. 2:20-21, 27); debemos trabajar diligentemente para interpretar correctamente la Palabra de Dios (2 Ti. 2:15); debemos consultar con otros creyentes, del pasado y del presente, que conocen y enseñan la Palabra de Dios (Ef. 3:18). No debemos suspender la capacidad que Dios nos ha dado para hacer juicios críticos, razonar en base a la Escritura, discernir la verdad de la mentira o abrazar las verdades que Dios nos da bondadosamente para que las conozcamos y disfrutemos. Como dice la misma Escritura: “Probad los espíritus si son de Dios” (1 Jn. 4:1).⁶

Las controversias sobre doctrinas bíblicas no deben impedirnos el gozo de buscar, estudiar y meditar en la Palabra de Dios. Con la Palabra de Dios como nuestra autoridad, podemos refutar las enseñanzas erróneas, cambiar las tradiciones no-bíblicas, animar a los demás a tener criterios sanos y resolver las diferencias (2 Ti. 3:16-17). Cuando estamos inmersos en una controversia doctrinal con otros creyentes, debemos reconocer que la mayor parte de las Escrituras es claramente comprensible, y que los hijos de Dios pueden saber lo que es necesario para vivir una vida ética y santa que agrade a su Señor. **No nos olvidemos que la Escritura revela claramente cómo debemos de hablar con los demás y comportarnos hacia ellos:** No debemos mordernos y comernos unos a otros.

⁶ Véase también 1 Ts. 5:21; 1 Co. 12:10; 14:29; Apc. 2:2.

2. HAY UN SOLO EVANGELIO

A pesar de nuestras muchas diferencias, todos los creyentes están de acuerdo en las verdades esenciales y fundamentales que salvan nuestras almas y nos otorgan una nueva vida. Cristo, el Cordero sin pecado de Dios, murió en la cruz por nuestros pecados y fue resucitado de entre los muertos (1 Co. 15:3-4). Sólo por la gracia de Dios, y no por nuestros esfuerzos humanos, somos justificados y reconciliados con Dios por la fe (Ro. 3:21- 4:25). Jesús es el Señor, y esperamos su retorno glorioso, cuando pondrá fin a todas nuestras controversias y tristes divisiones y aclarará perfectamente toda la verdad bíblica. Hasta ese día, vamos a tener que vivir y luchar con controversias y divisiones doctrinales desgarradoras.

Si entendiéramos todo lo que el Evangelio implica, nos daríamos cuenta de cuánta verdad todos los creyentes tienen en común sobre las grandes preguntas y problemas fundamentales de la vida ¿Quién es Dios? ¿Cómo empezó el universo? ¿Cuál es el origen del sufrimiento y del mal? ¿Cuál es nuestra autoridad para conocer la verdad? ¿Cuáles son los principales elementos éticos y morales para vivir una vida santa? ¿Cómo sabemos que nuestros pecados han sido perdonados? ¿Dónde pasaremos la eternidad? Pocas personas seculares podrían ponerse de acuerdo sobre estas cuestiones fundamentales de la vida.

Así que en medio de los debates doctrinales, muchos de los cuales son dignos de nuestros mejores esfuerzos y tiempo, no perdamos el enfoque sobre nuestro llamamiento de parte de Dios de compartir el Evangelio con un mundo perdido. Hasta que Cristo regrese, ocupémonos principalmente en la importancia crucial del Evangelio que nos salva y guarda. Debemos, en las palabras finales de nuestro Señor en el evangelio según Mateo, ir y hacer:

“El mejor remedio para las divisiones entre los cristianos es tener como primera prioridad la vivencia y la enseñanza del Evangelio”.
-Iain Murray



discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado (Mt. 28:19-20).

En armonía con la enseñanza de nuestro Señor, Iain Murray ayuda a poner nuestras diferencias en una perspectiva equilibrada:

Al mismo tiempo, es esencial reconocer . . . que no debemos permitir nunca que las diferencias de pensamiento entre los cristianos trasciendan la verdad que nos hace uno en Cristo. Dios desea usar nuestra comprensión defectuosa y nuestros errores para hacernos más humildes y diligentes en la búsqueda de la verdad. El diablo desea usar las mismas debilidades para alejar a los creyentes entre sí y para acabar con el amor y la bondad de los cristianos. . . . Desea que cuestiones no fundamentales para la salvación se vuelvan tan importantes que desaparezca la unidad entre todos los cristianos y las disputas amenacen con destruir “la obra de Dios” (Rom. 14:20). Satanás usó esta táctica muy efectivamente en el momento de la Reforma y, de nuevo, en el período puritano, ya que no son los laodicenses [Apc. 3:14-22], sino aquellos con el mayor apego a las Escrituras, los que son más propensos a caer en esta tentación. De los estragos causados por el dogmatismo que generan las controversias sobre cuestiones secundarias, el diablo tienta a muchos cristianos, que al observarlo, dejan de contender por la fe por completo.

El mejor remedio, entonces, para las divisiones entre los cristianos es tener como prioridad la vivencia y la enseñanza del Evangelio. . . . Cuando Cristo tiene el primer lugar, y cuando hacer discípulos de todas las naciones es nuestra prioridad principal, entonces la división es mucho más probable que ocurra donde debe ocurrir, entre los creyentes y el mundo.⁷

Es instructivo observar que, aunque George Whitefield y John Wesley no estaban de acuerdo en algunas cuestiones teológicas muy importantes, cada uno continuó predicando el Evangelio del Cristo crucificado y, como resultado, muchos miles de personas se convirtieron a Cristo. A pesar de sus intensas luchas entre sí por la doctrina, ninguno de los dos perdió el énfasis en la predicación del Evangelio a los perdidos. Como resultado, el Espíritu Santo obró con eficacia a través de la predicación de la Palabra.

⁷ Iain H. Murray, *El Mundo Evangélico Dividido: Un Registro De Cambios Cruciales en los Años 1950-2000* (Carlisle, PA: Banner of Truth, 2000), 309-310.

3. SOMOS UN SOLO CUERPO

El Nuevo Testamento presenta una Iglesia conformada por un cuerpo, una hermandad mundial, un bautismo, una comunión y una fe:

Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos (Ef. 4:4-6).

Pablo usó la palabra “un” o “una” siete veces en este pasaje para hacer hincapié en la unidad de todo el pueblo de Dios. **Siempre debemos tener presente esa verdad profunda, la de “un cuerpo, y un Espíritu”; esa realidad debe guiar nuestros procedimientos en la iglesia, controversias doctrinales y relaciones con todos los demás creyentes que han nacido de nuevo.** La verdad de “un cuerpo, y un Espíritu” debe ayudar a alertar y protegernos de nuestra propensión innata hacia el pensamiento pecaminoso, sectario y orgulloso.

Todos los creyentes comparten la misma **vida** divina dada por el Espíritu, a pesar de que no compartimos la misma **comprensión**, o **luz**, acerca de todas las doctrinas bíblicas. A pesar de nuestras muchas diferencias, **somos el cuerpo único de Cristo, miembros los unos de los otros.** Somos una sola familia: hijos e hijas del mismo Padre celestial, y hermanos y hermanas del mismo hermano mayor, Jesucristo. Todos oramos al mismo Dios y Padre y podemos adorar juntos a Cristo. Por lo tanto, no debemos vernos como enemigos, sino como miembros amados de la misma familia. Percibir la tragedia de nuestras muchas divisiones e interminables controversias en su verdadera dimensión debería humillarnos profundamente y afligirnos.

No debemos olvidar que hay una gran diferencia entre estar en desacuerdo con los falsos maestros del evangelio (que no son verdaderos creyentes) y tener desacuerdos teológicos con los verdaderos creyentes de la familia de Dios. No tenemos ninguna armonía o unidad con los que no poseen la vida de Dios y no aceptan el Evangelio de la Escritura. Como Pablo les dijo a los corintios: “¿Qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial?” (2 Co. 6:14-15). Sin embargo, **somos uno** con nuestros hermanos y nuestras hermanas en Cristo, y haríamos bien en imitar la pasión del teólogo puritano John Owen por la unidad del pueblo de Dios:

Confieso que preferiría mejor, mucho mejor, pasar todo mi tiempo y mis días resolviendo y sanando las diferencias y divisiones entre cristianos, que una hora justificando nuestras divisiones. . . . Pero, ¿quién es suficiente para esto? Eliminar las diferencias entre los cristianos es como abrir el libro de Apocalipsis: no hay nadie capaz o digno de hacerlo, en el cielo ni en la tierra, sino el Cordero. Cuando Él disponga la grandeza de su poder para ello, se realizará; no ocurrirá antes. Mientras tanto, es nuestro deber buscar la reconciliación entre todos los protestantes. . . . Cuando los hombres se hayan esforzado tanto en la mejora del principio de la paciencia como lo han hecho para convencer a otros hombres de sus opiniones, la religión tendrá otra apariencia en el mundo.⁸

La Escritura prohíbe las “divisiones” dentro del cuerpo único de Cristo. Por eso siempre debemos ser “solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3). **Debemos esforzarnos por expresar nuestra unidad con todos los verdaderos creyentes de todas las formas prácticas como sea posible.** Al mismo tiempo, debemos afirmar las verdades de la Escritura y proteger nuestras iglesias del error. Guardar la unidad del Espíritu, al tiempo que guardamos las verdades de la Escritura, es un delicado acto de equilibrio. Las metáforas empleadas por J.C. Ryle nos invitan a la reflexión acerca de cómo encontrar el equilibrio adecuado: “Mantengan los muros de separación lo más bajo posible, y dense la mano por encima de ellos tan a menudo como puedan”.⁹

“Mantengan los muros de separación lo más bajo posible, y dense la mano por encima de ellos tan a menudo como puedan”.
-J. C. Ryle



George Whitefield decidió mantener sus doctrinas calvinistas intactas (al igual que Wesley con sus doctrinas), sin embargo, trabajó incansablemente por la armonía entre todos los verdaderos creyentes. Le dolió ver a muchos de sus seguidores comportarse con amarga hostilidad hacia los que no estaban de acuerdo con él. En una carta que explicaba cómo podía ser amable con alguien que difería con él en lo doctrinal y

8 Citado por D. Martyn Lloyd-Jones en *Los Puritanos: Sus Orígenes y Sucesores* (Carlisle, PA: Banner of Truth, 1987), 75-76.

9 J.C. Ryle, *Charlas y Discursos* (1903; reimpresión, Edimburgo: Banner of Truth, 1978), 297.

aun lo había menospreciado, Whitefield expresó sus convicciones acerca de mantener amable armonía con todos los que aman al Señor y al mismo tiempo, afirmar su propia integridad doctrinal:

Mi corazón no me reprende por mi bondad y amistad con los que difieren de mí. Creo que he sido guiado por la Palabra y por el Espíritu de Dios en esta parte de mi conducta. . . . No puedo renunciar a estas preciosas verdades [la elección divina] conociendo el poder de ellas, y que no me las ha enseñado hombre alguno, sino Dios. Al mismo tiempo, amo a todos aquellos a quienes Jesús ama, aunque difieran de mí en algunos puntos.¹⁰

4. DEBEMOS MOSTRAR ACTITUDES CRISTIANAS

A menudo se afirma con desaprobación que la doctrina divide. El hecho es que la doctrina sí divide. Este no es sólo un problema cristiano. Cualquier idea importante en el campo de la teología, filosofía o política presentada al público a menudo divide a la gente en campos opuestos. Esta es una realidad de la vida que no podemos evitar.

Por supuesto, la doctrina también une. Los cristianos están unidos en su creencia en la encarnación de Cristo, su vida sin pecado en la tierra, sus obras milagrosas, su muerte, sepultura, resurrección, la proclamación del Evangelio, su segunda venida, y nuestra morada eterna con Él en el nuevo cielo y la nueva tierra. Estas doctrinas nos unen, pero el hecho es que otras doctrinas nos dividen. A menudo, las doctrinas que nos dividen en facciones hostiles y antagonistas no tienen que ver con cosas triviales, sino que se relacionan con verdades esenciales que Dios ha revelado a su pueblo.

No podemos eliminar la controversia sobre las doctrinas bíblicas importantes, pero podemos, con la ayuda del Espíritu, controlar la forma en que disputamos entre nosotros. Podemos determinar que nuestras actitudes y nuestros comportamientos reflejen “la sabiduría que es de lo alto”, que es “primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía” (Stg 3:17).¹¹

¹⁰ Dallimore, *George Whitefield*, 2:76.

¹¹ Véase también Ef. 4:1-3, 32; Col. 3:12-14; Flp. 2:5; 1 Pd. 3:8.

a. No actuemos en la carne

Sin importar qué apasionados sean nuestros desacuerdos, los creyentes llenos del Espíritu siempre deben reflejar el fruto del Espíritu, y no las obras pecaminosas de la carne. La controversia doctrinal muy a menudo saca a la luz lo peor de la gente. Agita las peores maldades de la carne. Por eso la Escritura nos advierte: “No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Ro. 12:21).

En medio de la controversia doctrinal, debemos controlar nuestra ira para no distorsionar nuestra capacidad de razonamiento o corromper nuestras actitudes, y así juzgar a los demás sin piedad. Debemos refrenar nuestra lengua para no lanzar retórica incendiaria y declaraciones falsas que no hacen más que calumniar a quienes difieren de nosotros.

Estar en desacuerdo con un hermano por un asunto doctrinal, es una cosa, pero arrojar acusaciones viles y airadas, distorsionar las creencias de otra persona, satanizar a un creyente consagrado y actuar agresivamente o infantilmente, es otro asunto.

i. Orgullo

La manifestación terrible de orgullo religioso que acompaña a muchas controversias doctrinales debería preocuparnos enormemente. Muchas veces he visto a creyentes menospreciar a quienes no están de acuerdo con ellos y luego andar, con la nariz hacia arriba, presumiendo de la grandeza de su conocimiento y la rectitud de su doctrina. Este comportamiento da evidencia del funcionamiento de la carne, no de la obra del Espíritu de Dios en sus vidas (Gá. 5:26). El orgullo religioso y farisaico, es una actitud totalmente inaceptable para un seguidor de Cristo. Si tan sólo estuviéramos tan preocupados por nuestro propio orgullo pecaminoso como lo estamos de los errores de los demás, seríamos mejores cristianos y trataríamos los desacuerdos más amablemente.

La Escritura claramente advierte que el conocimiento doctrinal sin amor y humildad sólo infla el ego y no es de beneficio duradero para la edificación del pueblo de Dios.¹² Debemos advertir a la gente continuamente acerca de los pecados sutiles y los engaños del orgullo religioso.

12 1 Co. 8:1-3; 13:1-3.

ii. Riñas

Aunque se nos ordena “contend[er] ardientemente por la fe”, no debemos ser personas contenciosas (Judas 3). Pablo hizo una distinción entre la acción de contender por la fe, que todos debemos hacer, y poseer una actitud contenciosa. En su carta a los romanos, Pablo identificó la contienda como una de las obras de la carne y la puso a la par de pecados como “borracheras” y “lujurias” (Ro. 13:13). También, Pablo reprendió a los corintios por ser pendencieros y contenciosos,¹³ y mandó a los filipenses a hacer “todo” sin quejarse ni discutir (Flp. 2:14). Contrastó a los falsos maestros, que tienen un ansia enfermiza por la controversia y por las disputas acerca de palabras, con “el siervo del Señor” que “no debe ser contencioso” (2 Ti. 2:24).

Algunos creyentes son tan polémicos y combativos que ¡creo que aun discutirían con Jesucristo si estuviera aquí! Tales personas causan una agitación continua en una iglesia. Gente pendenciera y discutidora no edifica la iglesia ni genera paz. No son pacificadores, sino problemáticos. Por estas razones, un “pendenciero” es una persona que no cumple con los requisitos bíblicos para ser un anciano pastor (1Ti. 3:3).

iii. Facciones

Frustrado con las “divisiones” dentro de la iglesia de Corinto (1 Co. 11:18), Pablo hizo una declaración que invita a la reflexión: “Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifiestos entre vosotros los que son aprobados” (1 Co. 11:19). Las divisiones y disensiones (sectarismos o partidismos) son obras pecaminosas de la carne (Gálatas 5:20); las Escrituras ordenan: “que no haya entre vosotros divisiones” (1 Co. 1:10). Sin embargo, hay un sentido en el que deben haber “disensiones” a fin de revelar el verdadero carácter de la gente de la iglesia. Dios usa la lucha y las divisiones para su propio propósito de probar y examinar una congregación para revelar quiénes son los siervos fieles, verdaderos y aprobados por el Señor. Las facciones separan el oro de la escoria. Nuestro comportamiento expone nuestro carácter interno y nuestra realidad espiritual.

¹³ 1 Co. 1:11; 11:16.

b. Actuemos en el Espíritu

Aunque 2 Timoteo 2:24-26 da instrucciones en cuanto al trato de los falsos maestros y sus seguidores, también proporciona una guía para tener actitudes correctas hacia nuestros hermanos en la fe con los que no estamos de acuerdo:

Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él (2 Ti. 2:24-26).

Si Pablo nos enseña a ser amables, pacientes y cordiales al tratar con los falsos maestros y sus seguidores, ¡cuánto más debemos ser amables, pacientes y cordiales con nuestros hermanos y nuestras hermanas en Cristo, con quienes no estamos de acuerdo sobre asuntos doctrinales! Si tan sólo pasáramos tanto tiempo estudiando y obedeciendo lo que la Escritura enseña acerca de la dirección del Espíritu en nuestras palabras, conducta y actitudes como el que pasamos estudiando las doctrinas por las que luchamos, nuestras iglesias experimentarían muchas menos divisiones y discusiones teológicas más provechosas. Debemos defender la doctrina ortodoxa con un comportamiento y un lenguaje igualmente ortodoxo. Alexander Ross comentó:

Debemos recordar que la verdad del cristianismo no puede ser proclamada, o defendida dignamente, salvo con un espíritu cristiano, algo que los polemistas apasionados no siempre han recordado. Algunos cristianos fervientes pueden perder sus propias metas por recurrir a métodos dudosos; la teología más sana no tendrá el más mínimo atractivo para las mentes de los de afuera, si es propuesta por partidarios egoístas, o por hombres sin escrúpulos al tratar con cuestiones polémicas.¹⁴

¹⁴ Alexander Ross, *Las Epístolas de Santiago y Juan*, NICNT (Grand Rapids: Eerdmans, 1954), 68.

c. No seamos ingenuos

Algunas de nuestras diferencias doctrinales son comprensibles y respetables, pero otras no son aceptables. Durante los últimos cuarenta años, entre los cristianos comprometidos con la autoridad de la Biblia, ha habido una proliferación de doctrinas aberrantes: desde prometer un rendimiento cuatro veces mayor para “siembras” de dinero (donativos) hasta distorsionar las Escrituras para legitimar el matrimonio homosexual.

No podemos ser ingenuamente tolerantes con estas enseñanzas erróneas. La atención pastoral del pueblo de Dios exige que las falsas enseñanzas se expongan y se mantengan fuera de la iglesia local. Los cristianos pueden ser terriblemente engañados en lo que respecta a sus creencias. La protección del rebaño de cualquier peligro es una función dada por Dios a los apacentadores. Un verdadero pastor expondrá el engaño y arrojará la luz de la verdad sobre el error. El fuerte pero tierno trato de Pablo con los corintios es un excelente ejemplo de cómo un buen pastor pacientemente advierte, reprende e instruye a los integrantes de su descarriado rebaño que están engañados acerca de sus creencias. Su profundo amor por los corintios lo llevó a hablar en contra de sus creencias y comportamientos errados. A veces, nosotros también tendremos que clamar, como lo hizo Pablo: “No erréis; las malas conversaciones [o compañías] corrompen las buenas costumbres. Velad debidamente” (1 Co. 15:33-34).

Nuestras diferencias con respecto a algunas creencias doctrinales con algunos creyentes pueden ser tan importantes que nos impidan ministrar juntos. Sin embargo, como hermanos y hermanas en el Señor, aún podemos orar juntos y disfrutar de la compañía mutua en un nivel personal. En tales momentos, ponemos a un lado nuestras diferencias y nos concentramos en nuestra comunión cristiana conjunta y en nuestras creencias en común en Cristo. Como Whitefield le dijo a Wesley: “Que todas las contiendas cesen, y cada uno de nosotros no hable cosa alguna sino de Jesucristo, y éste crucificado”.¹⁵

15 Pollock, *John Wesley*, 150.

5. ANTE TODO, DEBEMOS AMAR A DIOS Y A NUESTRO PRÓJIMO

Los dos mandamientos más importantes de la Biblia son amar a Dios y amar a nuestro prójimo:

Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas (Mt. 22:37-40).

Aun teniendo una teología sistemática “perfecta”, si no amamos al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón y no amamos a nuestro prójimo con el que no estamos de acuerdo, nuestra doctrina y práctica serán sumamente defectuosas.

Existe un debate acerca de si seremos o no interrogados en el tribunal de Cristo de por qué éramos premilenialistas o amilenialistas. Pero no hay duda de que seremos juzgados en cuanto a nuestro amor por Dios y nuestro prójimo. En palabras del mismo Señor: “De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (Mt. 22:40). “No hay otro mandamiento mayor que éstos” (Mc. 12:31).

Debemos defender la doctrina ortodoxa con un comportamiento y un lenguaje igualmente ortodoxo.



Ninguno de nosotros tiene una doctrina perfecta, pero cada uno de nosotros puede amar a Dios y al prójimo a pesar de nuestras deficiencias doctrinales. Aquellos con los que no estamos de acuerdo son a menudo cristianos queridos que aman a Dios, evangelizan, adoran a Cristo y son apasionados por las misiones

globales y los ministerios de misericordia. **Debemos ser capaces de reconocer su amor hacia Cristo y su servicio amoroso y sacrificado a favor de los demás.** Puede que incluso tengamos que reconocer que ellos demuestran un mayor amor por Dios y hacia el prójimo que nosotros.

Aunque Whitefield tenía un fuerte desacuerdo con Wesley, reconoció libremente el amor de Wesley por Dios y por los perdidos. Se cuenta la historia de “un profesor hipercrítico de religión que le preguntó a Whitefield si pensaba que iban a encontrarse con John Wesley en el cielo. No, señor, fue la sorprendente respuesta; me temo que no. Él estará

tan cerca del trono y nosotros estaremos a tal distancia, que difícilmente alcanzaremos siquiera a verle”.¹⁶

Cada uno de nosotros debe dedicarse apasionadamente a amar más a Dios y a nuestro prójimo, y siempre animarnos unos a otros a mantener nuestras prioridades centradas en el amor a Dios y al prójimo. En este punto todos podemos estar totalmente de acuerdo.

En la noche anterior a su crucifixión, nuestro Señor dio a los discípulos un mandamiento nuevo: **“Que os améis unos a otros; como yo os he amado”** (Jn 13:34). En armonía con la enseñanza de nuestro Señor, Pedro declaró: “Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados” (1 Pd. 4:8). En marcado contraste con los falsos maestros, que utilizan palabras para engañar con astucia, los creyentes deben decir “la verdad en amor”, lo cual ayuda a la iglesia a desarrollar un carácter semejante al de Cristo (Ef. 4:15). Pablo les recordó a los conflictivos corintios que el amor “no se envanece”, no se jacta de sí mismo; el amor, y sólo el amor, sufre, cree, espera y soporta todas las cosas (1 Co. 13:4, 7). Pablo concluyó su carta diciendo: “Todas vuestras cosas sean hechas con amor” (1 Co. 16:14). La afirmación, “todas vuestras cosas”, ¡ciertamente se aplica a cómo tratamos la controversia doctrinal! El amor cristiano de los unos por los otros dentro del cuerpo de Cristo es la clave para manejar nuestras muchas controversias frustrantes y divisiones belicosas.

Una de las maravillosas cualidades del amor cristiano es que entiende cuán preocupante y difícil es cuando nuestras creenciaspreciadas y bien arraigadas son atacadas o negadas. El amor entiende que en algunos creyentes los desacuerdos doctrinales producen traumatismos emocionales, mientras que para otros la interacción intelectual del debate doctrinal es mentalmente estimulante.

El amor intenta entender y proteger a la persona amada, no sólo ganar la discusión o aplastar al oponente. Así que cuando discutamos entre nosotros sobre asuntos doctrinales, haríamos bien en tener en cuenta la regla de oro del amor: “Así que, todas cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas” (Mt. 7:12).

Si queremos que los demás presenten nuestras creencias como en realidad son, entonces debemos hacer lo mismo con nuestros opositores.

16 J. C. Ryle, *Líderes Cristianos del Siglo XVIII* (1885; reimpresión, Carlisle, PA: Banner of Truth, 1978), 60.

Si queremos ser tratados con respeto, entonces debemos respetar a aquellos con quienes diferimos.

Si queremos ser tratados con amabilidad y comprensión, entonces debemos tratar a los que se oponen a nosotros con amabilidad y comprensión.

Si queremos que la gente vea lo que es bueno y correcto en lo que hacemos y creemos, entonces debemos reconocer lo que es bueno en los demás.

Si queremos que los demás aprendan de nuestros maestros bíblicos de confianza y lean nuestros materiales impresos, entonces debemos estar dispuestos a escuchar a sus maestros y leer sus libros (1 Co. 3:21-23).

John Wesley y George Whitefield no pudieron ponerse de acuerdo sobre ciertas doctrinas importantes.

“Demos, a la edad presente, así como a las futuras, un ejemplo de verdadero amor cristiano que perdura, a pesar de las diferencias de criterio”.

-George Whitefield

A pesar de que en ocasiones servían juntos, su cooperación en el ministerio del Evangelio fue limitada en algunos aspectos. Sin embargo, más importante aún es que intentaron, por la gracia de Dios, tratarse el uno al otro como lo deben hacer quienes son gobernados por los principios de Dios. Sometieron sus mentes

y conductas a las directrices de la Escritura. En esto proveen un ejemplo para todos nosotros. Whitefield había escrito a Wesley que esperaba que pudieran dar “a la edad presente, así como a las futuras, un ejemplo de verdadero amor cristiano que perdura, a pesar de las diferencias de criterio”.¹⁷ En esto lograron su objetivo ampliamente. ¡Que nosotros, como seguidores de Jesucristo, por su gracia y el poder de su Espíritu, tratemos de dar semejante ejemplo de amor cristiano!

Unánimes entre vosotros; . . . No sedis sabios en vuestra propia opinión.

Romanos 12:16

¹⁷ Iain Murray, *Wesley y los Hombres que Siguiéron*, 71.

Principios claves para recordar

1. Al enfrentar conflictos doctrinales, recuerda que los creyentes comprometidos con la autoridad bíblica están de acuerdo en las verdades esenciales y fundamentales que salvan nuestras almas y nos dan vida nueva.
2. Nunca pierdas el enfoque del llamamiento de Dios a compartir el Evangelio con un mundo perdido.
3. No puedes eliminar las controversias doctrinales, pero sí puedes controlar tus comportamientos y actitudes. Haz todas tus cosas con amor.

Apéndice

Entendiendo la palabra ‘carne’

‘Carne’ (en griego *sarx*) se refiere, literalmente, a los tejidos blandos del cuerpo. Al igual que la hierba y las flores del campo, la carne es perecedera, transitoria, frágil y de corta duración (1 Pd. 1:24-25). A lo largo de las Escrituras, la palabra ‘carne’ se utiliza de diversas maneras, en referencia al cuerpo físico al completo, a una persona, a toda la humanidad, al pueblo de Israel o a los ancestros.

1. LAS PASIONES Y OBRAS DE LA CARNE

En una serie de pasajes en Gálatas,¹ el término ‘**carne**’ se utiliza negativamente para describir la condición humana caída, alejada de la vida de Dios. Algunos estudiosos se refieren a este uso negativo de la palabra ‘**carne**’ como al uso ético, técnico o teológico. La carne se relaciona con el “presente siglo malo” del cual Cristo ha librado a su pueblo (Gá. 1:4). Representa el orden viejo, terrenal y temporal que está bajo el poder del pecado; es un orden débil, corrupto y condenado a la destrucción. La carne no puede ser reformada o hecha aceptable para Dios mediante alguna práctica religiosa. En marcado contraste, “el Espíritu” es de Dios y representa el orden nuevo y eterno. Sólo el Espíritu puede dar vida y victoria sobre la carne.

Gálatas 5 muestra que la carne lucha contra el Espíritu y actúa de forma independiente del Espíritu en la vida de un cristiano. Tiene “pasiones y deseos” pecaminosos,² que se oponen a los deseos del Espíritu:

Porque **el deseo** de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos **se oponen entre sí**, para que no hagáis lo que quisieréis (Gá. 5:17, negritas añadidas).

1 Gá. 5:13, 16-17, 19-21, 24; 6:8.

2 Gá. 5:24; véase también Gá. 5:16-17; Ro. 13:14; Ef. 2:3; 1 Pd. 2:11; 1 Jn. 2:16.

Además, Gálatas 5:19 afirma que “las obras” que emanan de la carne son claramente evidentes para el pueblo de Dios, tanto que se dejan ver en nuestro propio comportamiento y en el comportamiento de los demás. Las “obras de la carne” incluyen todo tipo de pecado concebible: deseos sexuales ilícitos, avaricia, pereza, ambición egoísta, embriaguez, idolatría, celos, luchas entre personas, divisiones y vanidad (Gá. 5:19-21, 26).

La carne se preocupa por sus propios intereses y su propia gratificación (Gá. 5:13). Se encuentra en fuerte contraste con el amor y el servicio abnegado (Gá. 5:14) y causa estragos en la comunidad de los creyentes (Gá. 5:15, 26). Pablo solemnemente advierte a sus lectores que los que continuamente practican las obras de la carne no heredarán el reino de Dios (Gá. 5:21; 6:8).

2. DOS ÁMBITOS DE EXISTENCIA

Según el Nuevo Testamento, hay dos ámbitos opuestos de existencia. Cada persona o está “en Adán” o está “en Cristo”.³ Hay un “viejo hombre” y un “nuevo hombre”.⁴ Está la vida “conforme a la carne” y la vida “conforme al Espíritu”.⁵ Identificarse con Adán y su raza es ser esclavos del pecado, la muerte y la carne. Identificarse con Cristo y su nueva raza (Ef. 2:15) es tener nueva vida y ser libres de la esclavitud del pecado y de la carne.

Antes de la conversión a Cristo, todos los creyentes “estábamos en la carne” (Ro 7:5) y, como todas las personas no regeneradas, vivíamos “en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne” (Ef. 2:3). Estábamos “muertos en [nuestros] pecados” y en “la incircuncisión de [nuestra] carne” (Col. 2:13). Pablo reveló la terrible condición de los que viven en la carne y andan según ella:

3 Ro. 5:12-21; 1 Co. 15:21-22; 15:45-49.

4 Ef. 4:21-24; Col. 3:9-10; Ro. 6:6.

5 Ro. 8:4, 7-13.

Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne, . . . el ocuparse de la carne es muerte, . . . los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios (Ro. 8:5-8).

Luego, Pablo enfatiza una notable verdad:

Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. . . . Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne (Ro. 8:9, 12).

Los creyentes ¡no viven según la carne, **sino según el Espíritu!**

En el momento de la conversión, un creyente muere al ámbito antiguo de la esclavitud de la carne y comienza a vivir en el nuevo ámbito del Espíritu. Por lo tanto, los creyentes “no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Ro. 8:4).

Como creyentes, nos hemos despojado del “cuerpo pecaminoso carnal” en el momento de la conversión, a través de nuestra unión con Cristo en su muerte (Col. 2:11). Ya no estamos bajo la esclavitud y el dominio de la carne. Por el contrario, estamos en “el Espíritu” y hemos sido hechos “una nueva creación” en Cristo (Gá. 6:15; 2 Co. 5:17), lo cual nos introduce a un nuevo ámbito de existencia de vida y paz eternas (Ro. 8:6) que libra de “la ley del pecado y de la muerte” (Ro. 8:2). Esta nueva calidad de vida anhela agradar y servir a Dios, y vivir rectamente conforme a la Palabra de Dios. Produce, además, comportamientos y actitudes semejantes a las de Cristo (Gá. 5:22-23).

3. LUCHANDO CON LA CARNE

A diferencia del no-cristiano, que vive la vida en “los deseos” y “la voluntad” de la carne, cada creyente rompe decisivamente con la carne en el momento de la conversión, lo que afecta a cada aspecto de su vida. Los creyentes han “crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gá. 5:24) y, ahora, viven y andan “por el Espíritu”, quien les ha dado vida nueva y poder sobre el pecado y la carne (Gá. 5:25; véase también Ro. 8:2).

A pesar de que “la carne” y el “viejo hombre” han sido crucificados, resulta dolorosamente obvio que los creyentes seguimos pecando. No estamos exentos de las tentaciones de los deseos carnales o del pecado (véase Ro. 6:12; 8:13; Gá. 5:16-17). La razón de esta aparente contradicción es que los creyentes todavía no han sido liberados por completo de este mundo de pecado y muerte. **El poder y la esclavitud del pecado se han roto, y los creyentes tienen el Espíritu, pero el cuerpo aún no ha sido redimido, por lo que el pecado y la carne siguen amenazando y tentando a los creyentes.** Sólo en la muerte o en la consumación final experimentaremos la libertad plena: redención del pecado, la carne y el cuerpo no redimido (Ro. 8:23):

Puesto que la resurrección es aún futura, los creyentes no son liberados en todos los aspectos de la presente era mala (1 Co. 15:20-28). Todavía experimentarán la muerte, que es la consecuencia del pecado introducido por el primer Adán. Sin embargo, sí se les garantiza la victoria sobre la muerte, ya que han sido incorporados al segundo Adán. Además, los creyentes no experimentarán perfecta liberación del pecado en este tiempo, para no pecar en lo absoluto. Lo que ha sido vencido no es la **presencia** del pecado sino el **dominio** del pecado sobre los creyentes. Pablo usó una serie de expresiones para demostrar que él estaba refiriéndose a la nulidad del dominio del pecado, y no a la impecabilidad perfecta.⁶

En esta lucha entre ‘los deseos de la carne’ y ‘los deseos del Espíritu’, los creyentes no pueden ser neutrales. Los escritores del Nuevo Testamento advirtieron a sus lectores de que no actuaran conforme a la carne, como lo hacían antes de su conversión. Pablo advirtió a los gálatas de que no permitieran que su nueva libertad en Cristo se convirtiera en “una ocasión para la carne” (Gá. 5:13). A sus lectores en Roma, Pablo dijo: “deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne”. También les instruyó para que no proveyeran “para los deseos de la carne” (Ro. 8:12; 13:14). Pedro escribió: “Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 Pd. 2:11).

Gálatas 5 enseña que hay victoria sobre la carne por medio de la presencia del Espíritu Santo y al caminar activamente bajo la guía del

⁶ Thomas R. Schreiner, *Romanos*, BECNT (Grand Rapids: Baker, 1998), 317.

Espíritu (Gá. 5:16, 18, 25, 6:8). Thomas Schreiner comenta sobre este pasaje algo que vale la pena repetir:

Debido al conflicto que existe entre la carne y el Espíritu, es de vital importancia que los creyentes anden y sean guiados por el Espíritu. Por lo tanto, andar en el Espíritu no es lo mismo que dejarse llevar en medio de una suave brisa, ya que la carne batalla contra el Espíritu y el Espíritu está en contra de la carne. De todas formas, Pablo es fundamentalmente optimista en este pasaje, afirmando que cuando uno anda por el Espíritu y es dirigido por el Espíritu, hay una victoria sustancial, significativa y observable sobre la carne.⁷

4. MUERTOS AL PECADO PERO VIVOS PARA DIOS

De forma similar a la que Gálatas habla de cómo los creyentes deben crucificar la carne y vivir según el Espíritu, Romanos se refiere a los creyentes muriendo al pecado por medio de su unión (Ro. 6:4-5) con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección: “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Ro. 6:6).

Antes de la conversión, todos los creyentes eran “esclavos del pecado” (Ro. 6:17, 20). Sin embargo, a través de nuestra unión con Cristo, hemos “muerto al pecado” (Ro. 6:2) y hemos sido “justificado[s]” o “libertados” del pecado (Ro. 6:7, 18, 22). **Como resultado de la muerte y resurrección de Cristo, y la venida del Espíritu Santo, el reinado y dominio del pecado en la vida del creyente se ha dado por terminado.**⁸ Como un expositor bíblico lo expresa claramente: “el pecado permanece, pero ya no reina en la vida del creyente”.⁹ Por consiguiente, Pablo mandó a todos los creyentes: “consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (Ro. 6:11).

Debido a que estamos muertos al pecado y vivos para Dios, Pablo también podía decir: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo

7 Thomas R. Schreiner, *Gálatas*, ZECNT (Grand Rapids: Zondervan, 2010), 345.

8 Ro. 6:2, 7, 11, 14, 18, 22.

9 Ben Witherington, III, *La Gracia en Galacia: Un Comentario sobre la Carta de San Pablo a los Gálatas* (Grand Rapids: Eerdmans, 1998), 378.

mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias” (Ro. 6:12). Pablo no podría decir esto a una persona no regenerada. La persona que no ha sido regenerada está en la carne y es un esclavo del reinado y dominio del pecado. Tal persona necesita, en palabras de Jesús, “[nacer] de nuevo” y “[nacer] del Espíritu” (Jn. 3:3-8), y pasar “de muerte a vida” (Jn. 5:24). Pero los creyentes ya no son esclavos impotentes del pecado. Nuestra identificación con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección (Ro. 6:3-4) significa que hemos sido levantados para que “andemos en vida nueva” (Ro. 6:4).

Por lo tanto, el imperativo del Nuevo Testamento para cada creyente es: “Andad en el Espíritu”, es decir, vivir la vida cristiana por el poder capacitador y la guía del Espíritu (Gá. 5:16, 18, 25, 6:8). La presencia poderosa del Espíritu Santo capacita a los creyentes, haciendo posible que resistan al pecado y a la carne. Cuando andamos “en el Espíritu”, no buscaremos satisfacer “los deseos de la carne” (Gá. 5:16). Esta es una promesa de victoria sobre la carne. Andar en el Espíritu es el antídoto bíblico para el problema de la carne.

Permíteme ilustrar cómo funciona esto con la historia de cinco estudiantes universitarios que compartían un apartamento. Uno de ellos era creyente, pero los otros cuatro no lo eran. Los cuatro no creyentes no podían hablar sin usar lenguaje profano, y siempre anhelaban la llegada de los fines de semana para beber en exceso y juntarse con chicas en fiestas. Vivían para satisfacer las pasiones y deseos de la carne.

Después de un año de vivir juntos, el estudiante cristiano ayudó a sus cuatro compañeros a conocer personalmente a Cristo. Inmediatamente, se produjo un cambio de actitud y comportamiento en los cuatro nuevos creyentes. Sin que su compañero de cuarto les dijera nada al respecto, cada uno de los jóvenes dejó de decir malas palabras. Ya no anhelaban ir a fiestas para emborracharse, y se dieron cuenta de que ya no debían tratar a las mujeres como objetos sexuales para satisfacer sus placeres egoístas. En lugar de eso, empezaron a participar en estudios bíblicos, teniendo comunión con otros cristianos, y comenzaron a desear conocer a mujeres cristianas con quienes pudieran casarse. De inmediato descubrieron que tenían un nuevo poder sobre el pecado y la carne, así como nuevos intereses y objetivos en la vida. Ya no vivían para satisfacer “los deseos de [su] carne” (Ef. 2:3).

Esos jóvenes todavía pecaban –se enojaban y luchaban por tener pensamientos puros– pero tenían una nueva convicción dada por el Espíritu sobre el pecado. Sus conciencias eran sensibles y reconocían su

desobediencia a la Palabra de Dios. Cuando pecaban, lo confesaban y trataban de comportarse de una manera que agradaba a su nuevo Amo y Señor. Esto es lo que nacer del Espíritu hace en las vidas de quienes han confiado en Cristo para salvación y “han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gá. 5:24).

5. PASOS PRÁCTICOS PARA LA VICTORIA

Puesto que los creyentes luchan con el pecado y la carne, la Escritura da instrucciones prácticas para obtener la victoria:

- Debemos entender nuestra nueva identidad “en Cristo”, creer lo que Dios dice en su Palabra acerca de nuestra nueva vida en el Espíritu y actuar en conformidad con ello. “Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Ro. 6:11; también 8:2). “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Ro. 6:14).
- Debemos andar por el Espíritu enérgicamente, día a día, momento a momento (Gá. 5:16), seguir paso a paso la guía del Espíritu (Gá. 5:18, 25) y sembrar “para el Espíritu” (Gá. 6:8).
- No debemos permitir que nuestras nuevas libertades en Cristo le den una oportunidad a la carne para apoderarse de lo que es bueno y así tentarnos a realizar despliegues egoístas de la carne (Gá. 5:13).
- Debemos, por la capacitación del Espíritu, abstenernos “de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 Pd. 2:11).
- No debemos proveer para satisfacer “los deseos de la carne” (Ro. 13:14).

- Debemos, “por el Espíritu”, hacer “morir las obras de la carne” (Ro. 8:13; también Col. 3:5). La carne no puede ser reformada por práctica religiosa alguna. No tiene ningún valor eterno. Debe ser condenada a muerte.
- Debemos presentarnos “a Dios como vivos de entre los muertos”, y todas las partes de nuestro cuerpo “a Dios como instrumentos de justicia” (Ro. 6:13; también 6:19). Debemos presentar nuestros “cuerpos en sacrificio vivo” (Ro. 12:1).
- No debemos presentar parte alguna de nuestro cuerpo “al pecado como [instrumento] de iniquidad” (Ro. 6:13). No debemos amoldarnos “a este siglo” (Ro. 12:2).

Al tratar de entender cómo se “[anda] en el Espíritu”, los creyentes a menudo piden una explicación de la relación entre nuestra responsabilidad personal y la labor activa del Espíritu Santo en nosotros para llevarnos a realizar la voluntad de Dios. Para responder a esta pregunta tan relevante, no puedo dar una mejor explicación que el comentario de Richard Longenecker y Graham Cole:

Pablo nunca contemplaba la actividad ética del creyente aparte de la obra del Espíritu, ni la dirección ética y habilitación del Espíritu aparte de la expresión activa de la fe del creyente.¹⁰

Este proceso es concurrente, lo cual equivale a decir que más de un agente está implicado. Dios juega un papel activo, y también el creyente, como lo muestra Filipenses 2:12-13. . . . No se indica cómo el Espíritu realiza estos cambios, tanto positiva como negativamente. Ese misterio permanece. La Escritura no lo revela. No nos ofrece explicaciones o teorías sobre la naturaleza de las realidades o de los procesos. En cambio, afirma que algunas realidades son ciertas, y el creyente, al vivir por fe, aceptando que son ciertas, descubre que de hecho lo son (**solvitur ambulando**, una frase latina que significa: “Se resuelve al andar”).¹¹

10 Richard N. Longenecker, *Gálatas*, WBC (Dallas, TX: Word, 1990), 266.

11 Graham A. Cole, *El Que Da Vida: La Doctrina del Espíritu Santo* (Wheaton, IL: Crossway, 2007), 229.